

GARIBALDI

PUBLICACION ANUAL DE LA
ASOCIACION CULTURAL
GARIBALDINA DE MONTEVIDEO

Montevideo 1990 - Año 5

En este número:

**"Infelici i
popoli che
aspettano
il loro
benessere
dallo
straniero"**

José Garibaldi

5

- ✓ LA ESCULTURA ITALIANA DURANTE EL RISORGIMENTO - por Carlos Novello
- ✓ PAOLO ANGELINI ROTA - Quarant'anni di costituzione democratica in Italia
- ✓ GUIDO ZANNIER - Guerra de reyes y guerra de pueblo
- ✓ MARIE-JEAN VINCIGUERRA - Apprentissages et épreuves initiatiques en Amérique Latine
- ✓ CARLOS NOVELLO - Las mismas raíces republicanas y democráticas, en libertad
- ✓ LUCE FABBRI CRESSATTI - El aluvión inmigratorio italiano en el Uruguay de hace un siglo
- ✓ FRANCISCO RIOPARDENSE DE MACEDO - A revolução Farroupilha na filatelia
- ✓ SALVATORE CANDIDO - Gli ideali repubblicani di Garibaldi
- ✓ GIAMPAOLO COLELLA - Roma capital: ilusión y realidad



11-94-2
DE 045739

ASOCIACION CULTURAL
GARIBOLDI DE MONTEVIDEO

Comité de Honor

Presidente: Dr. Carlos G. ...
Vicepresidente: Dr. ...
Secretario: Dr. ...

GARIBALDI

Director: Prof. Carlos G. ...
Vicepresidente: Carlos ...
Secretario: ...
Tesorero: ...

Asociación Cultural Garibaldi de Montevideo



Small text in top right corner, possibly a date or page number.



ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO

Miembros de Honor

Ministro de Educación y Cultura Dr. Guillermo García Costa
Embajador de Italia Dr. Paolo Angelini Rota

GARIBALDI

Director: Prof. Guido Zannier
Redactor Responsable: Carlos Novello
Florencio Sánchez 2724
Montevideo - Uruguay

La Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo

AGRADECE:

Al Ministerio de Educación y Cultura
A la Embajada de Italia en Uruguay
Al Ministerio de Relaciones Exteriores de Italia
Al Museo Histórico Nacional

por las diversas colaboraciones recibidas, que hicieron posible la actividad desarrollada por esta Asociación hasta el presente y la aparición de esta revista.

ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO

Miembros de Honor

Se autoriza la reproducción total o
parcial del material contenido en esta
publicación, citando su procedencia.

GARIBALDI

Director: Prof. Carlos Vignani
Editor: Roberto Rodríguez Cordero
Impresión: 1979
Montevideo - Uruguay

La Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo

comisión del papel.
edición amparada en el
art. 79 de la ley nº 13.349.

AGRADECER:

composición, diagramación
e impresión:
cba s.r.l. - juan carlos gómez 1439
montevideo, uruguay
depósito legal nº 229.919/90

EDITORIAL

"L'assedio di Montevideo, quando meglio conosciuto ne' suoi dettagli, non ultimo conterà per le belle difese sostenute da un popolo che combattè per l'indipendenza per coraggio, costanza e sacrifici d'ogni specie. Proverà il potere d'una nazione che non vuol piegare il ginocchio davanti alle prepotenze d'un tiranno; e qualunque ne sia la sorte, essa merita il plauso e l'ammirazione del mondo."

Giuseppe Garibaldi
(dalle sue "Memorie")

EDITORIAL

Los pueblos, como las personas, deben buscarse y labrarse su propio destino.

Se tiene no sólo el derecho, sino, y sobre todo, el deber de ser libres.

La libertad individual, como la de una colectividad nacional, no lleva al aislamiento, sino a la unidad, al entendimiento, a la mancomunidad con los demás.

Sólo por propia voluntad, por libre decisión, es posible esta unión, tan necesaria para el progreso humano.

El aislamiento termina siempre en dependencia.

La unión interdependiente en libertad es el modo más civilizado de alcanzar las metas a las que aspira todo ser humano inteligente.

El gran unidor de hombres que fue Garibaldi, como lo fue Artigas, como lo fueron y lo son todos los grandes caudillos que son tales por la voluntad popular, sabía esto por experiencia propia, adquirida en esa gran universidad del mundo, en contacto con los demás diversos pueblos, con las más diversas culturas.

Por eso dijo y escribió la frase que nosotros, desde hace cinco años, reproducimos en la portada de esta revista: "Infelici i popoli che aspettano il loro benessere dallo straniero".

Esa actitud pasiva de esperar el bienestar proporcionado por una organización nacional ajena a la propia, es nefasta y es inútil, pues ese bienestar anhelado, por esa vía, no llega jamás.

Por el contrario, todo el esfuerzo realizado por cualquier colectividad, en cualquier parte del planeta, se proyecta hacia las otras colectividades, siempre que se tomen las prevenciones para que esa nueva potencialidad no se utilice para afirmar el poder de los más fuertes sobre los más débiles.

Es entonces que entra en funcionamiento la posibilidad de los más débiles para elegir libremente a sus asociados, buscar y lograr el progreso en conjunto y así equiparar la potencialidad de los más adelantados en esa carrera de la humanidad por el progreso, que no tiene fin ni meta, sino fines y metas sucesivas. Quienes entendemos que el proceso del Risorgimento en Italia culminó o, por lo menos, alcanzó uno de sus hitos fundamentales, recién después de la Segunda Guerra Mundial, en lo político y en lo económico, si bien no en lo territorial, vemos hoy una Italia vigorosa, pero que dentro de apenas dos años, volcará el fruto del trabajo de sus hijos a la comunidad europea y,

a su vez, recibirá el fruto del trabajo de tantos otros pueblos, que colaboran en la obra común.

La idea federalista de Artigas, pensada sobre la base de pueblos que, en un plano de igualdad, elaboran conjuntamente su propio destino para satisfacer las necesidades del día de hoy, no ya del futuro, que, a velocidades vertiginosas se nos va haciendo presente permanentemente, adquiere una vigencia total y se vuelve imperioso llevarla a la práctica sin demora.

En estos tiempos en que parecería que los eres humanos comenzaran a comprender que la hora de las guerras debe dejar el paso a la hora de la paz y el progreso en conjunto, debemos buscar la unidad en libertad entre los pueblos hermanos de nuestra América, paso tras paso, pero sin detenernos.

Sin ingenuidades y con mucha fe, tenemos la obligación de buscar los caminos de esa unión, no, como antaño, para crear bloques belicosos contra otros basados en la falaz teoría de que por las guerras progresa la humanidad, sino descubriendo que el enemigo no es un ejército con un equipo diferente y una bandera diferente, que el enemigo común o, mejor, los enemigos comunes a todos los hombres y mujeres del mundo, son las necesidades de lo más elemental para la vida como son la falta de alimento, de vestimenta, de vivienda, de sanidad, de educación, de todo aquello, en fin, que coarta el derecho sagrado al goce de una vida plena y feliz, que tiene cada niño, cada hombre, cada anciano, en cualquier lugar del mundo.

Ese amor por la humanidad, por nuestros semejantes, lo tenemos como garibaldinos y como artiguistas.

Lo ofrendamos a todos aquellos que, como nosotros, lo enarbolan con orgullo y lo sostengan con la humildad que nos impone la enorme tarea que tenemos por delante.

Quarant'anni di Costituzione Democratica in Italia

Paolo Angelini Rota

Sono vivamente grato all'Associazione Culturale Garibaldina di Montevideo per avermi offerto questa sera la sua prestigiosa tribuna, ma non vi parlerò di Garibaldi perchè sul leggendario eroe dei due mondi ho tutto da apprendere da voi e mi sarebbe ben difficile dirvi qualcosa di nuovo e interessante. Parlerò invece di un argomento che, se non direttamente alla persona del grande nizzardo certamente si collega con l'ideale che costituisce la base portante del pensiero politico di Garibaldi e di tutto il Risorgimento: l'ideale repubblicano che ha trovato la sua piena realizzazione con la Costituzione del 1948.

E' fuori dubbio infatti che il Risorgimento, fin dai primi moti carbonari, nacque con una forte impronta repubblicana, che si rafforzò vieppiù con l'affermarsi delle idee mazziniane e l'attività della "Giovane Italia". Solo l'ineluttabilità dei rapporti di forze nella Europa del 1860 e la materiale impossibilità di realizzare l'unità e l'indipendenza contro il potente esercito austroungarico avviarono il movimento risorgimentale sui sentieri della diplomazia, ove il fertile genio del Conte di Cavour seppe destreggiarsi tra le rivalità delle grandi potenze, giocando abilmente le carte dell'alleanza con la Francia prima e con la Prussia poi. Naturalmente, solo un'Italia monarchica poteva ottenere diritto di accesso nel consenso delle potenze europee del 1860, tutte rette da sovrani più o meno assoluti.

La creazione della Repubblica Italiana doveva quindi attendere tempi più propizi e, ci sono voluti un secolo, la più cocente sconfitta della nostra storia e l'acquiescenza di Casa Savoia al regime fascista perchè essa divenisse una realtà.

Nel referendum del 2 giugno 1946 l'opzione repubblicana vinse di stretta misura ma oggi, con la prospettiva di oltre quarant'anni, quasi tutti gli italiani riconoscono che una scelta diversa, oltre che anacronistica, sarebbe stata contraria alle tradizioni e ai sentimenti più profondi del nostro popolo.

Venendo al tema specifico di questa mia chiacchierata, e cioè "40 anni di costituzione democratica in Italia", devo dire che tale argomento mi è stato suggerito dal vivace dibattito che si sta sviluppando negli ambienti politici e giuridici italiani sull'opportunità di procedere a riforme istituzionali che — pur lasciando intatta la base fondamentale della

Costituzione del 1948— di cui è universalmente riconosciuta la validità— la adeguino alla vistosa trasformazione della struttura socio-economica del paese negli ultimi decenni nonché dell'altrettanto vistoso mutamento verificatosi nella tendenza politica del popolo italiano.

Non bisogna in proposito dimenticare la situazione in cui si trovavano l'Italia e l'Europa al termine della 2a. guerra mondiale. Da una parte i fantasmi ideologici inculcati nelle masse da 20 anni di propaganda fascista erano ancora assai vivi; dall'altra la netta contrapposizione tra democrazia parlamentare e comunismo rendeva più difficile le scelte, tanto più che in Italia più che altrove il Partito Comunista era riuscito a far presa sull'elettorato, accreditandosi come alternativa naturale al regime fascista. Questi motivi spinsero i padri costituenti a far sì che il principio ispiratore della nuova carta fosse quello della massima partecipazione del popolo alla gestione del Paese.

Prima di esaminare quale sia stata in questi quarant'anni di vita della Costituzione italiana la sua aderenza alla realtà del paese, mi sembra tuttavia opportuno ricordare sinteticamente l'articolato della Costituzione stessa.

Il 2 giugno 1946, contemporaneamente al referendum istituzionale che sancì la volontà popolare in favore del regime repubblicano, si svolsero in Italia le elezioni dell'Assemblea Costituente. La stesura del testo costituzionale fu devoluta ad un Comitato Ristretto composto di 75 membri, che terminò i lavori nel gennaio 1947. Il testo della Costituzione fu quindi discusso in Assemblea Plenaria ed approvato il 22 dicembre 1947; cinque giorni dopo, il Capo Provisorio dello Stato, Enrico De Nicola, promulgò la nuova Costituzione dell'Italia repubblicana che entrò in vigore il 1° gennaio 1948.

La Carta costituzionale risulta divisa in due parti essenziali "Diritti e doveri dei cittadini" e "Ordinamento della Repubblica", cui si aggiungono in apertura 12 articoli di "Principi fondamentali" ed in chiusura 18 articoli di "Disposizioni transitorie e finali", che tuttavia non costituiscono parte integrante del testo stesso.

Principi fondamentali (art 1-12)

I primi dodici articoli della costituzione hanno il carattere di enunciati generali che rappresentano le linee portanti dell'intero sistema costituzionale. In essi è innanzitutto affermata chiaramente la natura repubblicana e democratica dello stato, esclusivamente fondato sul lavoro e sulla pari dignità umana che dallo svolgere tale attività consegue, con esclusione quindi di qualsiasi principio discriminatorio quali l'appartenenza alla nobiltà, il censo, il livello d'istruzione, ecc. Per una più compiuta formulazione dei principi di democrazia e di sovranità popolare così enunciati, i successivi articoli affermano la fondamentale uguaglianza di tutti i cittadini di fronte alla legge senza possibilità di alcuna discriminazione di sesso, razza, lingua, religione, opinione politica o condizione personale o sociale, ribadendo inoltre la necessità che lo stato dia concreta e piena attuazione al principio del diritto al lavoro affinché ogni cittadino possa dare il

proprio contributo al progresso materiale e spirituale della società.

Dopo aver premesso l'indiscutibile unità ed indivisibilità dello stato, il testo costituzionale prevede il riconoscimento delle autonomie locali, regioni, province e comuni, nonché la promozione del decentramento amministrativo e legislativo al fine di una più diretta partecipazione dei cittadini alla gestione dei pubblici interessi.

Vengono quindi trattati i problemi relativi alle relazioni tra lo stato italiano e gli altri enti dotati di sovranità internazionale.

In proposito la costituzione afferma il ripudio della guerra come strumento di offesa, dichiarando di conformarsi ai principi del diritto internazionale, e particolarmente a quelli dell'asilo politico allo straniero perseguitato per motivi politici nel suo paese.

Diritti e doveri dei cittadini (art. 13-54)

In questa prima parte della Costituzione, i diritti e doveri dei cittadini sono classificati a seconda della natura del rapporto considerato e suddivisi in quattro gruppi:

1) rapporti civili. Queste norme costituzionali disciplinano essenzialmente i principali diritti di libertà che spettano sia al cittadino che allo straniero che si trovi sul territorio nazionale; sono tali anzitutto la libertà personale e quelle ad essa connessa, ovvero quella di domicilio, di corrispondenza, di soggiorno e di locomozione; vengono poi la libertà di manifestare il proprio pensiero con qualsiasi mezzo, di professare la propria religione ed insegnare liberamente le arti e le scienze; di riunirsi pacificamente e senza armi; di godere della più ampia tutela giudiziaria, con la possibilità di difendersi in ogni stato e grado del procedimento;

2) rapporti etico-sociali. Hanno per oggetto i diritti e doveri che si ispirano ai principi della solidarietà collettiva; comprendono le norme che riguardano la famiglia, il diritto-dovere dei genitori di mantenere, istruire ed educare i figli e quello dello stato di proteggere la maternità, l'infanzia e la gioventù; il diritto all'istruzione inferiore gratuita ed obbligatoria e, per i meritevoli, di accedere ai gradi più alti degli studi; la tutela della salute, sia dell'individuo che della collettività;

3) rapporti economici. Queste norme sanciscono la natura del sistema economico, basato sull'iniziativa individuale e sulla proprietà privata, anche se questa deve sempre essere utilizzata in vista della sua superiore funzione sociale; nel campo del lavoro si affermano i fondamentali diritti del lavoratore: giusta retribuzione, riposo settimanale ed annuale, possibilità di costituirsi in sindacato, di scioperare e di collaborare nei limiti stabiliti dalla legge alla gestione delle aziende;

4) rapporti politici. Disciplinano la partecipazione del cittadino al governo della cosa pubblica e gli strumenti democratici che ne rendono possibile la concreta realizzazione, quali il diritto al voto, di elettorato passivo, di presentare petizioni alle camere, di essere ammessi ai pubblici uffici e di potersi organizzare in partiti politici; a tali diritti vengono affiancati i doveri pubblici, cui il cittadino non può sottrarsi, partecipare alla difesa della patria e contribuire tributariamente alle necessità finanziarie del paese.

Ordinamento della Repubblica (art. 55-139)

Nella seconda parte del testo costituzionale sono contenute le norme che disciplinano l'assetto istituzionale del paese indicando in concreto quali sono i massimi organi cui è affidato il compito di creare nuove norme, (potere legislativo), di dirigere politicamente il paese (potere esecutivo) e di amministrare la giustizia (potere giudiziario). In accoglimento del principio della separazione dei poteri, anche la costituzione italiana prevede l'esistenza di un parlamento, di un governo ed una magistratura come organi formalmente separati ed indipendenti; il momento unificante della rappresentanza nazionale è invece impersonato dal presidente della repubblica.

A tali organi si aggiungono la Corte Costituzionale, suprema garante del rispetto della costituzione, e, con competenze ausiliarie, la Corte dei Conti ed il Consiglio di Stato.

In materia di autonomie, il testo costituzionale prevede l'istituzione delle regioni a statuto speciale ed ordinario, fornite di adeguati poteri nel campo legislativo ed amministrativo, delle provincie e dei comuni.

Le ultime disposizioni della costituzione riguardano la revisione delle leggi costituzionali: concepita come costituzione rigida e non flessibile, essa può essere modificata solo attraverso una complessa procedura che prevede una duplice approvazione della nuova norma da parte di ciascuna camera, l'una a distanza di tre mesi dall'altra e con la possibilità che la stessa norma venga sottoposta a giudizio popolare mediante referendum sospensivo.

Si è visto come la Carta Costituzionale sia stata ispirata al principio fondamentale della partecipazione del popolo alla gestione del Paese: riteniamo che tale importante innovazione rispetto agli schemi tradizionali, ma anche rispetto ad altri modelli alternativi di democrazie straniere abbia rappresentato e tutt'ora rappresenti un contributo determinante allo sviluppo eccezionale che ha conosciuto l'Italia in questi ultimi quarant'anni. La Costituzione italiana rappresenta, infatti, un sistema di valori che ha influenzato e dominato l'evoluzione del Paese in questo secondo scorcio di XX° secolo, esaltando la caratteristica migliore della popolazione italiana, la creatività individuale, indirizzata mediante un articolato schema pluralistico all'interesse della collettività.

Il segreto di questi quaranta anni di sviluppo italiano del dopoguerra può forse individuarsi non solo nella ritrovata democrazia formale ma soprattutto nella progressiva acquisita democrazia dei comportamenti, delle strutture di rappresentanza, delle istituzioni, insomma, nell'intreccio di innovazione e tradizione in milioni di soggetti individuali e collettivi.

Considerato in un'ottica globale, il quarantennio postbellico può suddividersi in tre grandi sottoperiodi:

1) il primo, della ricostruzione del Paese dopo la crisi della seconda guerra mondiale, ha coinciso con la scelta repubblicana, lo sviluppo della democrazia ed il riavvio

dell'economia nazionale;

2) il secondo, dalla metà degli anni '50 alla fine degli anni '60, nel quale si è dispiegata la crescita industriale del Paese e lo sviluppo dei consumi privati;

3) il terzo, a partire dagli anni '70, ha visto dapprima la "crisi" del meccanismo di sviluppo basato sulla grande industria, successivamente superata attraverso il policentrismo degli insediamenti produttivi, e poi l'espansione del terziario, l'affermazione della società postindustriale, l'esplosione della complessità sociale.

Si tratta di periodi naturalmente non rigidi, dal cui intreccio e successione con gli schemi precedenti si capisce che lo sviluppo italiano è il frutto di una lunga "deriva" storica, non il frutto di passaggi forti e di eventi determinanti. La società si è andata evolvendo progressivamente, facendo perno sulle proprie radici; in altre parole, il percorso della modernizzazione del Paese si è innestato sulla tradizione. A differenza di quanto è accaduto in altri paesi, dove lo sviluppo economico ha comportato il "rigetto" dell'assetto socio-economico e degli stili di vita tradizionali, la lunga e ricca tradizione italiana ha rappresentato complessivamente una risorsa piuttosto che un vincolo allo sviluppo.

Sul piano economico infatti, lo sviluppo del localismo e della economia familiare, rapidamente trasformatesi ed apertesi all'innovazione, non ha comportato la perdita dei legami e la continuità con il passato.

Sotto il profilo sociale, si è conservata la centralità della famiglia come soggetto nei comportamenti di produzione, consumo e risparmio, seppure in un processo più ampio di complessificazione degli stili di vita e dei modelli di convivenza.

Sotto l'aspetto socio-politico, si assiste allo sviluppo delle autonomie locali, al decentramento politico, alla crescita delle Regioni come soggetti autonomi fondati e radicati nei tradizionali contesti locali.

Un primo aspetto di questa evoluzione può individuarsi nella trasformazione della struttura occupazionale, la distribuzione cioè dei lavoratori nei settori di attività economica: in poco più di un trentennio l'Italia ha conosciuto una profonda rivoluzione industriale seguita, immediatamente dopo, da una rivoluzione terziaria. All'avvio degli anni '50 l'agricoltura costituiva la principale fonte di lavoro degli italiani (44% della popolazione attiva), mentre l'industria ed il terziario restavano largamente indietro (29,5% e 26,6% rispettivamente); a metà degli anni '60 il decollo industriale raggiungeva la quota di occupazione del 36,8%, il terziario quella del 38,1% mentre il settore agricolo si era già contratto al solo 25%, a partire dalla metà degli anni '70 si verifica la seconda grande trasformazione dell'Italia moderna, tesa verso assetti decisamente post-industriali; la occupazione agricola si contrae all'11%, quella industriale si attesta sul 34,1%, mentre la terziaria raggiunge nel 1984 il 54,2% dell'occupazione totale.

Parallelamente si registra la trasformazione dell'assetto del settore industriale, sia in relazione alle caratteristiche dimensionali e produttive, sia a quelle territoriali. Mentre lo sviluppo degli anni '60 ha interessato prevalentemente le grandi imprese insediate nel triangolo nord-occidentale, nel corso degli anni '70 si è venuta trasformando

la geografia industriale del Paese con una "diluizione" della concentrazione delle industrie e lo sviluppo di un'economia diffusa e distribuita.

L'espansione e la diffusione dell'attività industriale ha a sua volta sollecitato e promosso lo sviluppo dell'attività terziaria: la consistenza del settore segnala che si è ormai entrati nell'economia post-industriale. In particolare, merita segnalare lo sviluppo qualitativo dei servizi, non più circoscritti ad attività tradizionali, quali il commercio e la pubblica amministrazione, ma direttamente connessi alla produzione, quali i trasporti, le comunicazioni ed i servizi alle imprese; inoltre, quote crescenti di attività terziaria vengono incorporate all'interno dell'attività manifatturiera e di trasformazione, nell'agricoltura e nell'industria, nelle quali si attenua la "centralità" delle funzioni produttive e cresce la rilevanza dei momenti pre e post-produttivi, dalla produzione al design, dal marketing alla distribuzione, alla comunicazione.

Gli anni '70 si pongono quindi come un vero e proprio spartiacque nello sviluppo socio-economico del Paese che, sulla base dell'evoluzione del precedente decennio e sollecitato dalla crisi economica internazionale, moltiplica al suo interno le proprie risorse di imprenditorialità, accentuando la complessità e l'intreccio delle attività. Lo sviluppo e la crescita produttiva del Paese si sono quindi tradotti in una espansione della capacità di produrre ricchezza. Il reddito nazionale pro-capite è infatti aumentato in termini reali di circa 7 volte tra il 1946 ed il 1985, passando in lire costanti da 1,5 milioni a 10,6 milioni annui per abitante.

Lo sviluppo culturale complessivo della società, raggiunto attraverso un ampliamento della scolarità, ha comportato un notevole aumento dei consumi culturali, ma anche, più in generale, una trasformazione dei consumi privati complessivi degli italiani: da una percentuale del 63% nel 1946, i consumi alimentari sono passati nel 1985 ad appena il 26%, mentre quelli non alimentari assorbono il 74% del totale. L'evoluzione dei comportamenti socio-culturali degli italiani nelle sue linee generali non si discosta molto da quella di altri Paesi avanzati, caratterizzati da un rapido innalzamento del tenore di vita; tuttavia, il modello italiano di consumi presenta caratteristiche particolari per la maggiore rilevanza che mantengono i consumi tradizionali quali l'alimentare ed il vestiario. Inoltre, tra i nuovi bisogni degli italiani spiccano quello del trasporto e quello della salute, mentre negli ultimi anni è fortemente cresciuto il consumo culturale legato al tempo libero. In particolare si sono notevolmente diffusi i consumi da turismo, i consumi abitativi con un forte aumento della proprietà dell'abitazione, chiaro indicatore di benessere.

Sviluppo economico e benessere non si sono tradotti solo in maggior reddito disponibile e più articolati consumi privati; è cambiata anche la qualità della vita. Basti pensare al progresso della medicina ed all'estensione dell'assistenza sanitaria, miglioramenti di condizioni di vita, dovuti in parte allo sviluppo economico complessivo, ma anche, dall'altra, ad una maggiore offerta pubblica di servizi socio-sanitari. Alle più giovani generazioni può sembrare, fortunatamente, un fattore acquisito e dovuto che lo Stato garantisca, oltre ai diritti civili, anche l'assistenza sanitaria e la pensione. In realtà

l'assetto societario che viene definito convenzionalmente come "stato sociale" è il risultato di un lungo processo di crescita socio-politica che appare sostanzialmente come il prodotto irreversibile dell'assetto complessivo di base della società immaginata dai costituenti.

Dopo aver esaminato, seppur brevemente, come la Carta Costituzionale abbia profondamente inciso sul consolidamento della democrazia italiana e lo sviluppo del paese, vorrei esprimere alcune riflessioni sulla aderenza e l'attualità della Costituzione con riferimento alle principali tematiche politico-sociali dell'Italia di oggi. Questa breve conversazione non ha inteso, infatti, rappresentare una ricostruzione storica del quarantennio di questa nuova Italia democratica e repubblicana, bensì apportare un modesto contributo alla riflessione sull'incidenza esercitata dalla Carta costituzionale sul formidabile sviluppo socio-economico che ha caratterizzato il nostro paese dal dopoguerra ai giorni d'oggi.

Quando i Costituenti approvarono il 22 dicembre 1947 il testo della Costituzione, era convinzione di tutti che l'essere riusciti ad assolvere il mandato ricevuto dal Paese, per la prima volta nella sua storia attraverso la libera volontà di un'Assemblea eletta a suffragio universale e diretto da tutti i cittadini, era il frutto di uno sforzo comune di trovare valori e regole che potessero essere accettati da tutti, al di là delle grandi differenze che separavano le ideologie ed i punti di riferimento delle forze presenti in quell'Aula. Non mancava anche la consapevolezza che molto era affidato al futuro ed alla capacità del Paese di essere fedele ad una Costituzione che per molti costituiva un punto difficile di equilibrio e di compromesso fra diversi e contrapposti progetti ideologici la gran parte dei quali si è dimostrata inadeguata a rispondere alle esigenze delle società contemporanee.

La Costituzione italiana ha saputo impregnare dei suoi valori attraverso gli anni, non solo l'ordinamento giuridico, ma il modo stesso di sentire del paese che si è adeguato ai suoi valori.

La nostra costituzione è viva e vitale, perchè vivo e vitale è il suo impianto di fondo, tutto basato sull'equilibrio fra libertà ed uguaglianza, da un lato, diritti individuali e diritti sociali, dall'altro, con la consapevolezza che per lo sviluppo di una società democratica occorre che siano contemplate le ragioni del privato con quelle del pubblico, nel rispetto dell'interesse comune.

Il rispetto della dignità della persona umana, l'uguaglianza di tutti pur nelle diversità di ciascuno, la libertà di opinione, di stampa, di riunione, di associazione, di religione, di diritto di partecipare alle scelte che toccano tutti e ciascuno, il diritto alla istruzione, alla salute, a una vecchiaia serena, il riconoscimento del valore di ogni lavoro e la tutela di tutti i lavoratori, la legittima aspirazione al benessere, costituiscono un sistema di valori che è penetrato profondamente nella coscienza collettiva del paese, ha influenzato e dominato la legislazione italiana, ha guidato la giurisprudenza, è diventato, insomma il perno sul quale poggia la società italiana. Tipico della Costituzione italiana è il rispetto per la pluralità della società e delle istituzioni: vi si ritrova il disegno di un

grande ed articolato sistema sociale ed istituzionale che ha svolto in questi quarant'anni una grande funzione di consolidamento del sistema democratico ed ha contribuito in maniera determinante al superamento di molte tensioni e contrapposizioni. Il riferimento fondamentale all'importanza delle formazioni sociali in cui si svolge la personalità dell'uomo, la valorizzazione delle associazioni delle confessioni religiose e delle forme associative di culto, della famiglia come società naturale, delle organizzazioni sindacali, dei partiti politici, il pluralismo delle istituzioni attraverso la esaltazione delle assemblee elettive, ma anche di organi ispirati alla rappresentanza di categorie o a composizione mista, costituiscono i tratti salienti del sistema istituzionale e sociale tracciato nella Costituzione italiana. La vitalità ed attualità del disegno costituzionale può cogliersi altresì in questi elementi di elasticità, primo fra tutti il larghissimo rinvio alla legislazione ordinaria, che possono consentire significativi processi di ammodernamento del sistema complessivo, anche senza modificare la normativa costituzionale; tale lungimiranza dell'Assemblea Costituente, che ha conferito alla Carta Costituzionale quel carattere programmatico, di enunciazione di principi e valori fondamentali, ha consentito alla società italiana di evolversi, in particolare nel settore economico, ma anche nelle forme istituzionali, secondo il comune sentire dei tempi. Essa infatti non era ingabbiata in schemi rigidi che non avrebbero potuto prevedere quaranta anni fa il tumultuoso sviluppo ideologico e sociale che ha caratterizzato l'umanità grazie al progresso spettacolare della ricerca scientifica e della tecnologia in questa seconda metà del ventesimo secolo.

Le principali questioni dibattute nell'Italia di oggi, ruolo dei partiti politici, dei sindacati, inefficienza amministrativa, possono sembrare imputabili a carenze del disegno costituzionale; se vi è molta verità nella critica verso i partiti e la loro occupazione delle istituzioni, non si può attribuirne la causa alla mancanza di norme costituzionali che frappongono sufficienti barriere all'espansione della presenza politica. Non si può poi dimenticare che attraverso l'azione dei partiti politici, grandi settori della popolazione sono stati, pur non senza contraddizioni, conquistati alla partecipazione democratica. Parimenti per il ruolo e la modalità di azione dei sindacati, vanno evitati giudizi semplicistici e conclusioni affrettate; l'organizzazione sindacale, nelle forme che ha storicamente assunto in questi quaranta anni, è stato certamente un elemento di forza per il consolidamento del sistema democratico nel suo complesso.

Anche per quanto riguarda l'esigenza da tutti sentita di una maggiore efficienza amministrativa, un ammodernamento dell'apparato burocratico dello Stato, gli attuali ritardi non possono addebitarsi alla carta costituzionale: soprattutto per quanto l'intervento pubblico nell'economia, gli obiettivi espressi dagli art. 41, 43 e 44 della Costituzione conservano nella sostanza piena validità. Spetta alle forze politiche finalizzare, secondo obiettivi chiari e definiti, la ripartizione tra pubblico e privato nel sistema economico, per poter realizzare quel coordinamento fra l'una e l'altre forme di intervento che l'art. 41 della Costituzione vuole indirizzare a fini sociali, ma che in linguaggio più moderno potremmo dire deve essere finalizzato anche a rendere massimo lo sviluppo economico

del Paese e la sua capacità di reggere la concorrenza sul mercato internazionale.

Un aspetto che merita, infine, segnalare, è l'evoluzione del sistema politico ed istituzionale italiano che ha la sua punta di maggior difficoltà nel rapporto fra Governo e Parlamento.

Come è ben noto, nella nostra Costituzione è prevalso un modello di parlamentarismo classico a bicameralismo perfetto che pone al centro del sistema politico il Parlamento, unico organo immediatamente rappresentativo dei cittadini, e dunque unico organo espressione diretta della sovranità popolare sancita dall'art. 1 della Costituzione. A fronte del Parlamento si colloca il Governo, organo di nomina presidenziale, ma che pure, com'è ovvio dato il carattere parlamentare del sistema, deve avere la fiducia del Parlamento.

Le difficoltà ricorrenti nel quarantennio repubblicano insorte nelle relazioni tra i due organi possono ricondursi al fatto che non vi sono nella Costituzione istituti che razionalizzino in modo significativo il rapporto tra Governo e parlamento, ripartendo i ruoli dell'uno rispetto all'altro in un quadro di regole e garanzie; pressochè tutto è rimesso ai regolamenti del Parlamento, da un lato, ed ai rapporti politici, dall'altro.

I regolamenti parlamentari hanno accentuato ulteriormente la prevalenza delle Assemblee nei confronti delle iniziative del Governo, sia per quanto attiene alla formazione dell'ordine del giorno che delle decisioni delle sedi e dei modi di esame dei provvedimenti di interesse del Governo, sia, infine, per quanto riguarda i modi delle votazioni.

Il Governo, sostanzialmente privo di adeguati strumenti istituzionali di guida della propria maggioranza in Parlamento, ha lo strumento del decreto-legge per incidere sul calendario dei lavori delle Camere ed il ricorso al voto di fiducia per condizionare, sia pure parzialmente, la modalità di votazione. Strumenti entrambi pensati e previsti per altri fini, che in tal modo rischiano di venire utilizzati in maniera distorta.

Il dibattito attuale in Italia mira ad individuare misure idonee ad assicurare al Governo in tempi certi ed in maniera chiara e trasparente le pronuncie delle Camere sulle sue iniziative, ferma restando la centralità del Parlamento e la forma di governo parlamentare.

Pur nella coerenza del sistema costituzionale, si tratta di obiettivi rispondenti ad esigenze di funzionalità del sistema che richiedono che il Governo possa essere in grado di rispondere davvero, al Parlamento prima ed ai cittadini poi, delle eventuali inadempienze o carenze dovute a sue inefficienze od errori, senza potersi nascondere dietro le disfunzioni parlamentari in certi casi, ma anche senza essere chiamate ad assumere responsabilità non sue, in altri.

A conclusione di questi brevi spunti di riflessione su alcuni tratti salienti che hanno marcato il quarantesimo trascorso dalla promulgazione della Carta Costituzionale italiana, vorrei sottolineare come i valori della Costituzione, lo spirito dei suoi principi generali, i diritti ed i doveri sanciti, le garanzie previste, siano penetrati sempre più profondamente nella coscienza popolare italiana. Da essi l'azione delle forze politiche,



sociali, economiche e culturali hanno tratto ispirazione ed alimento per dare alla Repubblica quel volto umano che si riflette nei trasformati rapporti tra il cittadino e lo Stato, nel clima e nei modi della lotta politica, sempre più aderenti a quel tipo di convivenza civile che è caratteristica e vanto della società democratica pluralista, pacifica e giusta che la Costituzione della Repubblica ha inteso instaurare.

Questi ultimi quaranta anni sono stati un grande viaggio attraverso la libertà, regolata in Italia da una Costituzione tra le più avanzate nel mondo, che distribuisce poteri e doveri fra vari istituti autonomi e chiede ai suoi cittadini solo l'obbligo della rettitudine della vita, la fedeltà alle leggi e la lealtà verso quel complesso di valori che si identificano nel nome della Patria.

Grazie al lavoro degli italiani, alla loro fantasia, alla loro capacità di sacrificio, l'immagine dell'Italia all'estero è ormai quella di un paese moderno ed avanzato, capace di disporre la sua tecnica ed il suo stile in molti settori di attività, impegnato a proseguire nel cammino di pace e di civile convivenza, ripudiando com'è sancito dall'art. 11 della Costituzione "la guerra come strumento di offesa alla libertà degli altri popoli e come mezzo di risoluzione delle controversie internazionali", garantendo la propria dignità ed i propri interessi con i mezzi pacifici previsti dalla Carta delle Nazioni Unite.

L'Italia povera e semidistrutta del 1945, in meno di quarant'anni è entrata a far parte del ristrettissimo numero delle potenze più industrializzate del mondo. Il merito di ciò va distribuito fra molti fattori, ma io credo che una buona parte di esso vada attribuita ai Padri costituenti che in poco più di un anno di lavoro concepirono la Carta Costituzionale che non solo stabilì saggi principi su cui fondare la rinascita dell'Italia democratica nel mondo moderno, ma pose in essere i mezzi giuridici e politici per realizzarla.

The logo of Banca Nazionale del Lavoro (BNL) is displayed in a bold, stylized, black serif font. The letters are interconnected, with the 'B' and 'N' being particularly prominent.

CASA FINANCIERA S. A.

25 DE MAYO 575 - CASILLA DE CORREO 1454 - MONTEVIDEO - URUGUAY
TELEFONO: 96.20.30 - TELEX: 23277 LAVORO UY - FAX: 96.20.05

La escultura italiana durante el Risorgimiento

Carlos Novello

Así como las raíces del movimiento resurgimental hay que buscarlas en el iluminismo y su culminación, en la adopción, en la última post-guerra, de la primera constitución republicana y democrática de Italia, los fundamentos de la escultura que, de una manera u otra, se desarrolló durante el Risorgimento, hay que buscarlos en Antonio Canova, nacido en la véneta Possagno, en 1757, y su culminación, en Humberto Boccioni, que nació en Reggio Calabria, en 1882.

La escultura de este período, en Italia, hasta llegar a Boccioni, no tuvo un carácter renovador, de investigación y búsqueda a partir de la naturaleza con su propia impronta y particular característica, como lo tuvo en pintura el movimiento de los "Macchiaioli", que ya tratáramos en el número anterior de nuestra revista.

Canova buscó en la antigüedad los elementos de inspiración para la realización de su obra.

Se mantuvo dentro de los cánones del neoclasicismo, que algunos consideran sinónimo de academicismo y parecería solamente un artista poco inspirado, sobre todo cuando debió partir de una tradición tan formidable y agobiantemente comprometedora como lo es la italiana en materia de escultura.

Sin embargo, en los últimos tiempos se intenta una revalorización de la obra de este artista viéndose en ella "la última aparición de los dioses antiguos y el primer síntoma del inquieto experimentar moderno".

Durante muchos años se consideró que lo más auténtico, lo más "vivo" y, por ende, lo más expresivo del arte de Canova eran sus bocetos, que le permitían desligarse de las ataduras del arte clásico.

En sus grandes obras terminadas, se aprecia hoy la primera ruptura con la precedente escultura barroca, que tuviera maestros sublimes como Bernini quien, aunque sea por contraposición, influyó en el arte canoviano.

La estructura compositiva de sus obras más importantes se despliega en una combinación de líneas preponderantemente oblicuas, que es propia de la escultura barroca, pero la resolución de estas esculturas es básicamente de carácter neoclásica,

con lo cual parecería buscar la unidad, la interrelación de dos estilos frenando la pasión y la expresividad del barroco con un calculado distanciamiento en esa repetición de las formas clásicas, que marca, a su vez, la búsqueda de una nueva expresión que, quizás en muchos casos, no llegó a alcanzar.

Fue el escultor mimado de la sociedad de la época.

Napoleón Bonaparte trató de hacer de él el escultor de palacio y, como prueba máxima de este período quedó la escultura del gobernante corso transformado en Marte Pacificador, en un desnudo que semeja al de un dios greco-romano, todo lo cual habrá hecho sonreír al propio Bonaparte. El original de esta escultura, que data de 1811, se encuentra en el palacio del duque de Wellington, en Londres y una excelente copia de la misma, en el patio principal del Palacio Brera, en Milán, sede de un importante museo.

Una de sus obras más festejadas es la escultura que representa a Paulina Borghese Bonaparte como Venus Vencedora, que está en la Galería Borghese de Roma.

En esta obra, como en la Venus del Residenzmuseum de Munich, alcanza uno de sus más altos grados de plenitud expresiva, presentando dos figuras femeninas que, si bien dentro de los moldes clásicos, son de una belleza exquisita, logrando del mármol una rara suavidad carnal.

Cuando recurre a las expresiones estereotipadas del arte clásico, porque así lo aconseja el tema, por ejemplo, su herma de Vestalis, para la que se inspirara en una cabeza velada del Museo de las Termas de Roma, (Galería de Arte Moderna de Milán) o la cabeza de Elena, que se encuentra en el Palacio Albrizzi de Venecia, las figuras, aunque bellas, no pueden desprenderse de una cierta frialdad. Pero cuando ejecuta retratos, como el del músico Domenico Cimarosa (Promoteca Capitolina de Roma) o el del papa Pío VII, que se encuentra en el mismo lugar, logra plasmar el carácter y la personalidad de los retratados, imprimiéndoles un toque vital que aparece raramente en Canova, pero que puede ser su forma de expresión más sincera. Hacer un análisis de la fecundísima obra de este escultor nos llevaría, por sí solo, a escribir un largo artículo, pero no es ése, en esta oportunidad, nuestro propósito.

Baste citar, porque son ineludibles, los monumentos funerarios de Clemente XIII, que está en la Basílica de San Pedro de Roma, el de Clemente XIV, también en Roma, en la Basílica de los Santos Apóstoles o el de María Cristina de Austria.

Muchos autores gustan de hallar el equivalente literario de Canova en su contemporáneo y amigo Hugo Fóscolo y consideran los sepulcros del escultor como su obra magna, así como "I Sepolcri" del vate italiano nacido en Zante, una de las islas Jónicas, son, sin duda, la más elevada expresión de su poesía.

El monumento a María Cristina se terminó en 1805 y "Los sepulcros" de Fóscolo son de 1807. En este monumento erigido en Viena el símbolo de la muerte sería la pirámide que está por encima de todos los personajes. Muy probablemente esta idea le surgiera a Canova por el hecho de que por esos tiempos, con los recientes descubrimientos, comenzaba el estudio en profundidad de la arqueología del antiguo Egipto. Una lenta y grave procesión se dirige hacia la abertura de la tumba, precedida por los niños y las



■ Paolina Borghese como Venus Vencedora (detalle). Roma, Galería Borghese.

jóvenes, alimento preferido por la devoradora de vidas y cerrada por la patética figura del viejo (¿el mendigo ciego de Fóscolo?), que quizá la habría invocado en vano hasta ese momento.

El "Amor y Psiquis" que está en el Louvre es una obra delicada y agradable, pero a la cual le falta esa chispa espiritual que hubiera tenido de haber sido hecha por un Bernini.

El sueño eterno de Endimión, el pastor condenado por Júpiter y de quien se enamorara Selene, es velado por su fiel perro, conformando un excelente grupo marmóreo que pertenece a la Colección Devonshire, de Chatsworth.

Por fin, entre lo mejor de Canova está su Venus y Adonis, en tamaño casi natural, mármol que se halla en Villa La Grange de Ginebra.

El arte de este véneto, que alcanzó en muchas oportunidades un eximio refinamiento, tuvo una influencia muy importante sobre toda la escultura del Ochocientos, pero con resultados generalmente negativos por cuanto sus numerosos seguidores e imitadores tomaron de él sobre todo el aspecto neoclásico, académico, que suplía toda observación directa de la naturaleza por una intelectual reproducción de modelos anquilosados. Tomaron el aspecto exterior y menos imaginativo del arte canoviano, sin el genio de Canova.

Parecería que un gran vacío se extendiera a lo largo de todo el siglo XIX en la escultura italiana con solamente algunos jalones que no dejaron una huella muy profunda a su paso por la escena artística.

Tal es el caso de Lorenzo Bartolini, nacido en Savignano, una de cuyas obras principales es una tumba para la condesa Sofía Zamoiska, que se encuentra en Santa Croce, en Florencia. Este escultor, que fuera alumno de David en París, rechazó decididamente el modelo "ideal" para buscar en el modelo "histórico", en especial en el arte toscano del '400, una guía cultural que pudiera tener una apertura hacia lo verdadero.

Giuseppe Grandi, nacido en Ganna en 1843, tiene algunas obras de interés, como su boceto para el monumento a las "Cinque giornate di Milano", que se encuentra en el distrito militar de Milán.

En torno a este escultor y en la atmósfera milanesa de la Scapigliatura, surge Medardo Rosso, nacido en 1858 en Turín, como un artista que demuestra una verdadera concepción moderna en la ejecución de sus trabajos.

Se considera que Rosso es uno de los puntos de partida de la vanguardia futurista, habiendo influido en la formación de Boccioni.

Humberto Boccioni nació en Reggio Calabria en 1882.

Con Carrá y Russolo escribió el "manifiesto dei pittori futuristi", que fue impreso en febrero de 1910 y leído públicamente el 8 de marzo, en el Teatro Chiarella. En 1912 el grupo, capitaneado por Marinetti, un poeta que fue el padre del movimiento futurista, organizó una muestra colectiva en París.

En 1914 Boccioni, que falleció cuando tenía solamente 34 años, publicó el libro que



■ Venus y Adonis (cm. 183 x 87 x 60). Villa La Grange, Ginebra.

dio forma unitaria a las ideas del movimiento.

Crecidos en medio de una tradición artística como la italiana, que es, sin dudas, la más importante a nivel mundial, los futuristas se sintieron en la necesidad de negarla con todas sus fuerzas, de borrar un pasado glorioso, pero que puede ser asfixiante si se vuelve siempre a él sin avanzar, sin aportar lo nuevo con que deben enriquecerlo las generaciones que van tomando la posta en la historia. Una gran responsabilidad y un gran coraje eran necesarios para afrontar tamaña empresa.

Ellos se comprometieron con un arte que celebrase, sobre todo, la existencia del urbanismo moderno, con las máquinas irrumpiendo impetuosamente en la vida hasta entonces apacible, imponiendo el movimiento y la velocidad a niveles inimaginables anteriormente.

El gran entusiasmo por los cambios sociales y el ideal casi místico hacia la identificación con un dinamismo universal, descubierto a través de las máquinas, diferencian lo que había sido la retórica romántica de los conceptos vertidos en el manifiesto colectivo de 1910.

En él declaran que los artistas deben:

1) Destruir el culto del pasado, la obsesión por lo antiguo, la pedantería y el formalismo académico.

2) Despreciar profundamente toda forma de imitación.

3) Exaltar toda forma de originalidad, aún si es temeraria, aún si es violentísima.

4) Transformar en coraje y orgullo la fácil tacha de locura con la cual se azota y se amordaza a los innovadores.

5) Considerar a los críticos de arte como inútiles o perjudiciales.

6) Rebelarse contra la tiranía de las palabras armonía y buen gusto, expresiones demasiado elásticas, con las cuales se podría destruir fácilmente la obra de Rembrandt o la de Goya.

7) Barrer del campo ideal del arte todos los motivos, todos los sujetos ya explotados.

8) Expresar y magnificar la vida actual, incesante y tumultuosamente transformada por la ciencia victoriosa.

¡Sean sepultados los muertos en las más profundas entrañas de la tierra! ¡Sean despejados de momias los umbrales del futuro!

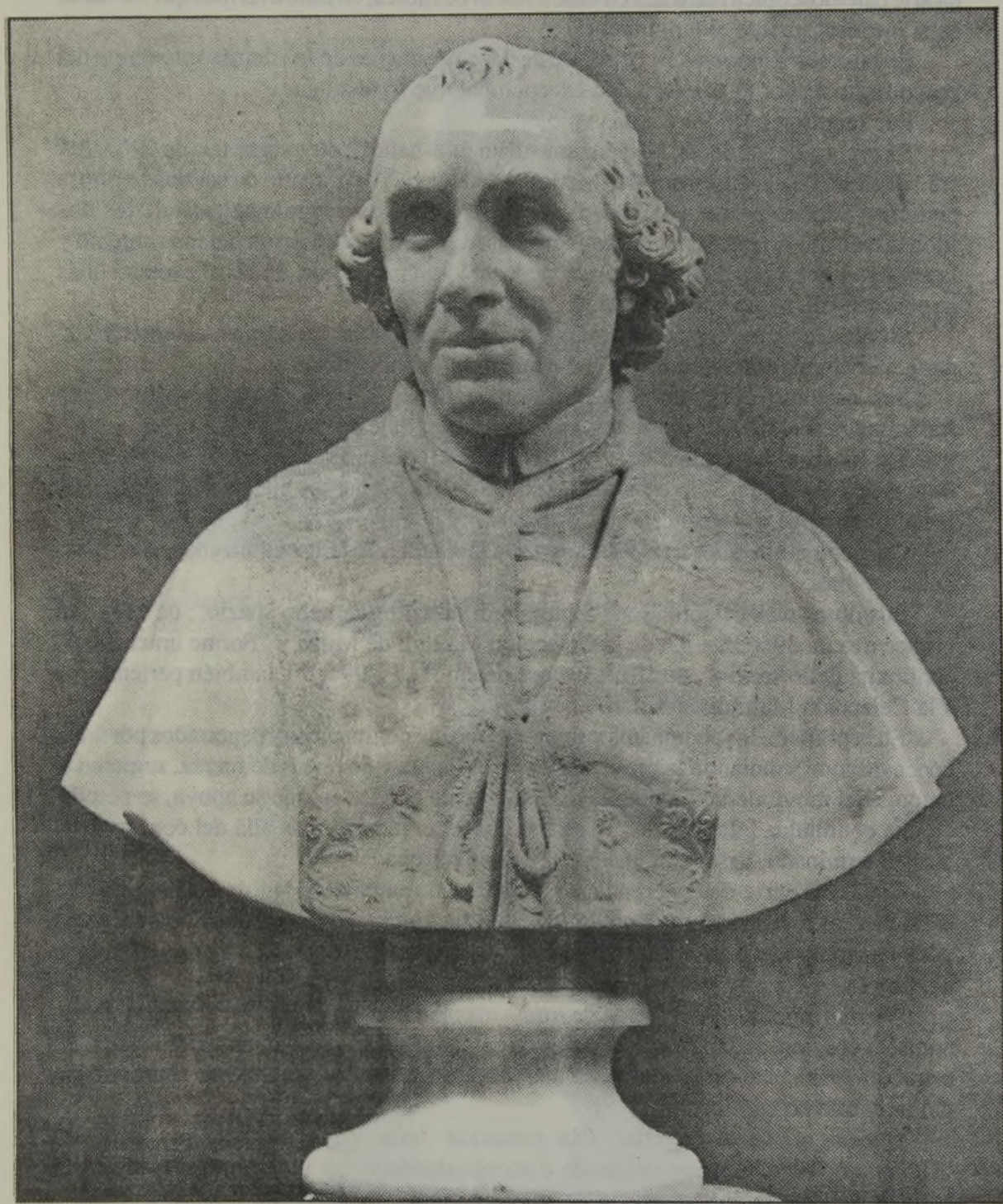
Esto, opuesto al academicismo, sí que era un cambio!

¿Y no era, pues, adoptar esta posición, volver a las fuentes del arte? ¿No era volver a la naturaleza, como habían hecho los "Macchiaioli"?

Sólo que esta naturaleza ya no eran paisajes bucólicos, no eran escenas de una vida tranquila y provinciana o de campiñas, personas o animales, pero todo moviéndose al ritmo lento del 800.

Los futuristas se rindieron al asombro que la gente de la época mostraba por la velocidad como un hecho nuevo en la vida de la humanidad.

Endiosaron la máquina, devoraron todo ese mundo nuevo, que vertieron luego en



■ Retrato de Pio VII. Roma, Promoteca Capitolina (cm. 59 x 50).

un arte caleidoscópica realizada en base a líneas de fuerza, en base a formas que llevaban en sí intrínsecamente el movimiento.

El calabrés Humberto Boccioni se destaca netamente de los demás miembros del grupo futurista por la personalidad excepcional que lo distingue.

Fue escultor, pero fue también pintor.

Su pintura denominada "Dinamismo di un foot-baller", óleo sobre tela de 196 x 205 cm., que está en el Museo de Arte Moderna de Nueva York, aparte de ser una hermosa pintura y de permanente actualidad, por su temática, contiene la síntesis de los dos filones más importantes del pensamiento futurista: la representación del movimiento y la creación del equivalente pictórico de la máquina. Fue, sin duda, el escultor más importante del grupo y de su tiempo.

Su obra, en contraposición con la escultura tradicional, se basa en el tentativo de darle nueva vida insertándola en la dinámica del mundo moderno.

Sus esculturas, extremadamente aerodinámicas y ricas de imaginación, eran formalmente móviles, como la fotografía estroboscópica de la época.

Expresaba: "La estatua cerrada debería ser abolida, la figura debe ser abierta y fundida en el espacio... la escultura futurista estará hecha por planos de madera o de metal, inmóviles o mecánicamente móviles".

Conceptos que son, en verdad, los fundamentos de la escultura moderna, hasta nuestros días.

Sus obras más célebres son "Sviluppo di un bottiglia nello spazio", de 1912, un bronce de cm. 39 x 35 x 63, de la Colección Mattioli de Milán y "Forme uniche nella continuità dello spazio", de 1913, Bronce de cm. 115 x 99 x 40, también perteneciente a la Colección Mattioli de Milán.

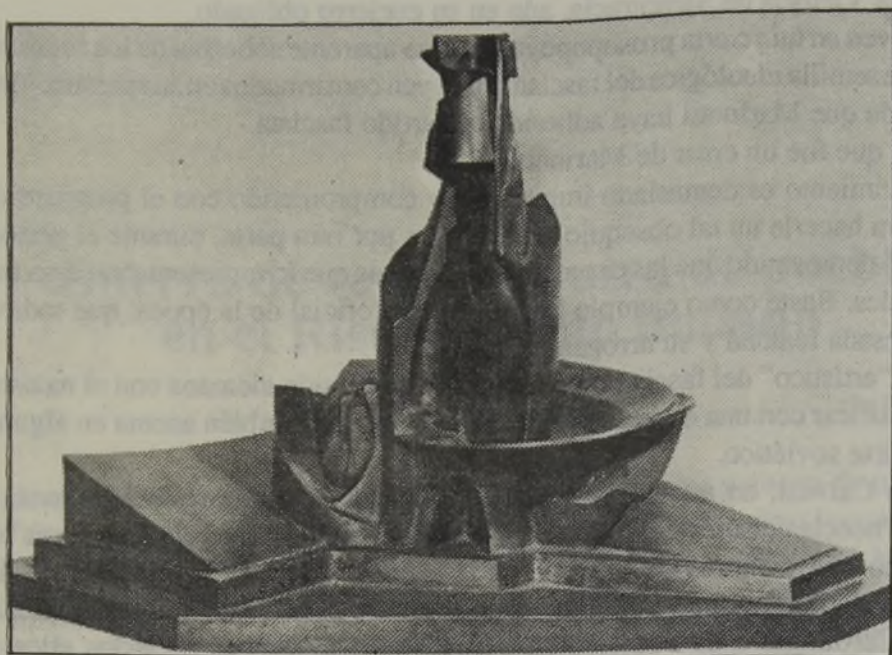
En la primera, los compactos volúmenes son descompuestos y penetrados por áreas cóncavas, que simulando la presencia de rayos de luz y de líneas de fuerza, sugieren el empuje del movimiento: la botella que emerge de la base en que se apoya, se percibe en una continuidad de planos que parecen hacer explosión más allá del contorno del bloque terminado, hasta perderse en el espacio circundante.

Toda una serie de sugerencias que surgen de la posibilidad de un movimiento efectuado al levantarse una botella de sobre una mesa, tomada por la mano de una persona, como si ese movimiento cobrara vida propia y se identificara con el volumen del objeto.

"Forme uniche..." es, quizás, la forma más lograda, en toda la escultura moderna, como evocación de la energía y de la velocidad. La figura humana, poderosa en su estructura muscular, está envuelta en una cobertura metálica que refuerza la propulsión del movimiento continuo.

Quizás se deba recordar una conocida frase de Marinetti que expresó: "Un'automobile che passa ruggendo e scoppiettando come una mitragliatrice, è piú bella della Vittoria di Samotracia".

Sin embargo, después de tantos siglos, el viento sigue moviendo las finas vestiduras



■ Humberto Boccioni. "Desarrollo de una botella en el espacio". 1912.
Bronce. Colección Mattioli, Milán.



■ Humberto Boccioni. "Formas únicas en la continuidad del espacio". Bronce. Colección Mattioli, Milán.

y las alas de la Victoria de Samotracia, aún en su encierro obligado.

Algunos ven en una cierta prosopopeya y en una aparente soberbia de los futuristas una especie de semilla ideológica del fascismo y se ven confirmados en sus presunciones por el hecho de que Marinetti haya adherido al partido fascista.

Creemos que fue un error de Marinetti.

Este movimiento es demasiado importante y comprometido con el progreso del arte como para hacerle un tal obsequio al fascismo. por otra parte, durante el período fascista quedó demostrado que las expresiones artísticas que lo representaban eran más que lamentables. Baste como ejemplo la arquitectura oficial de la época, que todavía muestra su pesada fealdad y su arrogancia vacía.

El estilo "artístico" del fascismo en Italia o de su versión alemana con el nazismo se puede identificar con una especie de neoclasicismo, que también asoma en algunos aspectos del arte soviético.

Mauricio Calvesi, en un reciente artículo publicado en una revista italiana, se refiere a los "neoclasicismos" estableciendo como el más antiguo el "Ara Pacis" de Augusto como una tentativa de restablecer el espíritu ático de la edad helenística reflejando una ideología áulico-imperial; luego se refiere a los "renacimientos" clásicos de la época Carolingia o de Federico II; después al más famoso de todos ellos: el Renacimiento del 1500; el penúltimo, en clave civil, sería el representado por Canova y David y —según él— el último sería el arte figurativo del nazismo. Y termina: "Dunque una scelta civile e di costume, necessariamente al seguito dell'azione politica: e così, attraverso la rivoluzione e il panegirico delle virtù civili, lo stile neo-classico finì per sfociare nella pomposa celebrazione di Napoleone. A questo punto il destino del Neo-classicismo (così battezzato solo dopo la sua morte) si ricongiungeva alla vocazione aulica di altri neo-classicismi da Augusto a Carlo Magno e a Federico II, da Napoleone a Hitler".

Se podrá estar de acuerdo o no con estos conceptos. Lo cierto es que, en Italia, la escultura como arte que hiciera algún aporte a la rica tradición de ese país, fue la gran ausente durante el siglo XIX.

De Canova se debe saltar hasta Boccioni, que hace reinsertar el arte italiano, en esta técnica, en lo más avanzado, ejerciendo hasta el día de hoy una influencia en toda la escultura contemporánea que no puede negarse.

El siglo XIX vio el florecimiento del arte pictórico a través de los "Macchiaioli" que supieron, además, en su mayoría, asumir una actitud civil y política acorde con los tiempos.

No siguió el mismo curso la escultura y, después de casi un siglo de repliegue, dio un salto importante, que le permitió recuperar el tiempo perdido, ya dentro del siglo XX.

Otros Boccioni y otros "Macchiaioli", acompañándose a esta nueva etapa que recorre vigorosa Italia, deberán surgir —y surgirán— para afrontar el siglo XXI que ya nos viene apremiando.

Guerra de reyes y guerra de pueblo en el Risorgimento italiano

Guido Zannier

Guerra regia e guerra guerra di popolo, "guerra de reyes y guerra de pueblo" es el título de un viejo estudio de Antonio Monti, publicado años ha en las *Questioni di Storia del Risorgimento e dell'Unità d'Italia* de Ettore Rota por la Editorial Marzorati de Milán, que nos ha llamado la atención.

En esta publicación se estudian problemas que nosotros queremos replantear hoy aquí, en el encuentro que la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo, con los auspicios del Museo Histórico, promueve en esta Casa de Garibaldi.

Queremos, es decir, estudiar un poco de cerca los aportes, ora convergentes ora divergentes, que en el campo de la larga hazaña militar del período resurgimental estuvieron a cargo por un lado de los ejércitos reales de Piamonte y de Italia y los de las fuerzas populares de los patriotas, por el otro.

Como es sabido, el término *Risorgimento*, "Resurgimiento", es ya universalmente aceptado para designar genéricamente aquel complejo proceso espiritual y político, aquella serie de transformaciones económicas y sociales, de actitudes literarias y culturales, de acontecimientos diplomáticos y, por sobre todo, militares, que, entrelazándose y, a menudo, enfrentándose entre sí, desde fines del siglo XVIII y a lo largo del XIX, llevaron a Italia de su secular fraccionamiento político y espiritual a la unidad, de la dominación y preponderancia extranjera a la independencia nacional, del absolutismo monárquico al Estado liberal y constitucional bajo la dinastía de los Saboya y, luego, a la actual República Italiana fruto de la voluntad de todos los italianos, de una Italia que inicialmente no era más que "una expresión geográfica", según lo afirmado por el Príncipe de Metternik, a una nación orgánica e independiente, donde su pueblo es por fin dueño de su destino y disfruta de la más amplia libertad y soberanía.

En todo este largo proceso intervinieron como factores determinantes, por un lado, los soberanos y sus gobiernos, que guiaron los ejércitos en las campañas militares y, por el otro, las fuerzas populares, las que, orientadas por los patriotas, combatieron, ora al lado de esos ejércitos, ora por su cuenta, ora, en raras excepciones, en contra de tales

ejércitos.

Desde fines del siglo pasado historiadores y estudiosos de distinta postura no estuvieron siempre de acuerdo en juzgar y valorar de la misma manera los factores que mayormente contribuyeron a la maduración de estos hechos.

Aún reconociendo que en el **Risorgimento** conflúan distintos factores políticos, económicos, sociales y militares, algunos de ellos dieron, sin embargo, preminencia al principio cultural y espiritual, es decir a aquel impulso y fervor ético-religioso que representaba la estructura portante, aquel mito de regeneración humana y de palingénesis universal, que se ubicaba entre los demás mitos típicos del Ochocientos, desde De Maistre hasta Marx, pasando por Alfieri, Fóscolo, Cuoco, Mazzini, Gioberti, Balbo. Posición ésta, que, si bien lograba centrar y destacar, en el nexo indisoluble entre independencia nacional y libertad política, la particular atmósfera espiritual del **Risorgimento**, estaba, sin embargo, expuesta al peligro de transformar esta compacta visión unitaria en una pura y formal envoltura literaria, sin alguna correspondencia con el contenido social y político del Ochocientos italiano. En este mismo peligro cayó también, en tiempos relativamente recientes, Giovanni Gentile, según el cual el **Risorgimento** se resolvería en un fenómeno puramente cultural, que desde Machiavelli y Giordano Bruno, pasando por Vico, Cuoco y Alfieri, se remontaba al romanticismo alemán, con Mazzini y Gioberti.

Tomaron posición contra esta tesis los estudiosos de la denominada escuela jurídico-económica, quienes, inspirándose más o menos directamente en los principios historiográficos del marxismo, dirigieron su atención preferentemente hacia los fenómenos de la vida económica y social del siglo XVIII, donde encontraron los primeros fermentos y gérmenes de las ideas de libertad e independencia que madurarán en el siglo siguiente.

Con nuevo vigor se retomaron, después de la primera guerra mundial, los estudios sobre el **Risorgimento**, guiados por una más profundizada y despreocupada reflexión, a consecuencia de la vuelta a las pasiones políticas y del vasto y convulsionado movimiento social producido por los eventos bélicos vividos. Los resentimientos y las recriminaciones de los primeros años de la post-guerra replantearon el problema del **Risorgimento**, a cuyas deficiencias se quiso hacer remontar algunas graves insuficiencias de la vida social italiana que el curso de la guerra había macrocósmicamente revelado.

La historia del **risorgimento**, en esta etapa, se presentaba como obra de una exigua minoría, como la creación de pocos mártires y apóstoles. Las tumultuosas y salutarias irrupciones de las muchedumbres populares en la escena italiana asumían el valor de un simple y coreográfico desvío; sólo por caminos muy indirectos se podría entrever o adivinar la presencia de las masas populares con sus inmediatas necesidades y aspiraciones.

Sin embargo, el fenómeno de la fractura entre minorías intelectuales y plebe había sido tan sólo rozado, aludido, mas nunca centrado plenamente y desarrollado en todas sus implicancias. Bajo el apremio de las agitaciones sociales, surgidas al final de la

primera guerra mundial, algunos hombres políticos y estudiosos de problemas sociales dirigieron con preferencia su atención a este particular problema del **Risorgimento**. Y se intentó entonces un verdadero proceso al fenómeno del **Risorgimento**: se volvió a hablar, resucitando a Ferrari y Oriani, de conquista regia, de mezquindad conservadora y de traición a los ideales morales y religiosos afirmados por Mazzini y otros profetas de la época.

Sobre estas disidencias y contrastes entre clases dirigentes y multitudes populares se ha centrado, en los últimos años de esta segunda postguerra, la atención de los estudiosos del **Risorgimento**, que han atribuído a la fragilidad de la estructura liberal del Estado italiano, claramente manifestada en el choque con el fascismo, la falta de participación de las clases populares en el movimiento de regeneración del **Risorgimento** italiano.

Por fin, la catástrofe en la que se hizo precipitar Italia en la segunda guerra mundial y el movimiento de la Resistencia, que hicieron hablar de un segundo **Risorgimento**, han vuelto a poner en el tapete de la discusión política actual la disgregación social y las profundas desigualdades económicas y culturales de la nación italiana. Por muchos es considerado central, ahora, el problema de las relaciones entre clase política y masas populares: éstas, en una civilización de masa, como lo es la actual, si son mantenidas en la miseria y la ignorancia, pueden dar pie a todo tipo de aventura, arrastrando en la común ruina también a las "élites" ilustradas.

En este contexto de ideas, planteadas por un siglo y medio de historiografía resurgimental, trataremos nosotros de hilvanar nuestro tema específico de la **guerra de reyes y guerra de pueblo en el Risorgimento italiano**.

Antes de entrar de lleno a tratar nuestro argumento, nos parece oportuno plantear brevemente el problema de los límites cronológicos en los que pensamos enmarcar el fenómeno del **Risorgimento**.

No todos los historiadores están de acuerdo en determinar tales límites. En efecto, por lo que se refiere a la fecha del comienzo de esta fase de la historia italiana, algunos estudiosos se remontan a las etapas de la Revolución Francesa y la era napoleónica que habrían hecho precipitar en decidida voluntad política las preexistentes y vagas aspiraciones de libertad e independencia de los italianos. Otros, en cambio, se rehacen más atrás, al tratado de Aquisgrán, que habría determinado una situación político-diplomática europea favorable al renacimiento de Italia. Otros más, subrayando el aspecto marcadamente político del **Risorgimento** y queriendo destacar el aporte determinante de la Monarquía Saboyana, se rehacían nada menos que al tratado de Utrecht, que marcaba el comienzo de una más vigorosa política expansionista de Piamonte, como premisa de su futura función resurgimental.

Tampoco en lo que se refiere a la etapa final de este período hay acuerdo entre los estudiosos.

Por algunos es marcada ora por el año de la proclamación del Reino de Italia, ora por la conquista de Roma y la liberación del Véneto, ora por la conclusión de la primera

guerra mundial con la liberación de Trento y Trieste y la completa unificación de la Península bajo el cetro de los Saboya.

Otros, por fin, enmarcan el **Risorgimento** en el corto período que va desde 1848 hasta 1870, con las denominadas tres guerras de independencia y la liberación de Roma.

Nosotros pensamos dar a este período, tan trascendental a los efectos de la formación de la nación italiana, unos límites más amplios, que van desde el Congreso de Viena (año 1815) hasta la proclamación de la República Italiana (año 1946) y que abarcan, por lo tanto, un lapso de 130 años.

No es nuestra pretensión sentar doctrina al respecto, ya que no somos historiadores "stricto sensu", sino simplemente alguien que quiere interpretar estos hechos de acuerdo con su cabal entender. Por lo tanto esperamos que querrán disculpar nuestro atrevimiento en pronunciarnos en forma tan discordante de la opinión de los más autorizados estudiosos del argumento.

Indicamos, pues, la fecha de comienzo del **Risorgimento** la del Congreso de Viena (1815) puesto que allí se marcó no sólo la sumisión directa o indirecta de Italia a la preponderante dominación extranjera representada por el Imperio Austro-Húngaro y refrendada por las potencias de la Santa Alianza, sino también la instalación, en la Península, de la más rigurosa reacción, negadora de toda posible idea de innovación hacia cualquier tipo de libertad cívica y nacional y de toda tesis de progreso y bienestar social. Todo lo cual hizo nacer en la Península fuerzas y tendencias contrarias, que reaccionaron contra aquel estado de cosas y determinaron la lucha por el progreso y la libertad.

Como observa justamente Antonio Monti en el estudio citado al principio "...Todos los esfuerzos, todas las tentativas, las corrientes de las ideas que agitaron pensadores y hombres del pueblo, gobernantes e inconscientes colaboradores, caudillos y humildes soldados, todo brotó del fondo de esta nueva y renovada conciencia".

Pensamos, pues, que todos estos factores que emanan del Congreso de Viena fueron el detonante principal que desencadenó, en progresión geométrica, la gran revolución libertadora del **Risorgimento** italiano.

Por otro lado, pensamos que no corresponde dar por finalizado este proceso de unificación y maduración de la nación italiana ni con la proclamación del Reino de Italia, ni con la conquista de Roma y la liberación del Véneto, ni con la finalización de la primera guerra mundial que acarrea la unificación política de la Península bajo el cetro de los Saboya, puesto que todas estas posibles etapas no enmarcan todo el largo proceso que lleva a la creación de una nación y de unas estructuras políticas que garanticen todos los derechos cívicos propios de una sociedad justa, libre e independiente.

El **Risorgimento** italiano, por cierto, va más allá de la creación de un Reino de Italia, que descansa sobre la unificación material de una parte o de toda la Península. Cabe destacar, por ejemplo, que ese Reino no contó nunca con el aval de un plebiscito popular que respaldara su poder; que el Estatuto Albertino dictado por el mismo, no fue fruto de un acuerdo entre el soberano reinante y el pueblo súbdito, sino una "graciosa"

concesión desde lo alto; que la ley electoral italiana anterior a la Constitución republicana ponía graves limitaciones al derecho de voto de los ciudadanos excluyendo a las mujeres, a los analfabetos y a todos los que no pagaran cierta contribución anual al fisco por concepto de impuestos. A todo esto habría que agregar, luego, que el autoritario Reino de Italia y, por sobre todo, el fascismo que, por más de veinte años gobernó el País, pusieron sistemáticamente serios obstáculos al pleno derecho de soberanía al pueblo que constituía la Nación.

Por tal razón, pues, consideramos que sólo con la proclamación de la constitución republicana Italia logra la plenitud de su vida nacional y democrática. Sólo con el advenimiento de la República podemos considerar, pues, plenamente madurado el proceso del **Risorgimento** italiano y marcar así su fecha de culminación.

Dentro de este conjunto de elementos materiales y espirituales de la vida italiana de este período trataremos, ahora, de desarrollar nuestro tema relativo a guerra de reyes y guerra de pueblo en el **Risorgimento**.

Afirmamos como cosa indiscutible que el **Risorgimento**, como acción concreta, empieza cuando surgen los primeros pensadores y los primeros mártires de la idea liberal, cuando, es decir, los italianos tienen el valor de enfrentarse con la muerte, el exilio y la prisión en defensa de sus ideales: desde aquel entonces el **Risorgimento** procedió, hasta su completa maduración, a través de una serie de guerras, las cuales o bien se polarizaban alrededor de la iniciativa regia, en guerras, es decir, dirigidas por la monarquía, o bien fueron guerras de carácter popular, en las cuales la iniciativa fue tomada no tanto directamente por el pueblo, sino, más bien, por quien lo representa y aspira a dirigirlo.

La guerra regia, o de reyes, se dio cuando la Monarquía —que es siempre la de Casa Saboya— haciendo coincidir las aspiraciones del sentimiento nacional con su propia tendencia a la expansión y al engrandecimiento del Reino de Piamonte a expensas de otros territorios de Italia gobernados por príncipes adictos a Austria, encabezó las denominadas tres guerras de independencia.

Esta guerra se combatió con ejércitos regulares y organizados, guiados por el propio Rey y por oficiales profesionales adictos incondicionalmente a la monarquía y fue llevada a cabo por hombres reclutados masivamente por una conscripción obligatoria entre todos los ciudadanos varones aptos al duro oficio de la armas.

La guerra de pueblos, en cambio, es la que combaten por lo general fuerzas irregulares que normalmente carecen de experiencia militar, que, guiadas por patriotas iluminados, estallan en sublevaciones y revoluciones que tienden a cambiar las estructuras políticas de los estados de la Península y luego a suprimirlos en aras de una única nación italiana, libre e independiente.

La característica fundamental de la guerra de pueblo es representada por el voluntarismo, es decir por la libre adhesión de fuerzas populares que abarcan espontáneamente la causa por la que combaten y a ella se entregan totalmente.

El voluntarismo tuvo en nuestro Garibaldi su gran campeón. La generosidad y el

desinterés constituyen la columna vertebral del voluntarismo, el cual desprecia honores, dinero, medallas, recompensas, para dedicar todas las riquezas y todas las energías al servicio de la patria.

Para entender cabalmente la idea de guerra de pueblo no vemos nada mejor que citar aquí una página de Mazzini, el gran apóstol de la guerra de pueblo, que vamos a leer en su texto original italiano.

“Per guerra di popolo noi intendiamo una guerra santificata da un intento nazionale, nella quale si ponga in moto la massima cifra possibile delle forze spettanti al paese, adoprando a seconda della loro natura e delle loro attitudini –nella quale gli elementi regolari e gli irregolari, distribuiti in terreno adatto alle fazioni degli uni e degli altri, avvicendino la loro azione– nella quale si dica al popolo: la causa che qui si combatte è la tua; tuo sarà il premio della vittoria, tuoi devono essere gli sforzi per ottenerla; e un principio, una grande idea altamente bandita, e lealmente applicata da uomini puri, potenti di genio e amati, desti, solleciti, che suscitino una insolita vita, a furore, tutte le facoltà di lotta e di sacrificio che si facilmente si rivelano e s’addormentano nel core delle moltitudini: –nella quale né privilegio di nascita o di favore né anzianità senza merito presieda alla formazione dell’esercito, ma il diritto d’elezione possibilmente applicato, l’insegnamento morale alternato col militare e i premi proposti dai compagni, approvati dai capi e dati dalla nazione, facciano sentire al soldato che non è macchina, ma parte di popolo e apostolo armato di una causa santa– nella quale non s’avvezzino gli animi a riporre esclusivamene salute in un esercito, in un uomo, in un capitale, ma s’educino a creare centro di resistenza pero ogni dove, a vedere tutta intera la causa della patria ovunque un nucleo di prodi innalzi una bandiera di vittoria o di morte –nella quale, maturato e tenuto in serbo un prudente disegno pel caso di gravi rovesci, le fazioni procedano audaci, rapide, imprevedute, calcolate più che non s’usa sugli elementi e sugli effetti morali, non inceppate da riguardi a diplomazie o da vecchie tradizioni regolatrici di circostanze normali– nella quale si guardi più al popolo che ai governi, più ad allargare il cerchio dell’insurrezione che a paventare i moti del nemico, e più a ferire il nemico nel core, che non a risparmiare un sacrificio al paese.”

Guerra de reyes y guerra de pueblo son, pues, las que crearon la unidad de Italia. El **Risorgimento** se polariza permanentemente alrededor de dos puntos o fuerzas: una brota desde abajo, la otra viene desde arriba: historia de pueblo e historia de gobiernos dinásticos. A través del equilibrio de estas dos fuerzas, como a través de sus luchas y enfrentamientos, de sus convergencias y divergencias es dable ver las distintas etapas del **Risorgimento**, que marcaron el largo camino hacia el estado unitario y democrático italiano.

Las diferencias y las analogías entre la guerra regia y la guerra de pueblo aparecen muy claras en los momentos más descollantes del **Risorgimento**, empezando por los primeros movimientos de carácter liberal y constitucional de los carbonarios de los años 1820 y 1830 de Piamonte y de Nápoles, en los cuales se nota que las revoluciones se apoyan en el ejército real, llevando en él la división y el enfrentamiento. Se podría poner

en duda y hasta excluir que estas primeras revoluciones de los años '20 y '21 en su manera de desarrollarse y de luchar por la conquista de la constitución, hayan sido verdaderas guerras de pueblo, puesto que el pueblo estuvo totalmente ausente en ellas y fueron, en cambio, fruto de la lucha de una parte del ejército que quedó fiel al rey y otra deseosa de cambiar las estructuras del Estado en sentido liberal.

En resumidas cuentas, tanto la revolución napolitana como la piamontesa no pueden considerarse movimientos de pueblo sino en el sentido más amplio de rescate contra los principios autoritarios dictados por el Congreso de Viena de 1815. Fueron éstos, al igual que los posteriores de 1833 y 1834, movimientos de minorías, de precursores y no movimientos revolucionarios en los que el pueblo actúa como protagonista, ya que los mismos se limitaban a pedir la constitución, lo cual no tenía necesariamente un preponderante contenido social, sino tan sólo político.

Todos estos movimientos y otros similares que tuvieron lugar a lo largo del período resurgimental nos hacen pensar en la necesidad de distinguir un **tercer tipo de guerra** que se va ubicando entre la guerra regia y la guerra de pueblo, pero que se diferencia de una y de otra: es ésta la **guerra de la conspiración y de las conjuraciones**, llevada a cabo por las "élites" intelectuales, por soñadores, por gente visionaria, por progresistas que miraban hacia la libertad y la democracia apoyándose ora en la organización militar del ejército real ora en la burguesía y, en algunos raros casos, en las capas más bajas del pueblo. En este último tipo de guerra habrá que ubicar la infortunada expedición al Sur de los hermanos Bandiera de 1844, que no puede ser considerada guerra de pueblo porque los Bandiera y sus contados compañeros no procedían del pueblo. El de ellos fue un generoso movimiento revolucionario de independientes de la burguesía de las clases superiores. El mismo Mazzini, que en aquel entonces encendía focos de resistencia contra el Imperio Habsbúrgico y la dominación foránea en toda Italia, renegó de él y quiso deslindar responsabilidades acerca del trágico fin de aquellos jóvenes héroes a mano de la gendarmería borbónica.

De igual manera terminó también la expedición de 1857 de Carlo Pisacane, quien, aún contando con el consentimiento de Mazzini y el prometido apoyo de un denominado Comité Liberal de Nápoles y Basilicata, no tuvo más seguidores que un puñado de héroes que lo siguieron en la infortunada expedición de Sapri y que con él murieron en combates esporádicos con las fuerzas borbónicas o bien asesinados con saña por las mismas poblaciones ignorantes de aquellas tierras que los tomaron por vulgares salteadores.

El fracaso de estos dos movimientos hay que buscarlo en el hecho que los mismos no se apoyaron en ninguna de las dos guerras posibles en la época: ni la de los reyes ni la del pueblo.

La causa principal del malogro de la expedición de Pisacane radica en su programa netamente republicano y en las teorías socialistas ostentadas por su jefe, teorías que todavía no habían fermentado y que se presentaban ajenas al sentir del pueblo, aun no maduro para ellas.

Este tipo de guerra de las conjuraciones y de las sociedades secretas seguirá a lo largo de buena parte del primer **Risorgimento** y aunque no dio frutos visibles, tenemos que tomar acto, sin embargo, que en ellas se forjaron no pocos espíritus que más tarde darán su valiosa contribución al movimiento libertador resurgimental, militando ora en la guerra real ora en la del pueblo.

Mientras estas primeras e inciertas tentativas de las sociedades secretas de llevar la guerra de pueblo contra los tiranos y los extranjeros se desarrollan en Italia, la guerra de pueblo se combate triunfalmente en América, en Brasil y en nuestro Uruguay, donde Garibaldi reunía a su alrededor gran multitud de italianos desterrados y proscriptos como él, los organizaba militarmente y hacía de ellos un instrumento útil también para las futuras guerras nacionales.

El concepto básico de las formaciones voluntarísticas garibaldinas en América es que ellas combaten sí fuera de Italia, lejos de la patria y por el interés inmediato de las jóvenes repúblicas sudamericanas, pero con la presunción ideal de acelerar con aquel sacrificio la causa de la independencia italiana. En efecto, Garibaldi celebra en sus memorias los caídos de aquellas guerras como caídos por la causa nacional italiana.

La guerra de pueblo garibaldina asumió una organización más adecuada a sus fines en 1848 cuando Garibaldi, a la cabeza de un cuerpo de voluntarios combatió en Luino y Morazzone, en un primer tiempo al lado de las tropas reales de Carlo Alberto y a las órdenes de este soberano y, luego del armisticio de Salasco, por su cuenta enarbolando la bandera mazziniana de Dios y Pueblo.

La primera guerra de independencia, combatida en sus dos etapas de 1848 y 1849, es un ejemplo de convergencias de voluntades, aunque matizadas por recíprocas difidencias y recriminaciones, entre la guerra regia y la guerra de pueblo. Sobre los campos de Lombardía combatieron hombro a hombro el ejército real piemontés de Carlo Alberto, Garibaldi y sus garibaldinos y formaciones voluntarias de otros estados italianos: 6000 toscanos, 14.000 romanos, 14.000 napolitanos y núcleos de parmenses, modenses, lombardo y vénetos. Al finalizar infelizmente la guerra regia con la derrota de Carlo Alberto y al retirarse éste del conflicto, continuó vigorosa y heroica la guerra de pueblo, que ya había escrito páginas de gloria en las cinco jornadas de Milán, con las épicas resistencias de Venecia, Brescia y Roma, donde el pueblo armado hizo frente a la prepotencia extranjera.

En Roma Mazzini encabezaba la resistencia en nombre del pueblo y la guerra se combatió con características netamente populares, con jefes improvisados, con tropas enteramente voluntarias, escasamente armadas, inexpertas en el arte de la guerra, pero ardientes de entusiasmo y dispuestas a morir por la gran causa.

En 1859 se combate la segunda guerra de independencia, donde tropas conjuntas piemontesas y francesas se enfrentan con los austro-húngaros del Imperio Habsbúrgico.

Ahora la situación ha cambiado notablemente y el pequeño Piemonte, rebozante de desterrados y perseguidos políticos de muchos credos, ha sabido insertar su propia política en el cuadro mayor de la política europea adquiriendo credibilidad y prestigio

en los consejos de Europa y cosechar glorias militares en los campos de batalla de Crimea, de Palestro, de San Martino y tornarse, en consecuencia, un faro para toda Italia, guía y caudillo en la lucha por la independencia.

De tal manera, la guerra del '59, ya sea por la larga participación de formaciones voluntarias, ya sea por la adhesión espiritual de gran parte de los italianos, tuvo un desarrollo absolutamente armónico de guerra regia y guerra de pueblo al mismo tiempo. El pueblo colaboró con sus energías a la guerra, la secundó y refrendó sus frutos con los plebiscitos y las anexiones espontáneas.

En las mismas acciones bélicas descollantes de esta empresa brillan los aportes del ejército del Rey en Palestro y San Martino y las maravillosas hazañas de Garibaldi a la cabeza de sus Cazadores de los Alpes, que enfrenta victoriosamente al enemigo en Varese y San Fermo y conquista sucesivamente Lecco, Bergamo y Brescia y, desde la Valtellina, emprende la invasión del Trentino.

La expedición de los Mil al Reino del Sur, planeada y realizada por Garibaldi, fue la obra maestra de la guerra de pueblo: proclamada y dirigida por hombres del pueblo, combatida con criterios estratégicos nuevos aprendidos en los contactos que se habían establecido entre los voluntarios y los oficiales del ejército real en las dos guerras de independencia a las que hicimos referencia. Esta guerra garibaldina se basaba también en el concepto de guerras por bandas, teorizada por algunos pensadores de la época, que consistía en emboscadas que se tienden al enemigo en montes y bosques, en la facilidad de parte de las columnas de dispersarse cuando el enemigo las superaba en fuerzas y en la habilidad en volverse a reunir y caer repentinamente sobre el adversario, apoyándose siempre en las poblaciones que seguían con simpatía sus hazañas y les brindaban permanentemente informaciones y apoyo.

Las masas populares aflúan, pues, numerosas a engrosar las huestes garibaldinas. El gran mérito de Garibaldi con relación al **Risorgimento** fue, justamente, el de atraer a sí el pueblo, valiéndose de su encanto personal, de su carisma, de sus extraordinarias virtudes guerreras y de su generosidad.

Sin embargo, la guerra popular, comenzada el 11 de mayo de 1860 con el desembarco de Marsala, se torna guerra real con la intervención del ejército piemontés al mando del rey Víctor Manuel II en las Marcas y Umbría, que valora y consolida el fruto de la expedición de Garibaldi sin que surgieran graves desencuentros entre los voluntarios y el ejército regio, ya convencidos aquellos, que, una vez superados los límites de la acción y el arrojo voluntarístico que llevó a la liberación del Reino del Sur, era lícito ceder el paso a las tropas del Rey en cuyo nombre había empezado la empresa.

En verdad el año 1860 marca, al margen de la nostálgica y plausible amargura de los garibaldinos, el acuerdo triunfal de las dos fuerzas. De este acuerdo surge Italia como Estado, surge la nación italiana, y el pueblo, que hasta aquel entonces había gravitado esencialmente en la órbita de pensamiento de Garibaldi y de Mazzini, vuelve hacia la nación unificada.

Este mismo pueblo, plenamente integrado a la patria italiana, combatirá en los

ejércitos del rey las restantes guerras hasta el primer conflicto mundial.

Desde este momento la guerra de pueblo, como guerra en sí, independiente o en oposición a la monarquía, no es posible y cuando el pueblo, guiado una vez más por Garibaldi, lo intentará, entre los años 1862-67, el ejército real tomará posición contra él, como ocurrió en las infaustas jornadas de Aspromonte y Mentana.

Ettore Rota concluye un penetrante estudio suyo sobre el problema con estas palabras:

“Las dos fuerzas, democracia y monarquía, sólo aparentemente hostiles, distanciadas en la acción, más aún, en la imposibilidad lógica de militar juntas, son dos elementos necesarios del proceso reconstitutivo, la milicia popular debe detenerse, casi marcar el paso, cuando entra en acción la milicia real; pero ésta recorre el camino que aquella ha vigorosamente abierto y, si en apariencia quiere sofocar su programa impregnado de doctrina subversiva, esto ocurre con el fin de proporcionar a su intervención la aprobación diplomática de Europa, en tanto que en la realidad crea para la democracia el ambiente de Estado necesario para su libre y completa explicación nacional.”

Decíamos al principio de nuestra charla que el **Risorgimento** italiano no se detiene con la unificación de Italia, ni después de la liberación del Véneto ni después de la conquista de Roma.

El pueblo italiano tendrá que recorrer aún un largo Calvario de peripecias y de guerras hasta conseguir su plena libertad y perfeccionar sus estructuras políticas y sociales. Combatirá, en los ejércitos del rey, de mala gana las guerras coloniales, planeadas por los gobiernos de la época con el fin de solucionar endémicos problemas de pobreza.

Hasta el estallido de la primera guerra mundial las masas populares quedarán ajenas y desfavorables a las grandes contiendas que interesaban directamente a la vida nacional de aquel entonces.

Sin embargo, las luchas del **Risorgimento** habían educado y elevado al pueblo italiano, haciéndolo instrumento sano de lucha política y, cuando sonó la hora de la gran prueba de la guerra de 1915-18 destinada a completar, con la conquista de Trento y Trieste, la obra del **Risorgimento**, fue precisamente este pueblo el que generosamente se volcó en la lucha que costó la vida a tantas centenas de millares de ciudadanos. El ejército italiano, integrado por todas las fuerzas populares de la nación, se presentó con carácter unitario nacional y aceptó, y a veces solicitó, la tarea de combatir en los regimientos guiados por los oficiales vinculados por juramento a la monarquía y en este ejército fueron numerosos los voluntarios que acudieron de todos los rincones de la Península y las Islas.

Creemos, pues, que en la gran guerra confluyeron y caminaron juntas otra vez la guerra de reyes y la guerra de pueblo ya que se trató justamente de una guerra de reyes combatida por el pueblo.

Lograda así la completa unificación de la nación italiana, el pueblo esperaba sinceramente que la de 1915-18 hubiese sido en verdad la última guerra de su historia

y que, a conclusión de la misma, hubiese llegado por fin un largo período de paz, durante el cual se hubiese podido llevar a cabo aquel largo proceso de maduración de las estructuras sociales, económicas y políticas que todos los ciudadanos de bien pensar anhelaban y proyectaban. Sin embargo un largo período de dictadura y oscurantismo empañó esos sueños y la "soberbia nacional" del fascismo arrastró a la nación a la hoguera de la segunda guerra mundial que destruyó buena parte del andamiaje social del país.

El ejército del rey, mal armado y mal guiado, combatió sin ganas ni entusiasmo al lado de la Alemania nazista una guerra que el pueblo no sentía como suya, sino como una aventura más del régimen déspota en connivencia con la Monarquía.

Muy pronto, a consecuencia de los insucesos militares, se creó un abismo entre el pueblo y la monarquía y el gobierno, que llevó a la capitulación de Italia del 8 de setiembre de 1943 y a la trágica disolución del ejército italiano.

Frente al enemigo alemán que avanzaba, el rey y el gobierno ignominiosamente huyeron de Roma entregando el país a la furia de las hordas hitlerianas.

Con estos trágicos acontecimientos termina para siempre en Italia la guerra de reyes; termina, es decir, ese acuerdo tácito que se había concretado a lo largo del **Risorgimento** entre el pueblo y el rey para formar los ejércitos de la Nación comandados por el soberano y sus adictos.

A partir de este momento, sin embargo, renace vigorosa y generosa la guerra de pueblo. Muy pronto jóvenes, hombres y mujeres de todas las clases sociales, pero por sobre todo las de los estratos más humildes, acuden de las ciudades y de las campiñas a engrosar las filas de los patriotas que, en las montañas, iban organizando la lucha armada contra el enemigo invasor y las milicias fascistas que lo apoyaban.

En los montes, valles, campos y ciudades de toda Italia ardió por casi tres años la Resistencia, hasta la expulsión, a manos del pueblo, del ocupante extranjero.

El balance de la Resistencia italiana resalta los siguientes datos significativos : 35.828 "partigiani" caídos, 21.168 "partigiani" mutilados e inválidos, 9.980 civiles muertos como represalia por las fuerzas nazi-fascista, 32.000 italianos caídos combatiendo en los movimientos de liberación en el extranjero, 33.000 militares muertos en los campos de concentración alemanes, 8.000 deportados políticos matados por los nazistas y 10.000 soldados italianos caídos mientras combatían en Italia al lado de los aliados.

Este fue el generoso pero trágico aporte a la patria italiana de la guerra de pueblo durante la Resistencia.

En el cuadro de los acontecimientos que siguieron al armisticio del 8 de setiembre de 1943, maduró, pues, la reacción antialemana y anti-fascista de Italia, que con distintos grados de conciencia política, constituyó el fenómeno histórico de la resistencia italiana. Esta, sin embargo, se manifestó no sólo por medio de la lucha armada, directa o indirecta, sino también con la resistencia pasiva de la gran mayoría de la población frente al ocupante alemán y sus colaboradores neofascistas, y especialmente con la

generosa obra de socorro a los patriotas, a los perseguidos, a los ex-prisioneros de guerra, a los refugiados políticos, con la participación de las mujeres en las agitaciones y del clero, tanto alto como bajo, socorriendo a los que sufrían y a los perseguidos de todos los credos.

Es así, pues, que Italia combatió y ganó su última guerra de pueblo. Con eso termina, para nosotros, el **Risorgimento Italiano**.

Los nombres de Garibaldi y de Mazzini resonaron a menudo en aquella gesta de pueblo. Decenas y decenas de batallones de patriotas llevaban los nombres significativos de Garibaldi y de Mazzini. Las camisas rojas del sitio de Montevideo, de la defensa de Roma, de la expedición de los Mil, de Bezzecca y de las cien otras batallas garibaldinas del **Risorgimento** volvieron a brillar bajo el sol de la Patria y cantos garibaldinos y resurgimentales se oyeron en aquellos días de rescate por los montes y valles, las ciudades y las campiñas de Italia, mientras el enemigo se retiraba y los tiranos se precipitaban de sus pedestales.-

Apprentissages et épreuves initiatiques en Amérique Latine

Marie-Jean Vinciguerra

La genèse du mythe du héros - La rencontre avec
T.L. Zambeccari - Le mythe de "la nouvelle Troie"

Au lendemain de l'échec, à Gênes, de la tentative révolutionnaire mazzinienne et, après sa condamnation à mort, Garibaldi s'embarque pour l'Amérique du Sud.

L'Amérique est pour lui une nébuleuse magique sur l'horizon marin, riche de toutes les possibilités de l'aventure et de mondes à venir.

Garibaldi arrive à Rio de Janeiro, au printemps de l'année 1836. Il y retrouve G.B. Cuneo, "le Croyant" de Taganrog que la colonie italienne appelle de façon significative: "Farinata degli Uberti". Avec lui, Garibaldi commence la propagande de la "Jeune Italie" et de la "Jeune Europe", qui amplifie la première association, en créant un réseau actif à l'échelle de l'Europe et du monde.

A partir de 1837, il va se battre pour la République de Rio Grande du Sud contre le Brésil.

Le Brésil est alors cet immense pays où règne la Maison de Bragance (Dom Pedro II) et qui est en pleine crise de croissance (le modernisme, Feijó). Il est agité par d'incessants mouvements sécessionnistes.

Garibaldi fait une autre rencontre capitale, celle de Tite-Live Zambeccari

Ce personnage, haut en couleurs, est le fils du comte Zambeccari de Bologne, inventeur de montgolfières. Tite-Live tient de son père l'humeur voyageuse et le goût de l'envol. Carbonaro à 19 ans, puis successivement en exil en Espagne, en France et, enfin, en Amérique du Sud, ce révolutionnaire cosmopolite fut l'âme et le cerveau du mouvement sécessionniste de Rio Grande du Sud (en attendant de devenir, à son retour d'Amérique, celui par qui renaître la maçonnerie en Italie).

Cet aristocrate élégant est l'ami de Bento Gonçalves, riche gaúcho, homme de caste et cavalier de grande allure, qui veut l'autonomie du Rio Grande, avec Porto Alegre comme capitale. Garibaldi, qui n'a pas oublié son "Roland Furieux", voit en Bento Gonçalves, "un chevalier errant du siècle de Charlemagne et même de l'Arioste". la réalité et la fiction se confondent chez cet homme d'action romantique.

Sur la scène du Nouveau Monde où l'on perd le sens des proportions, "Cleombroto" se hausse au niveau le plus haut, celui du Chevalier qui défie un Empire ("Sfidavo un Impero"!).

Garibaldi commence à pétrir en Amérique latine une pâte qui est celle des nations encore *inachevées* (Brésil, Argentine, Uruguay). Il découvre qu'il peut dans ces pays nouveaux devenir artisan du devenir historique.

Il est intéressant de voir dans quel contexte se situe l'action de Garibaldi. Cela permet de mieux comprendre le sens de son combat et de son apprentissage.

Rosas, un créole brutal, prend le pouvoir à Buenos Aires. Il rêve d'une confédération de l'Uruguay et du Rio Grande avec l'Argentine comme noyau fédérateur. (En 1828, l'Uruguay s'est séparé de l'Argentine et constitué en République).

Rosas préfigure le "dictateur" latino-américain, le "caudillo" qui pratique le culte de la personnalité et s'appuie sur une redoutable police politique (en l'occurrence "la mashorca") (1). Sa fille est déjà une sorte d'Eva Perón. C'est cet homme qui soutient le mouvement sécessionniste de Rio Grande pour lequel Garibaldi va se battre. Ainsi, notre héros est-il indirectement compromis dans une cause douteuse. Le "Caudillo", Bento Gonçalves, dont il est le partisan est, par ailleurs, un raciste convaincu. Nous sommes loin, pour l'instant, de l'image d'un Garibaldi "libérateur des noirs" tel qu'il apparaîtra dans les futurs combats de la République Romaine, en 1849, lorsqu'on le verra caracolier dans Rome sur son cheval blanc, avec, à ses côtés, le noir Andrea Aguiar. Garibaldi est alors l'homme d'un clan, d'une caste. L'hymne de Rio Grande qu'il entonne ne doit pas nous tromper:

"Guerra, Guerra, Fogo, Fogo
contra os tiranos
e também contra os patrícios
que não são republicanos

Ainsi, Garibaldi apprend la guerre (le plus souvent guérilla) sur un théâtre, qui est, en fait, celui de la guerre civile.

En 1838, à Montevideo où il retrouve Cuneo, il va, cette fois, combattre Rosas. Il a, enfin, pris conscience que Rosas, c'est le mal. (2).

Oribe, l'homme d'une faction ("les blancs"), le champion de Rosas, a été chassé par le Général Rivera. Une "grande guerre" commence dont l'épisode le plus spectaculaire est le siège de Montevideo.

Le mythe de "la nouvelle Troie"

Le siège de Montevideo a duré dix ans. Garibaldi, Ulysse à rebours, se couvrira de gloire dans la défense de la ville.

Pour des raisons commerciales, les Français d'abord (3), les Anglais ensuite, ne tenaient pas à ce que la ville fût prise par l'Argentine de Rosas.

L'internationalisation du conflit explique, avec le développement des journaux à grande diffusion, l'envoi à Montevideo de nombreux correspondants de presse. Ce sont eux qui "lancent" Garibaldi et créent sa légende (4).

En se faisant l'Homère de ce siège, A. Dumas assurera lui aussi la publicité de son héros préféré qu'il ne lâchera plus et dont il écrira l'épopée.

Garibaldi, à son tour, comprend les conditions de la genèse du mythe, son fonctionnement et l'exploitation historique qui peut en être faite.

En s'assurant le concours des journalistes et des écrivains, il est déjà très moderne. Il sait que l'événement est fait, pour une grande part, par la presse. Il associera, lors de l'aventure des Mille, à son entreprise le génial "correspondant de guerre" Alexandre Dumas.

Garibaldi n'a pas combattu en Europe. Pendant qu'inlassablement Mazzini construit sa "pyramide de grains de sable", Garibaldi a pris du champ. Mais la distance grandit son mythe.

L'aventure latino-américaine lui permet:

- 1) de façonner l'image-symbole du chef dont l'Italie rêve, du héros qu'elle attend (5),
- 2) de découvrir "l'amazone" qui donne à l'image du héros sa plénitude,
- 3) d'organiser la "panoplie" des symboles du "héros chevalier".

La rencontre du héros et de l'amazone: "Le héros-couple"

La rencontre avec Anita, telle qu'elle nous est contée dans les *Mémoires*, est, à l'évidence, "arrangée". Mais la vérité n'est-elle pas celle de la poésie? Garibaldi le précisera nettement à Dumas chargé de la publication des *Mémoires*: "les choses ne sont peut-être pas passées ainsi, mais il ne faut rien changer" (bisogna che resti così!).

Nous sommes dans la fable, parce que, pour Garibaldi, Anita est aussi un Mythe.

"L'amazone brésilienne" à laquelle le héros, d'emblée, dira, après avoir découvert son image au bout d'une longue-vue: "Vergine, devi esser mia!", se situe au dessus des lois humaines. Qu'elle ait été mariée ou pas, lors de la rencontre providentielle, n'a pas d'importance. Anita transcende le temps et les institutions: Servante, maîtresse et compagne, elle est plus que la mère de ses enfants, elle est la "Mère", telle que les Saint-Simoniens l'avaient rêvée et celle que Barrault, en sa quête orientale, n'avait pas réussi à découvrir.

Aucune autre des femmes qui partageront la vie de Garibaldi -les aristocrates comme les plébéiennes- ne se haussera à la hauteur de ce mythe. Avec Anita, "l'homme-couple"

prêché par la Père Enfantin, s'accomplit enfin. Le Héros ne fait plus qu'un avec la Femme. Anita devient comme Clotilde de Vaux, objet du culte et prêtresse.

Elle est l'Elue à laquelle un Franc-maçon offre la rose (6)! Dans la légende, Anita chevauche pour l'éternité aux côtés de Garibaldi. Elle forme dans l'univers symbolique du héros, avec lui, une constellation.

L'iconographie de l'époque illustre cette aventure dans une sorte de célébration liturgique: Edoardo Matania représente la première rencontre, dans l'esprit d'une scène de l'Evangile (La Samaritaine au puits). Pietro Bouvier (peintre d'origine suisse), dans un tableau, qui, depuis 1902, se trouve au Musée du Risorgimento, à Milan, renverse le mythe chrétien et peint, dans une paradoxale attitude, un Garibaldi en Mater Dolorosa portant dans ses bras Anita Maurante.

L'initiation maçonnique: Montevideo (1844)

Garibaldi est marin. C'est pour lui un métier, un compagnonnage, une communauté à l'échelle du monde. A bord et dans chaque port, cet exilé trouve ou retrouve une famille.

Depuis 1838, Garibaldi est à Montevideo. Entre deux batailles, il se fera initier.

Il y a deux loges à Montevideo: "les Amis de la Patrie" et "l'Asile de la Vertu". La première dépend du Grand Orient de France, l'autre est une loge irrégulière.

Dans quelles conditions, Garibaldi fut-il présenté à cette dernière? on ne sait. Observons que, si choix il y a eu de sa part, celui-ci se fit au profit d'une loge irrégulière. Nous retrouverions ce rapport ambigu, contradictoire (et provocateur) entretenu par Garibaldi avec les institutions, sa méfiance envers ce qui se définit comme "légal", aussi bien dans la société profane que dans les sociétés couvertes par le secret.

La loge "l'Asile de la Vertu" ayant été dissoute, Garibaldi s'affilia aux "Amis de la Patrie". L'acte de régularisation fut prononcé dans la tenue du 15 juillet 1844. Le 18 août, Garibaldi prête serment. Il est inscrit avec la numéro matricule 50.

Pourquoi Garibaldi est-il entré en maçonnerie?

Le marin a pu passer très naturellement de la communauté internationale des marins à celle de la maçonnerie, pour des raisons d'amitié et d'entraide. Nombreuses sont les situations dans lesquelles Garibaldi a été soutenu par des marins et des commerçants francs-maçons.

Certes, Garibaldi est plus opératif que spéculatif. Ce n'est pas un philosophe, mais c'est un homme de réflexion et même de méditation. Toutefois, il se semble pas qu'il ait été chercher dans la maçonnerie un approfondissement intellectuel et philosophique.

Même s'il ne s'est pas expliqué clairement sur ce point, Garibaldi pourrait y avoir plutôt cherché un idéal de référence pour justifier son action politique et militaire, en fonder la légitimité, surtout dans une période confuse de guerres civiles où il était difficile de savoir de quel côté était le droit. Son combat au service de l'Uruguay peut bien apparaître celui de la lutte d'une petite nation contre une grande (comme ce fut le

cas pour le Rio Grande du Sud). Mais, Garibaldi, s'il percevait les ambitions du dictateur Rosas, désireux de créer autour de l'Argentine une fédération, savait-il que, dans le fond, aucun des deux camps n'était vraiment libéral et démocratique? Comment un homme de cœur comme lui pouvait-il accepter de faire tuer des hommes dans des combats douteux? Sa "guerre idéale" est, en fait, une guerre civile. Mais, ne considère-t-il pas qu'il forge dans ces batailles l'épée et la légende nécessaires à la réalisation de l'idée centrale de sa vie: "combattre pour la rédemption de l'Italie dans n'importe quelle partie du monde où le hasard l'aura placé" (Anita Italia Garibaldi).

Enfin, même dépourvue de finalité, "la guerre est la vraie vie de l'homme" ("la guerra es la verdadera vida del hombre"). Elle reste pour lui une magnifique école de courage et de caractère. La guerre est aussi un apprentissage et une initiation. Elle rejoint, en ce sens, l'initiation maçonnique.

La quête maçonnique correspond à la recherche de la vérité morale chez un homme qui n'aime pas les systèmes et qui est plutôt du côté du mouvement et de la vie (donc des contradictions). D'autre part, elle le place dans un cadre stable, hors des tempêtes du monde profane.

La quête repose sur des principes, principes de liberté de conscience et de fraternité. La maçonnerie pour ce marin devient un havre, pour ce non-conformiste, une règle et une discipline.

La fameuse recherche des "lettres de marque" pour la guerre de course qu'il demande vainement à Mazzini et qu'il obtiendra finalement de Bento Gonçalves (7) ne doit pas nous tromper. Ce qui compte paradoxalement pour Garibaldi, ce n'est pas de les obtenir, mais de les demander. Ce qui compte, c'est la légitimité de l'entreprise.

L'idéal maçonnique est à la fois un lieu de convergence des finalités de l'action et une façon de surmonter leurs contradictions: la Règle peut légitimer la transgression de la Loi. Il y a convergence entre la sainte cause des peuples et de l'humanité et les principes maçonniques de liberté de conscience et de fraternité. Les "landmarks", qui sont la règle universelle maçonnique, sont au dessus des lois civiles de la société profane quand cette société n'est pas libre.

Seule commande l'intuition d'un devoir conforme à ces règles. Ici, Garibaldi rejoint Mazzini. Mais, pour Mazzini, il n'y a pas d'intuition du Devoir, en dehors de la croyance en Dieu. A l'époque de l'Amérique latine, Garibaldi ne s'est pas encore éloigné de l'Eglise. Il s'affirme croyant. Le Grand Architecte de l'Univers reste proche du Dieu de Mazzini.

Garibaldi a choisi d'être un héros plus qu'un soldat. Le soldat, quel que soit son camp, en Amérique latine, à l'époque de Garibaldi, est dans une légalité incertaine. La certitude de Garibaldi fonde la légitimité de son combat. Il estime que son camp est celui de la liberté, que sa guerre est donc juste. L'essentiel pour lui est de le croire. Mais, déjà, s'annonce une confusion, qui fut celle des Templiers: faire du moine un guerrier. Le héros garibaldien est le prêtre d'un culte (l'Italie) qu'il défend les armes à la main.

Tout cela n'est pas encore net, mais plutôt esquissé, d'autant plus que Garibaldi,

emporté par le mouvement incessant des combats sur terre et sur mer, n'a pas le temps de fréquenter la loge. Il reste au grade d'apprenti, avec comme seul "décor", le tablier. Mais s'il n'a pas le loisir de participer aux travaux de son atelier, il se considère comme un vrai farna-maçon. Une lettre du 13 mars 1848 (en français), au F. : Adolphe Vaillant, à la veille de quitter Montevideo pour l'Europe, le prouve. Garibaldi tient à rentrer en Italie, muni d'un certificat attestant qu'il est bien franc-maçon au grade d'apprenti :

"Mon C. : F. : , mes occupations ne me permettent pas de satisfaire mon désir d'aller me congédier en personne de mes T. : de la loge, je vous prie de vouloir bien avoir la bonté de présenter vous-même à leur estimable réunion, mes adieux, mes souhaits pour le bonheur et l'assurance de me conserver dans quelque partie du monde où je me trouve, leur dévoué F. : et toujours prêt à me dédier pour le sacré rite auquel j'ai l'honneur d'appartenir".

Garibaldi, nous l'avons dit, pendant sa période latino-américaine, n'est pas antireligieux: il s'est marié à l'église, en 1842. Mieux, en 1847, il offre son épée à Pie IX, dans une lettre de ton ultra-catholique ("les préceptes de notre auguste religion, toujours nouveaux, toujours immortels...", "le trône de Saint-Pierre repose sur des fondements que les interventions des hommes ne peuvent ni réformer ni ébranler").

Mais, du 22 juin 1848 (date de son retour en Europe) à 1860, année de l'expédition des Mille, l'activité maçonnique de Garibaldi s'estompe et devient même nulle, exceptés les contacts qu'il paraît avoir eus à Londres, où, en l'absence d'une maçonnerie italienne, il se serait fait initier au rameau des "Philadelphes".

Comme le Phoenix, Garibaldi, en Sicile, renaîtra à la Lumière, mais dans un contexte et avec un esprit différents.

NOTAS:

- (1) El cuerpo de represión de Rosas se llamaba, como es sabido, "la mazorca", presumiblemente para indicar el poder que proporciona la unión: un grano de maíz es algo insignificante, mientras que un conjunto de granos, agrupados en torno al marlo, ya es algo. Sería la idea del "fascio del littorio". Es muy interesante que el articulista utilice la forma "mashorca". Esa palabra, según me aclara la Prof. Luce Fabbri, fue acuñada por los opositores de Rosas, especialmente por aquellos exiliados en Montevideo, que transformaron, por escarnio, "mazorca" en "más horca", por los asesinatos que se le atribuían a ese cuerpo represivo, término que se escribía frecuentemente uniendo ambas palabras: "mashorca", como lo vierte aquí el Prof. Vinciguerra. (C.N.)
- (2) Dans *Ricordi e Pensieri*, Ciampoli p. 910: "Rappresenta il male un governo tirannico... L'Impero turco, la Monarchia francese, la Monarchia di Spagna, la Repubblica de Rosas a Buenos Aires hanno sempre rappresentato il male".

- (3) La colonie française est importante à Montevideo. Rappelons que Lautréamont y est né en 1846 et que le milieu maçonnique de cette ville a, en partie, conditionné son imaginaire.
- (4) Ce mythe traduit également un déplacement d'intérêt littéraire de l'Amérique du Nord (Fenimore Cooper) vers l'Amérique latine.
- (5) En ce sens, l'aventure américaine de Garibaldi a la même "fonction" mythique que les campagnes d'Italie et d'Egypte pour Bonaparte.
- (6) Plus tard, en 1864, Garibaldi, proposera contre les règles maçonniques, de créer des Loges féminines, et, en 1867, il décidera de conférer des grades maçonniques aux femmes, aux soeurs et aux amis des francs-maçons.
- (7) Anita Italia Garibaldi raconte dans son livre sur Garibaldi en Amérique latine, comment elle a retrouvé ces lettres.

Las mismas raíces republicanas y democráticas, en libertad

Carlos Novello

En Italia la situación política a fines del siglo XVIII y principios del XIX era muy compleja.

Lo que en un principio parecía una oleada liberadora proveniente de la Francia revolucionaria, pronto se convirtió en otro tipo de dominación, esta vez bajo el predominio bonapartista.

Una vez más debemos recordar las sabias palabras de Garibaldi, que nosotros reproducimos en cada ejemplar de nuestra revista: "Infelici i popoli che aspettano il loro benessere dallo straniero!".

El mapa político de Italia, a partir de las primeras invasiones de los franceses en el piamonte hasta 1814, se modificó permanentemente al influjo de los avatares políticos y militares de los dominadores.

La Repubblica Cisalpina, surgida en 1797 luego de la caída de Venecia y que fuera abatida por la invasión austro-rusa de 1799, resurgió en el 1800 para transformarse, dos años después, en 1802, en República Italiana, por decisión tomada en la llamada Consulta de Lion. Napoleón Bonaparte se autodenominó presidente de esta especie de república.

A pesar de ello, duró poco como tal. Al proclamarse el imperio, para ser coherentes con los cambios operados, la república fue transformada en Reino de Italia, en marzo de 1805.

Bonaparte fue su rey. Un hijastro suyo gobernó este reino con el título de virrey.

El otro reino importante que existía en Italia era el de Nápoles, el cual fue adjudicado a un hermano de Bonaparte, José, que en 1808 pasó a ocupar el trono de España donde los españoles, apenas lo empezaron a conocer, lo apodaron "Pepe Botella". El Reino de Nápoles fue entonces confiado al cuñado de Bonaparte, Joaquín Murat.

Fernando IV, el Borbón que a la entrada de los franceses en el Reino de Nápoles huyó refugiándose en Sicilia, pudo permanecer en la isla, que pasó a denominar Reino de Sicilia, gracias a la protección que logró de parte de los ingleses. Piamonte y Liguria

quedaron bajo el dominio directo de Francia; dominio bajo el cual cayó también, en 1807, la Toscana, que pasó a ser gobernada por la hermana de Bonaparte, Elisa, con el título de "granduquesa de Toscana".

El Estado Pontificio, que hasta 1809 fue gobernado por el papa Pío VII, también terminó por ser anexado a Francia, así como el Ducado de Parma. Córcega ya estaba en poder de los franceses.

Todas estas combinaciones político-familiares creadas por la fértil imaginación de Bonaparte y de sus consejeros, duraron lo que duró la buena estrella de su creador.

Por debajo de todo esto, en los cimientos, en la roca, estaba la firme disposición del pueblo italiano de volver a ser libre y de recuperar su unidad nacional, que durante tantos siglos había sido tan cuidadosa y planificadamente destruída, habiéndose tomado todas las medidas imaginables para evitar su resurgimiento.

Los ideales de libertad, de justicia social, de democracia, que acá y allá reaparecían en Europa como reaparecen los rescoldos cuando se remueve la ceniza, tuvieron, como es sabido, su expresión primera, en Italia, en las organizaciones carbonarias. A la acción de éstas siguieron, por un lado, la evolución ideológica, una de cuyas columnas vertebrales fue el pensamiento mazziniano; por otro, una serie de levantamientos y de guerras de liberación, que culminaron en la primera unificación política del 20 de setiembre de 1870, que hoy celebramos. En el Río de la plata, en la misma época, existían situaciones políticas similares a las que se vivían en Italia en lo que se refiere a los cambios políticos y sociales, naturalmente que con sus características propias.

Cuando bajo el impulso de Bonaparte cayó la monarquía española, titular de estas colonias hasta entonces, surge en lo que fuera el Virreinato del Río de la Plata la Junta Provisional de Gobierno, el 25 de mayo de 1810.

No fue todavía un movimiento que buscara la emancipación total de estas regiones, sino que se limitaba a proclamar su "no reconocimiento ni obediencia" a la autoridad del recientemente creado Consejo de Regencia de España, aduciendo que estos pueblos no dependían de España, sino de la Corona, que en esos momentos estaba acéfala.

En una primera instancia Montevideo no adhirió a esta primera Junta bonaerense. En enero de 1811 llegó de España a esta ciudad un ex-gobernador de Montevideo, Francisco Javier de Elío, con el título de Virrey del Río de la Plata otorgado por el Consejo de Regencia.

Para comprender la permanente actitud de oposición de Montevideo hacia Buenos Aires es necesario tener presente que en estas costas, gracias al Reglamento de Comercio Libre de 1778, que dio un gran incremento a la industria pecuaria y al comercio, que se ejercía directamente con España y con Buenos Aires, en forma legal, y con ingleses y portugueses por medio del contrabando, Montevideo mantenía una situación de privilegio en relación a Buenos Aires.

El hecho de contar con un puerto propio que era superior al bonaerense favoreció estas tendencias independentistas que se asentaron en los sectores productivos y comerciales.

Los grandes hacendados y latifundistas, al sentirse afectados por la exigencia de fuertes aportes por parte del gobierno español para financiar la guerra contra la Junta de Buenos Aires, apoyaron la insurrección que ya había ganado el corazón del pueblo, en la entonces Banda Oriental.

El 15 de febrero de 1811 Artigas abandonó su cargo en la Comandancia de Colonia. Llegó a Buenos Aires y ofreció a la Junta Grande, que había sustituido a la primera Junta, su disposición para "llevar el estandarte de la libertad hasta los muros de Montevideo".

Las acciones que desembocaron en el Grito de Asencio, en febrero de 1811, dieron vía libre a la progresiva insurrección de las poblaciones de esta región. Artigas, que según algunos historiadores, a pesar de militar en el ejército llamado legitimista, ya estaba trabajando secretamente desde 1809 junto con los patriotas, volvió de Entre Ríos y reingresó a la Banda Oriental en abril de 1811 por Paysandú y organizó su cuartel general en Mercedes desde donde lanzó su primera proclama exhortando a la unidad y a la lucha por la libertad de estos territorios.

En poco tiempo toda la campaña estaba en armas menos Montevideo, que se había convertido en el foco de la reacción contra el movimiento justista.

La unión de Artigas al movimiento revolucionario tuvo como consecuencia directa la unificación de las fuerzas que se encontraban dispersas y así fue posible la sucesión de triunfos militares como los de Colla, Paso del Rey, San José, Minas, Maldonado, San Carlos y Santa Teresa, que culminaron en la batalla de Las Piedras, en mayo de 1811, donde las fuerzas revolucionarias orientales, bajo el mando directo de Artigas, infligieron una completa derrota a los españoles. Este de Artigas fue el primer triunfo de las armas de la revolución rioplatense contra los que luchaban por mantener el "statu quo" colonial en América, bajo las órdenes del virrey español Elío.

Artigas pretendió atacar inmediatamente la vecina plaza de Montevideo, pero Rondeau, que había sido designado por la Junta bonaerense como jefe del ejército revolucionario de la Banda Oriental, no acompañó esta idea sino que ordenó el sitio de la ciudad.

Este hecho ya aparece como un símbolo de las futuras discrepancias que surgirían entre Artigas, al frente de los orientales, y el gobierno de Buenos Aires, que tendrían raíces mucho más profundas.

Tan profundas como son la concepción misma del carácter del estado que debería regir las nuevas naciones que surgirían a la vida independiente.

En Artigas el ideal republicano, la concepción de las libertades plenas y del discurrir democrático, eran algo tan natural como los demás derechos del ser humano.

Ideas liberales provenientes de los pensadores franceses e ingleses, el ejemplo de la independencia norteamericana y la formación de los Estados Unidos de Norte América como una república federativa y, posteriormente, la revolución francesa, fueron elementos que influyeron sin duda en gran manera en el pensamiento del jefe de los orientales.

En Buenos Aires, desde un principio, predominaron en las clases dirigentes las posiciones monárquicas y centralizadoras que se opusieron a los ideales republicanos y federativos de los que estaban impregnados Artigas y los orientales desde el inicio de la Patria Vieja.

La Guerra Grande, en la que, como es sabido, intervino Garibaldi en favor de Montevideo, fue una expresión más de esta dicotomía, aunque no la única. Está claro que Artigas quería esta solución política democrática para todas las Provincias Unidas, porque jamás pensó en una Banda Oriental divorciada de las demás provincias y tampoco del resto de la América que había sido hasta entonces dominada por España.

Para confirmar esta permanente concepción republicana basten dos ejemplos: el artículo 20 de las Instrucciones de 1813, que declaraba: "la constitución garantizará a las Provincias Unidas una forma de gobierno republicana..." y en el artículo 40 del proyecto de constitución titulado "Artículos de Confederación y Perpetua Unión", se lee: "El poder ejecutivo de las provincias Unidas se compondrá de un Presidente. El ejercerá su oficio durante el término de dos años, debiendo ser removido en el término prexiso, sin q.e. p.r ningún motivo o causa sea rehelegido".

En el Congreso de Tres Cruces, Artigas da una muestra irrefutable de su profunda convicción democrática y republicana así como de su devoción por la libertad.

Avalan esta afirmación expresiones tuyas tan difundidas como "mi autoridad emana de vosotros y ella cesa p.r. vuestra presencia soberana" (refiriéndose al pueblo) o párrafos como el que transcribimos: "Ntra. historia es la de los héroes. El carácter constante y sostenido q.e habéis ostentado en los diferentes lances q.e ocurrieron, anunció al mundo la época de la grandeza. Sus monm.tos magestuosos se hacen conocer desde los muros de ntra. Ciudad, hta. las márgenes del Paraná. Cenizas y ruinas, sangre y desolación, hé ahí el quadro dela banda oriental y el precio costoso de su regeneración. Pero ella es Pueblo libre".

Más adelante dice: "Ciudadanos, los pueblos deben ser libres. Ese carácter debe ser su único objeto y formar el motivo de su celo".

Para hacer enseguida referencia a la necesidad de contar con una constitución: "por desgracia, vá á contar 3 años ntra. revoluc.n, y falta una salvaguardia gral. al derecho popular. Estamos aún baxo la fe de los hombres y no aparecen las seguridades del contrato".

Los diputados orientales llevaban a la Asamblea Constituyente que se reunía en Buenos Aires en 1813 las célebres Instrucciones cuyo artículo tercero indicaba que se "Promoverá la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable".

Esta es la fuente de la que bebió el pueblo oriental desde los comienzos de su vida libre e independiente, por eso hoy nuestro pueblo celebra también el Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento.

La línea ideológica que llevó al pueblo italiano a recuperar primero el espíritu y luego la tierra de su patria, que viene del fondo de la Historia, es la misma que guió el pensamiento y la acción de los orientales, de los uruguayos, durante toda su corta pero

rica historia política.

Garibaldi fue un libre pensador y un apasionado de la libertad, como lo fue Artigas.

La misma tierra los vio luchar, con diferencia de pocos años, por los mismos ideales.

El destino acercó a estos dos héroes, pero no se encontraron, a pesar de que cronológicamente habría sido posible.

La Caprera dolorosa de Artigas fue ese pedazo de tierra paraguaya que lo recogió primera en su seno.

Su idea es de América y es del mundo.

Nos convoca hoy como uruguayos y como italianos y la asumimos con profunda devoción.

El aluvión inmigratorio italiano en el Uruguay de hace un siglo

Luce Fabbri Cressatti

El espacio de un año que separa una de otra estas charlas sobre inmigración italiana en el Uruguay deja tiempo para masticar el tema, para verlo en sus dimensiones humanas, más allá del mero dato objetivo. ¿Qué significa, qué ha significado en los distintos momentos, esto de ser italianos en el Uruguay, luego, esto de tener recuerdos italianos en el Uruguay, o mejor, de ser uruguayos con recuerdos italianos y, más tarde, qué significa tener padres o abuelos italianos?

En el joven que emigra, que sufre un desarraigo y elabora penosamente un arraigo, la aventura comporta siempre el choque y la fusión de dos ambientes formativos, es decir de dos patrias, la del pasado, la del padre, y la del futuro, la de los hijos. Uno (y en ese pronombre impersonal estoy incluida yo, pero una "yo" veinteañera y remota), uno tiene la clara impresión de ser un puente, pero puente ¿entre qué?

El punto y el color del encuentro entre las dos patrias es distinto en cada caso y depende de una infinidad de factores. Pero hay, en la consideración masiva, la posibilidad de determinar, especialmente en momentos cruciales, no los puntos individuales, sino la arista general que marca el encuentro entre los dos planos de experiencia.

1870, que es el punto de partida de esta charla de hoy, es uno de esos momentos cruciales, tanto para Italia, como para el Uruguay.

En Italia, es el año de la unidad, de Roma conquistada para capital, de la caída del ultramilenario poder temporal del Papado. Es también el año del triunfo de la monarquía sobre todas las demás corrientes que habían "hecho" el Resurgimiento y de la gran desilusión, de la frustración que viene siempre después de haber alcanzado un objetivo del que se esperaba mucho más de lo que efectivamente podía dar; frustración agravada, en este caso, para los republicanos, por el recuerdo reciente de Aspromonte y Mentana.

Llegaban a estas playas desde Italia universitarios como Destéffanis, Angel Luisi, Giuseppe Anfossi o Josué Bordoni, con la carga de esas experiencias. Pero llegaban también, empujadas por la crisis económica, masas campesinas y montañesas en

volumen creciente. La gráfica de la inmigración italiana en cifras absolutas llega a su punto más alto más tarde, en 1889 (y por esto la charla de esta noche quiere ser algo así como la celebración de un centenario), pero la afluencia empieza en la década del '70. Con esas masas venían artesanos, en general muy competentes en su oficio, algunos de los cuales se habían formado trabajosamente una cultura sociológico-literaria y traían, junto con sus homólogos españoles, los gérmenes de la organización sindical y de las ideas socialistas, casi siempre en su variedad libertaria.

Ya, a partir de 1860, se había intensificado, en Italia, la emigración meridional y aquí había repercutido el fenómeno, tanto que en 1875, para aludir a los italianos, *El Siglo*, diario de Montevideo, hablaba de "napolitanos" (1), cosa que hubiera sido impensable en la época de la Defensa. Esta inmigración masiva, que aún conservaba el recuerdo borroso de la administración borbónica, pero para la cual Garibaldi era ya un mito, puesto que como figura mítica lo habían visto en acción en el año '60, tenía una idea bastante vaga de lo que había acontecido. Italia era para ellos la aldea natal y, además, un fantasma indefinido cuyos contornos se precisaron aquí, en contacto con la colectividad italiana ya sedimentada.

Para muchos de esos inmigrantes campesinos, la llegada a Montevideo significaba la transición de la aldea a la ciudad, de la vida sencilla e inmutable, al mundo del cambio y del progreso tecnológico. Aprender a leer y escribir coincidía para muchos con el aprendizaje difícil del español. Todavía en 1929 me fue dado observar los últimos residuos de esa gran ola migratoria. La reacción de algunos de esos viejos frente a ciertas "modernidades" de la época: "Esto en Europa no se hace" equivalía a decir "Esto no se hace o no se hacía" en una aldea del Apenino abruzzés o lucano. Y todavía por esos años, aquí en Montevideo, si una mujer se vestía en forma mojigata, pasada de moda, con pollera larga, peinado con moño y pañuelo en la cabeza, la gente decía: "Parece una tanita", residuo de una comparación completamente anacrónica en la tercera década de este siglo, pero que debía ser común y legítima en el momento de la llegada masiva finisecular.

El lema de Garibaldi en la expedición de los Mil había sido: Italia y Víctor Manuel. Y Garibaldi y V. Manuel fueron los dos mitos de una parte, quizás la más numerosa, de ese aluvión inmigratorio que empieza en las décadas del '60 y '70 para intensificarse en el último ventenio del siglo. Pero ese mito se forjó en gran parte aquí, en contacto con la vieja colonia italiana, de remotos orígenes carbonarios y republicanos, que, en su parte más floreciente económicamente y más cercana a las autoridades diplomáticas italianas, había seguido a Garibaldi en su aceptación estratégica de la monarquía y en esa aceptación se había refugiado ya por convicción, ya por comodidad.

No he encontrado aquí ecos de las polémicas que de 1872 a 1878 suscitó en Bs. Aires el proyecto de una estatua a Mazzini. Pero yo no he agotado las posibilidades de esta particular investigación.

Seguramente había también aquí, como en Buenos Aires, entre los italianos, republicanos consecuentes, quizás menos combativos que los de la orilla de enfrente,

de todos modos menos numerosos. El inconformismo, heredero en cierto modo del papel desempeñado en la primera mitad del siglo por los refugiados republicanos, era, a partir de 1870, el del elemento obrero, minoría en la inmigración italiana casi toda campesina, pero minoría muy activa. Se trató de un inconformismo social, sin más asidero nacional que el idioma y las reminiscencias literarias, que, por lo tanto, se confundió muy pronto con similares aportes españoles y franceses (hubo un rebrote de inmigración francesa a raíz de las persecuciones contra los combatientes de la Comuna de París).

Esta inmigración obrera tiene una importancia que solo ahora se empieza a reconocer y a estudiar. No es solo un factor demográfico y económico (especialmente en terreno tecnológico), sino también sociológico-cultural y lingüístico.

¿Hasta qué punto los dos mundos que se encuentran cuando el inmigrante desembarca, se comprenden, y cuándo es que llegan a fundirse en una realidad coherente?

Crisis económica y guerra civil eran las dos características de la historia uruguaya en 1870, que es hoy nuestro punto de partida cronológico.

Después del asesinato simultáneo de Flores y Berro, las cosas habían empeorado. El gobierno colorado de Lorenzo Batlle, que se inicia en 1868, además de tener que afrontar una casi bancarrota económica, causada por la especulación, vio levantarse contra él las fuerzas adversarias en cuatro revoluciones, de las cuales la última, la del blanco Aparicio, dio origen a una verdadera guerra, que se prolongó del '70 al '72, ensangrentando y devastando todo el país.

El ejército que Lorenzo Batlle opuso a la montonera de sus adversarios, y especialmente el que combatió contra el último levantamiento, estaba lleno de italianos. El hecho era explicable, pues Lorenzo Batlle era hombre de la Defensa, conocía personalmente a Garibaldi y probablemente utilizó los restos de la Legión italiana, que, vuelto su comandante a Italia, no se había disuelto en seguida y sabemos que se había reorganizado clandestinamente bajo el gobierno de Berro en apoyo de Flores. Pero, a través de informes consulares, aunque algo posteriores, recogidos por el historiador Oddone, sabemos también que era usual entonces el enganche forzado de extranjeros por parte del gobierno (2).

A propósito de esta abundancia de italianos en el ejército que combatía contra Aparicio, se cuentan anécdotas jocosas: "Nu mi mate, que soy maragato de San Cusé", grita un soldado, acosado por los gauchos de Aparicio, para hacerse pasar por blanco, puesto que San José era un baluarte de ese partido. Y Lussich en "Los tres gauchos orientales", al contar la batalla de Severino, ganada por Aparicio, exclama: "qué día de matar gringos" (3).

En cambio, la única publicación italiana que nos ha quedado de este período, *La Stella d'Italia* (un semanario que, por otra parte, editó solo unos pocos números, en 1872), sostiene que los italianos, como, en general, todos los extranjeros, se mantuvieron al margen de la contienda. Esta afirmación se ve corroborada por el informe del cónsul Raffo al gobierno italiano en esa emergencia: "Todos los extranjeros quieren la paz" (4).

La contradicción es solo aparente. Los italianos eran muchísimos en esa época, probablemente más numerosos que los que figuran en las estadísticas. No soy yo que lo digo; lo dice el mismo Oddone (5), en base a estimaciones extraoficiales y al relato del vicecónsul Luigi Petit de un viaje por el litoral del Plata y del Uruguay (1870). Este funcionario se muestra asombrado por el porcentaje de italianos que encontraba en todas partes: en Nueva Palmira casi todos los dependientes de las estancias y los comerciantes al por menor son italianos, en Mercedes tienen casi el monopolio del comercio, en la fábrica Liebig de Fray Bentos casi la mitad de los obreros son italianos. En el interior hay cada vez más napolitanos, que son mercaderes ambulantes, peones, soldados... Se hacen troperos y adoptan muy pronto las costumbres y las características espirituales del gaucho. En una estadística de 15 años después de Josué Bordoni, en su libro sobre el Uruguay que tendremos la ocasión de volver a citar (6), los napolitanos eran casi tantos como lo ligures.

Ante este panorama, no podemos considerar la prensa, ni la legación como representativas de toda la población italiana del Uruguay en ese momento. La legación tiene vínculos con el sector italiano del comercio de Montevideo, muy numeroso por cierto, como resulta de la nutrida página de avisos de los diarios italianos (que, ella sola, merecería un estudio aparte), con los cultivadores propietarios de campos -que son los que sufrieron más con las guerras civiles- y con los intelectuales residentes en Montevideo: docentes universitarios, directores y profesores de enseñanza privada, médicos, escultores, pintores, arquitectos y, por fin, periodistas.

Los comerciantes, agricultores y artesanos odiaban la guerra porque los perjudicaba y porque no entendían sus razones. Ya parecían remotos los tiempos en que la guerra contra Rosas los había entusiasmado, pues la consideraban un combate por la independencia similar al que se combatía en Italia contra Austria. La lucha entre Lorenzo Batlle y Timoteo Aparicio, en cambio, carecía a sus ojos de todo sentido.

Y esta es también la posición del semanario *La Stella d'Italia*.

Pero hay evidentemente otro sector de la vasta y diseminada colectividad italiana, que, por razones sentimentales, interpretaba la herencia garibaldina en clave colorada y combatía por el gobierno, sin excluir que una parte actuara forzada o impulsada por la imposibilidad de encontrar trabajo en ese momento, que como vimos, era de aguda crisis económica.

Hay que decir que la eterna contienda entre los partidos tradicionales estaba perdiendo contenido en la visión de los mismos orientales.

Es justamente en esos años que en uno y en otro partido surgen voces de paz. Son, en general, hombres de cultura, sin mucho arraigo popular, que afirman que es absurdo degollarse por divisas y abogan por partidos basados en ideas, que diriman democráticamente sus diferencias. Se llamaron los "principistas" y conocieron poco después un brevísimo período de auge bajo el gobierno de Ellauri.

En esa atmósfera, convergiendo políticamente con los "principistas", se movían los redactores de *La Stella d'Italia*, italianos de buen nivel cultural, voluntariamente

anónimos, que citan mucho a Dante, pero también a literatos menores de los siglos XVIII y XIX, que se preocupan por difundir la poesía de Leopardi y escriben versos bajo el influjo de Berchet y de Grossi. Toda la parte literaria del periódico recuerda el romanticismo italiano de la primer época (se publican traducciones de la poesía popular alemana), mientras en el terreno de la divulgación científica se habla de Darwin con criterio ya positivista.

En las columnas del periódico dedicadas a la política italiana el tono es en lo posible objetivamente informativo.

Pero también se publica una larga poesía, *La tella d'Italia*, que exalta a los Mil de Garibaldi y contiene esta estrofa:

Ma vigliacca una cóngraga insana
il credente valore tradí
ed in Capua, Aspromonte e Mentana
d'una croce la stella coprí.
In Caprera or pallente fiammella
di liberti somiglia la stella

“Mas una insana caterva de cobardes traicionó la fe de los valientes y en Capua, Aspromonte y Mentana cubrió la estrella con una cruz. Ahora la estrella en Caprera parece la pálida, pequeña llama de los libertos”.

Esta es una de las estrofas más feas (hacer esdrújula “congraga” es una licencia poética exageradamente audaz). Hay en la misma poesía muchas de nivel muy superior al de ésta. Pero ésta es la más significativa políticamente; la estrella que marca el destino de Italia, la estrella de Garibaldi, ha sido cubierta por la cruz de Saboya y reducida a una pálida llamita que subsiste en Caprera.

La poesía viene de Bs. Aires, está firmada Lorenzo Serafini y, aunque publicada en 1872, lleva la fecha de cuatro años antes, de 1868, cuando todavía Roma estaba en manos del papa y el recuerdo de Mentana todavía quemaba. Pero, si el periódico la publica, es porque no desentona con la orientación general de la redacción, que sin embargo, en ningún momento se declara republicana.

En 1872, después de la crisis económica, terminada la guerra civil con la paz de Abril, terminada la fiebre amarilla, la vida económica resurge en el Uruguay, mientras se preparaban las elecciones presidenciales. El periódico comenta los hechos, conservando distancia, deplorando excesos verbales, con cierta simpatía por la mayor medida de la prensa “blanca” (“La Democracia”).

Con el Nº 5, del 30 de junio de 1872, termina bruscamente la pequeña colección, sin que se pueda establecer si este fue verdaderamente el último número, ni, en caso de que lo sea, cuáles fueron las causas del cese. Es una de las publicaciones de mejor nivel en la historia de la prensa italiana en el Uruguay.

En su primer número publica una poesía, extrañamente metastasiana en ese declinante siglo XIX, del conocido autor teatral italiano Leopoldo Marengo, que visitó el Uruguay

en aquellos años. El contemporáneo Josué Bordoni, en su libro "Montevideo y la R.O. del Uruguay", nos dice que se alojó en la casa de un médico italiano aquí inmigrado. La poesía tiene estrofas como ésta:

"Tra fronda e fronda tubano
le bionde tortorelle
e le silenti stelle
consigliano ad amar..."

Ese soplo del siglo XVIII en la cultura menor italiana del positivismo de fines del XIX, es conmovedor. Algún estudioso de Marengo podría decir si el autor osó publicar estos versos en Italia. Puede ser: eran los tiempos en que triunfaba en las escenas el neorromántico medievalismo de, "Una partita a scacchi" de Giacosa, "Perché, paggio Fernando...". Cosas olvidables y olvidadas.

De ese mismo período ha sobrevivido en los anaqueles de la Biblioteca Nacional otro periódico, mucho más inocente y menos significativo, que llegó a publicarse, parece, hasta el 15 de diciembre de 1873.

Es *Il balilla*, periodiquito escolar en italiano, español y francés, editado por los alumnos de la escuela italiana Cristoforo Colombo, fundada en 1868. Tiene un tono infantil, de un moralismo primario. Lo cito porque en la lista final de alumnos premiados al final de los cursos de 1872 figura Pedro Figari, quien el año siguiente, publicará en el mismo periódico una traducción del italiano al español. Junto a versos y prosas de S. Pellico, Guerrazzi, Monti, Leopardi, hay allí poesías de un italiano recién llegado al Uruguay, Josué Bordoni.

De 1873 a 1878 hay una interrupción en la prensa italiana en el Uruguay, por lo menos en los catálogos de la Biblioteca Nacional. Sabemos, sin embargo, de la existencia de algunas publicaciones en italiano, que debieron ser poco importantes y que faltan en ese catálogo, como un *Eco d'Italia*, citado en la prensa italiana posterior, muerto el último día del año 1877, que "se parecía a la Torre de Babel por la confusión de las lenguas". Cocoliche y todo, es una lástima que se haya perdido.

Esos años fueron tumultuosos para la República y difíciles para los extranjeros, que en gran número participan en esas vicisitudes, por vocación combativa, por razones económicas o a la fuerza.

En el motín del 10 de octubre de 1875 (conflicto entre colorados tradicionalistas o "netos", y principistas), que fue el comienzo de la caída de Ellauri, participaron, según los diarios locales de la época, italianos, que estaban, se dice, al servicio de los "netos". El siglo, principista, presenta así el episodio: "Los ciudadanos que sostienen la *Lista popular* (era la principista; se trataba de una elección municipal), han sido asesinados cobardemente por los forajidos de campaña con divisa colorada. El hecho estaba preparado. Se habían preparado fusiles y reunido *napolitanos* en varios puntos cercanos a la plaza..." Machado, el historiador del que sacamos la cita, encuentra en este relato, en ese despreciativo "napolitanos", cierto "espíritu de clase" (8).

El mismo espíritu de clase contra el sector pobre de la inmigración encuentra el ya citado Oddone apoyándose en informes consulares, entre los más encumbrados principistas como el ministro Julio Herrera y Obes, caracterizado, según él, por "toda la insinuante prevención de una élite, dueña del poder y de ventajas económicas, que comienza a retraerse ante la marea inmigratoria que amenaza, con la extensión del sufragio, sus privilegios de clase" (9).

En el mismo momento y con carácter más acentuado, un fenómeno análogo se daba en la Argentina, con el encumbramiento de la generación antirrosista del 1837 (la del destierro montevideano, la del *Iniciador*). Los que la integraban habían esperado en la inmigración para moderar la "barbarie" del "gaucho" y se encontraban con que el "gringo" representaba para el patriciado criollo un peligro mucho mayor.

Volviendo al Uruguay, esa subestimación temerosa se acentuaba en la campaña. Oddone transcribe, de un informe del cónsul J.B. Cerruti al gobierno de Roma en ese mismo año 1875: "Los italianos, ni más ni menos que los demás extranjeros aquí residentes, son diariamente arrestados, conducidos a los diversos cuarteles del ejército... y si por acaso arriesgan a escapar alguna vez, son luego apaleados y sableados sin piedad". Y en cuanto a su número, en un informe diplomático de ese mismo año, se refiere un coloquio entre el jefe de la Legación española y el Ministro de Rel. Exteriores de la República, Bustamante. Este último ensalzaba la eficiencia del ejército oriental frente al peligro de un conflicto internacional y el español le recordaba que "los cuatro quintos del ejército oriental se componía de italianos". (10)

Con el gobierno dictatorial de Latorre, no mejoró seguramente la situación del extranjero pobre en el campo.

Repuntó en cambio efímeramente la economía. El orden impuesto a sangre y fuego por Latorre favoreció el alto comercio y la incipiente industria, en gran parte en manos de extranjeros.

La inmigración se intensifica de a poco. En el ambiente montevideano se destacan muchos nombres de profesionales (esp. médicos) y de artistas, nacidos en Italia.

En el año 1878, muerto ese *Eco d'Italia* "torre de Babel" que está perdido para nosotros, empieza a publicarse un diario italiano importante, de gran formato, *L'Italia Nuova*. La publicidad comercial que ocupa enteramente, desde el primer número, la tercera y la cuarta de sus cuatro carillas con tendencia a invadir la segunda, nos habla de una intensa actividad económica italiana en la capital.

La redacción es anónima y como administrador figura Giuseppe Anfossi, que es en realidad el alma del diario. Por referencias ocasionales en el diario mismo nos enteramos de que había estado entre los defensores de la República Romana del '49 y de que entonces había conocido personalmente a Mazzini, del que cita, como recuerdo de algo vivido, la exhortación final, en la inminencia de la rendición, a escribir la verdad sobre los hechos y a continuar la lucha "contra el trono y el altar". Pero luego, en ese mismo artículo que sirve como presentación- programa en el primer número del diario, declara querer continuar el combate ideal en la línea de Cavour y de Mazzini (binomio

bastante conflictivo) y propugna "una libre Iglesia en un libre Estado". Quiere decir que Anfossi, que había participado, como oficial, también en la expedición garibaldina de los Mil en 1860, había seguido a Garibaldi aun en su aceptación provisional de la monarquía. Por lo tanto la herencia resurgimental en el exilio montevidiano se manifiesta en él sobre todo en sentido anticlerical y en una reservada oposición al "despotismo del sable" (11), oposición que curiosamente busca un desahogo en la crítica a lo mejor que ha tenido sin duda el régimen de Latorre: la reforma varelana. El viejo garibaldino lo objeta, ante todo por haber sido realizada a través de un gobierno no constitucional, y en segundo término porque constituye, según él, una tentativa de yankizar al Uruguay; y lo dice con acentos que anticipan extrañamente el antiimperialismo característico hoy de las izquierdas latino-americanas. Por la muerte de Víctor Manuel II, el diario sale listado de luto varios días, promueve manifestaciones de duelo y publica repetidamente versos en honor del monarca fallecido. Entre otros, interesa una larga serie de estrofas de Joaquín Odicini y Sagra, hijo del médico de la Legión italiana de la Defensa, del que nos ocupamos en charlas anteriores. Estas estrofas, que revelan en el hijo una vocación literaria italiana que el padre no había tenido y que es singular en la "segunda generación", son a la vez un ejemplo claro de ese republicanismo circunstancialmente monárquico que caracteriza todo un aspecto del Resurgimiento en su última fase (aquí entre los italianos, se le designaba con el nombre eufemístico de "constitucionalismo"). Vayan dos como ejemplo:

Noi che nell'aspre, assidue
battaglie del Pensiero
ti combattem sul soglio
sempre cercando il Vero,
e predicando l'odio
pel Trono e per l'Altar,

noi pur, falange povera,
repubblicana e forte,
ti salutiamo, o Príncipe,
che vivi oltre la morte,
e sul tuo augusto tumolo
veniamo a lacrimar! (12)

Se siente aquí un eco lejano y -diría- abaratado, de la oda "5 de mayo" de Manzoni. (Lui sfolgorante in soglio vide il mio genio e tacque).

A partir de entonces la colaboración poética de Odicini y Sagra en el diario se hace frecuente. Se trata de versos que recuerdan -una vez más- al primer romanticismo o -más atrás- a Metastasio y que nos interesan históricamente, pues reflejan la biblioteca paterna, típica de estos exiliados resurgimentales. De esas bibliotecas hasta hace poco se encontraban residuos en las librerías "de viejo" montevidianas.

Que el molde literario sea el de la primera mitad del siglo no quiere decir que estos representantes de la cultura italiana en Montevideo no estuvieran "al día". Hay una larga poesía de Odicini y Sagra dedicada a Stecchetti (13), muy popular en ese momento en Italia; pero el aprendizaje seguramente se había realizado sobre la base del fondo originario -y más querido- de la biblioteca paterna.

De todas esas bibliotecas de inmigrados, la más importante sin duda debió ser la de Luigi Destéffanis, profesor de historia y fundador de la cátedra de historia en la Facultad de Derecho, quien se mantenía en contacto cultural asiduo con Italia, se carteaba con Cantú, recibía *El Politécnico*, revista que Cattaneo editaba en Milán. La figura de Destéffanis merece un estudio aparte; un estudioso uruguayo ha prometido ocuparse de él en una de las próximas series de estas charlas.

Digamos solo que fue figura importante en la obra cultural de la Universidad y del Ateneo de Montevideo, y formó parte del cuerpo redaccional de la *Revista* de esta última institución. Colaboró también asiduamente en "*La revista del Plata*".

Era republicano pero no mazziniano. Se inclinaba más bien hacia el federalismo de Cattaneo. Lo volveremos a encontrar (14). En agosto de 1878 *L'Italia Nuova* cambia su administrador. Anfossi el 4 de ese mes había escrito (la firma no está, pero está su estilo y su espíritu) un vibrante artículo contra la pena de muerte, en la inminencia del fusilamiento por homicidio de cuatro reos confesos. El día siguiente, 5 de agosto, en el lugar de la ejecución, cerca del Taller Nacional, el viejo periodista, maltratado por un soldado, cae al suelo y queda maltrecho. En los números siguientes del periódico, no dramatiza el episodio; trata de quitarle el carácter político que le atribuyen los diarios de Buenos Aires y se limita a protestar contra la prepotencia militar. Pero, a los pocos días, se publica el anuncio del cambio de administrador. La línea del diario, sin embargo, no cambia.

Colabora en él otra figura interesante, Josué Bordoni (al que nombramos como colaborador de *Il balilla*), quien, en el N° 184 del 25 de agosto de 1878, publica, como adhesión a la fecha, una buena traducción del himno nacional uruguayo en versos italianos, traducción que refleja fielmente el neoclasicismo del original y que le hubiera gustado seguramente a Acuña de Figueroa.

Libertà, libertade, orientali!
 Questo grido la patria salvó.
 E i suoi bravi nei ludi marziali
 d'entusiasmo sublime infiammó.
 Questo dono acquistato col brando
 ai tiranni tremendi ci fa.
 "Libertà" clameremo pugnando
 e, cadendo, direm "Libertà".

Josué Bordoni dirigía un instituto docente privado de gran prestigio: el *Instituto Internacional*, en el que se enseñaban las principales lenguas vivas. En otro diario

italiano, *La Era italiana*, que es en cierto modo el heredero de *L'Italia Nuova* de Anfossi, encontramos, en el N° 397 del 22 de diciembre de 1880, una nota acerca de la fiesta de fin de cursos de ese año en el Instituto de Bordoni. La ceremonia se abrió con el canto de los himnos de Mameli y el nacional uruguayo; siguieron la representación de comedias breves en italiano, español y francés, el recitado de poesías por parte de los alumnos y por fin un discurso del Dr. Santurio, quien tuvo el valor de decir algunas verdades audaces mostrando como la Constitución en ese momento estaba siendo pisoteada. (Latorre había renunciado, pero la bota militar se siguió sintiendo en el período de Vidal entre Latorre y Santos).

Cinco años después, Bordoni publicaba en Milán un libro importante sobre el Uruguay, destinado a orientar hacia este país la emigración que en ese momento se estaba intensificando. Dice en la introducción que cree más útil ocuparse de Montevideo, que ofrece bienestar a tantos italianos, que de Massaua o Assab, donde los italianos van a morir inútilmente de fiebres y penurias (Italia estaba iniciando entonces su tardía e infortunada aventura colonial en Africa). También Bordoni, como Destéffanis, colaboró en *La revista del Plata*, a la que dio importantes artículos sobre la historia literaria italiana.

A la enseñanza se dedicó también otro intelectual italiano, Angelo Luisi, que después de haber combatido con Garibaldi en Francia, en 1871 se embarcó con su joven esposa para el Uruguay. Aquí se dedicó a la docencia, antes en el interior y luego en Montevideo, donde crecieron y estudiaron sus hijos e hijas.

Anticipó el futuro al dar a sus numerosas hijas una educación universitaria, rompiendo inveteradas costumbres machistas del ambiente montevidiano y dando con eso, además que con su actividad docente, un gran impulso a la cultura del país.

Esta inmigración intelectual del final del Resurgimiento refrescó aquí la tradición garibaldina (Bordoni y Destéffanis publicaron una *Vida de Garibaldi*) y mantuvo en general un prudente equilibrio entre su republicanismo y el obsequio a las autoridades diplomáticas italianas que se apoyaban en el sector pudiente de la colectividad.

Otro italiano culturalmente importante que llega a estas playas en este período, pero de mentalidad muy distinta, es el siciliano Salvatore Ingegneri, que pertenecía a la Primera Internacional y en Palermo había dirigido el periódico *Il Povero* (15).

Este frecuenta el mismo ambiente, que podríamos llamar "principista", de los anteriores y, a la vez, el movimiento obrero. Lo encontramos, junto con Destéffanis, Odicini y Sagra, el doctor Triani y el visitante de paso Edmundo de Amicis, en la ceremonia de fundación del Círculo Napolitano, creado por disidentes de la Soc. di mutuo Soccorso, el 20 de setiembre de 1880. Pero intervino también en el movimiento obrero de la época, antes de pasar a la Argentina. Es el padre de José Ingenieros, figura señera del socialismo argentino de principios de este siglo.

La época del militarismo, de 1876 a 1886, durante la cual se va intensificando la inmigración italiana, es amarga para estos epígonos del Resurgimiento, que habían venido a buscar aquí la república frustrada en Italia, como Destéffanis, Anfossi,

Bordoni, Luisi y otros menos conocidos, quienes todos compartieron las penurias de la cultura uruguaya, perseguida en cuanto intentara hacer uso del derecho de crítica. Destéffanis y el hijo de Odicini, directores del diario *L'Italia*, conocieron en 1885, junto con la mayor parte de los directores de diarios montevidéanos no oficialistas, el arresto por la policía de Santos por haber opinado sobre los problemas del puerto de Montevideo.

Pero también los inmigrantes pobres e iletrados debieron sufrir la prepotencia militar y policial, especialmente en el interior, donde el reclutamiento forzoso se había vuelto consuetudinario. Seguía habiendo italianos en el ejército uruguayo, pero ya no era por entusiasmos garibaldinos.

El diario *L'Italia*, ya mencionado, en su Nº 105 del 16 de mayo de 1882, protesta contra las persecuciones y los abusos de los jefes políticos, agentes de Santos, en la campaña. Deplora que los Antonini y Diez y los Susviela se hagan en Europa acaparadores de inmigrantes. Estos, una vez llegados -dice el diario- se ven arrancar de las manos la azada y "son arrastrados a los cuarteles, donde, golpeados y alimentados como bestias, son forzados a prestar el servicio militar y a cambiar de nombre y de nacionalidad, recibiendo nombre y nacionalidad oriental. Y como algunos de esos infelices gritan contra la trata infame, cada tanto, como ejemplo, el Sr. Comandante, o también un señor Oficial hace formar a la compañía, hace salir de las filas al infeliz que se había quejado... se dirige a la compañía y le dice: "Ahora voy a mostrarles cómo se mata a un hombre" y saca el cuchillo o el revólver y degüella fríamente al desgraciado o, sonriendo, le hace saltar los sesos" y el periodista cita a este respecto también el testimonio de otro diario, *La Colonia española*.

En el mismo año 1882 se produce el episodio de Volpi y Patrone, que provocó una efímera ruptura diplomática entre el Uruguay e Italia. Estos dos italianos, acusados injustamente de un grave delito, fueron salvajemente torturados, aunque, absueltos, fueron liberados al final. Su estado, al salir de la cárcel, era tan grave, que hubo multitudinarias demostraciones callejeras de protesta, desacostumbradas en el Montevideo de la época.

Esas agitaciones determinaron medidas enérgicas por parte de un consulado que se había demostrado hasta ese momento tímido y vacilante.

La ruptura de relaciones fue un episodio pasajero, gracias a la mediación del Presidente argentino. En general la actitud de las autoridades consulares y del empresariado más rico de todas las colectividades extranjeras, inclusive la italiana, fue más bien favorable a las dictaduras de Latorre y Santos, pues consideraban sus abusos como un "mal necesario" para asegurar la paz. Con la conciliación y con Tajés la atmósfera se hizo más respirable. La inmigración fue aumentando, pues la industria naciente requería mano de obra especializada que no se encontraba en el país.

En 1889 el censo revela la existencia en Montevideo de una cantidad de extranjeros prácticamente igual a la de los nacidos en el país; y casi la mitad de esos extranjeros era italiana (algo menos del 22% del total). Pero si se calculara solo la población activa, ese

porcentaje sería mucho mayor. Y hay que considerar que en la mitad uruguaya figuraban la segunda y tercera generación de familias de inmigrantes del tiempo de la Guerra Grande, cuando los extranjeros eran mayoría en Montevideo.

El fenómeno de la inmigración tiene una importancia enorme en la historia del Uruguay y de la Argentina, aunque solo recientemente se ha empezado a darle la importancia que merece. Los manuales de Historia aún en uso en los liceos, en general apenas lo mencionan. Se estudian las presidencias, que constituyen las cáscaras visibles de una substancia en profunda y continua renovación.

El molde político-cultural del país, que es el post-artiguista, el que se bifurca con Oribe y Rivera, sigue intacto hasta ahora, con una persistencia insólita en la lógica interna de este tipo de fenómenos y sigue imponiéndose a una comunidad humana que en su gran mayoría tiene raíces en otras historias. Probablemente persiste porque sirve de aglutinante.

El momento más intenso de la inmigración italiana se da, como vimos, en este año del censo, en la época de Tajés, es decir en la convalecencia de esa enfermedad que se llamó el militarismo. Todo se estaba transformando en ese período: llegan el ferrocarril, el telégrafo, la fotografía, el agua corriente, las grandes construcciones... y al mismo tiempo llega tanta gente de afuera que cambia la estructura demográfica del país.

Habría que estudiar (y creo que se está haciendo) qué pasa con el lenguaje. En muchos momentos hay dos diarios italianos al mismo tiempo en Montevideo: uno de vida continuativa, fundado por Destéffanis y Odicini y Sagra al finalizar la dictadura de Latorre y que siguió con distinto título (*L'Era italiana*, *L'Italia*, *L'Italia al Plata*, de nuevo *L'Italia*) y al final, con otros directores, hasta 1914, y, paralelamente otros, de vida más efímera. Esto nos habla de una gran masa de italohablantes en Montevideo. En el interior, el inmigrante campesino, aun cuando era enganchado a la fuerza en el ejército y cambiaba de nombre y nacionalidad, seguía hablando su dialecto natal, mezclándolo absurdamente con el español rioplatense en su variedad canaria y el resultado lo tenían que soportar y remediar los maestros, cuando llegaba a la escuela rural la segunda generación de esa ola migratoria. En Montevideo y en algunas ciudades del interior, se establece una inmigración italiana de artesanos y obreros industriales, integrada también por algunos universitarios de los que ya hablamos. Entre estos últimos, los periodistas (o los inmigrados que se improvisan como periodistas) mantuvieron con dificultad la pureza de su idioma natal, endureciéndolo en las formas tradicionales (esto en el mejor de los casos). Al mismo tiempo, algunos de ellos se introducen en la cultura y en la política local, y su español, aún cuando es formalmente correcto, tiene un sello italiano que se hace contagioso.

Algo parecido sucede en el ambiente obrero urbano. Pero allí el punto de partida no es la cultura europea, -en nuestro caso italiana de nivel medio o universitario- sino ese fenómeno sociocultural aún muy poco estudiado, que es el autodidactismo.

El patrimonio ideal del movimiento obrero europeo surgió en el siglo pasado de la convergencia de una cultura universitaria de clase media con la cultura desordenada de

una élite obrera que la había conquistado trabajosamente con un esfuerzo que no estaba dirigido al llamado "ascenso social", sino a la que, desde entonces hasta ayer, se llamó "conciencia de clase".

Era la conquista de una dignidad que permitiera hablar de igual a igual con el patrón y hablar en las asambleas.

Esta era la especial cultura de los obreros españoles, italianos y franceses que llegaron al país empujados por las persecuciones que la difusión de las ideas socialistas, la expansión de la Primera Internacional y la derrota de la Comuna de París suscitaban en Europa. No eran muchos, pero tuvieron, en la masa de los inmigrantes y de la mano de obra criolla, un influjo catalizador. Había, además, gremios culturalmente privilegiados por la naturaleza de su trabajo, como el de los tipógrafos, lectores profesionales, orgullosos de su oficio. El sindicato de los tipógrafos tiene orígenes remotos, pues ya los gráficos hacen un intento de asociarse en 1865, y en 1870 se funda la Sociedad Tipográfica Oriental. El presidente es un francés y el secretario un italiano, un Costantino Becchi, que publica versos más que aceptables. La Sociedad Tipográfica no es un sindicato; es una asociación de apoyo mutuo, organizada por los mismos obreros con un carácter decididamente gremial, que se acentúa con el tiempo, hasta que en 1885 organiza la primera huelga. No sabemos cuántos italianos podía haber entre los tipógrafos. Conocemos el nombre de Becchi, inmigrante italiano, porque fue secretario del gremio y luego publicó libros de versos. Pero sabemos que, en general, la iniciativa de la asociación gremial fue obra de inmigrantes, acostumbrados a estas tácticas ya en sus países de origen.

Con la inmigración italiana y española, cruzó el Océano la Asociación Internacional de los Trabajadores, fundada por Marx y otros en 1864 en Londres. En 1872 ya hay una filial de la Internacional en Montevideo, que pertenece al ala bakuninista de esta Asociación, ala que, luego de la escisión, había prevalecido entre los internacionalistas italianos y españoles. Algo más tarde, de 1885 a 1889, estuvo en la Argentina, trabajando en la organización obrera en nombre de la primera Internacional, el italiano Errico Malatesta, que, desde Buenos Aires, hizo repetidos viajes a Montevideo con el mismo objeto, viajes documentados algunos de ellos en la prensa diaria de la época. Esta corriente sindical internacionalista y la otra anterior que tiene sus raíces en las sociedades de socorro mutuo entre obreros, las primeras de las cuales fueron fundadas paternalísticamente por elementos inmigrados de clase media, liberales masónico-garibaldinos (como vimos en la charla del año pasado) acaban por converger (16). Pero hay también una prensa obrera de propaganda ideológica, generalmente proudhoniana-bakuninista, sin relación directa con lo gremial.

Entre estas publicaciones obreras hay algunas en italiano (por ejemplo *Il socialista* de 1889, que lleva como desafiante subtítulo: "periódico antireligioso, antipatriottico, redatto dai lavoratori"); otras son bilingües (como *La voz del trabajador*, continuación de la anterior). Pero aun en los periódicos obreros redactados en español hay frecuentes italianismos y, a veces, colaboraciones en italiano, que por su carácter pretendidamente

literario se publicaban en el idioma original. Así *La lucha obrera*, en 1884, durante la huelga de todos los obreros fideeros de Montevideo (la primera que no abarca una sola fábrica, sino que afecta a todo el gremio, en su gran mayoría italiano) publica un soneto de un obrero huelguista. Es una invectiva contra el usurero. Comienza así:

Odiato fabbro di miserie umane!
 Vil maestro d'inganni, empio assassino!!
 Di fame hai da morir come Ugolino,
 perché al prossimo tuo fai tanto il cane.

Creador odiado de miseria humana/ maestro vil de engaños, impío asesino!/ De hambre has de morir como Hugolino,/ ya que eres perro para tus hermanos... El autor es Domenico Mazzoni.

Es la obra típica de un autodidacto. En este soneto y en algunas otras composiciones poéticas que estos periódicos le siguen publicando hay españolismos y errores de sintaxis y a veces sin sentidos, pero todas las rimas están en su lugar y hay reminiscencias de Dante, Petrarca, Carducci, Stecchetti, reveladoras de abundantes, aunque mal digeridas lecturas.

Por obra de esta inmigración humilde, ávida de una cultura que solo en migajas dispersas y al precio de grandes sacrificios estaba a su alcance, los primeros sindicatos del movimiento obrero uruguayo surgieron con un programa a la vez revolucionario y educativo. Tenían cada uno su biblioteca y organizaban cursos y conferencias, tanto acerca de la técnica del oficio respectivo, como de idiomas, de historia o sociología. Recuerdo haber leído en la prensa de la época el anuncio de conferencias, en un local sindical, a la vez contra el alcoholismo y contra el militarismo.

Lo italiano en este particular sector de la historia uruguaya, en la que en este momento está buceando Yamandú Gonzalez, se puede detectar solo a través de esas esporádicas colaboraciones y a través de los italianismos o de las citas en los artículos escritos en español, puesto que en el ambiente obrero el deseo de asimilarse es generalmente más fuerte que el de conservar cada uno su propia identidad nacional.

Tampoco es siempre fácil deslindar matices ideológicos que con el tiempo se acentuaron. El influjo italiano en los orígenes bastante posteriores del Partido Socialista, por ejemplo, existió, pero es difícil decir cuándo es directo, es decir es obra de inmigrantes originariamente marxistas, y cuándo, como en el caso del mismo Frugoni, pasó a través del anarquismo.

La gran prensa diaria de la colectividad italiana de Montevideo consideraba con superior desconfianza estas características de partes significativas de la corriente inmigratoria.

Las simpatías que en los últimos años de su vida Garibaldi manifestó por la Primera Internacional no influyeron sobre estos admiradores suyos de Montevideo.

Pero, a medida que la inmigración se intensifica y aumenta aquí la prensa italiana, se produce en esta última una diversificación y, al lado de *L'Italia*, el cotidiano liberal

de Destéffanis y Oficini y Sagra, surge en 1885, **La colonia italiana**, que sale tres veces por semana y se declara "órgano de los obreros", manifestando claras tendencias de tipo socialista, defendiendo, con la pluma de G. Cassano, el derecho de huelga, sosteniendo la huelga de los tipógrafos, publicando noticias acerca de la detención, en Italia, de socialistas y anarquistas. Quiere unificar todas las sociedades italianas por el bien de los obreros que constituyen en ellas -dice- la mayoría.

Las sociedades italianas de Montevideo -dice más o menos en su Nº 19- están compuestas por obreros, pero dirigidas por personas ajenas a la clase obrera. Los obreros deben "fare da sé", es decir tomar en sus manos su propio destino.

El periódico, dirigido por Roberto Savastano, figura que merecería un estudio cuidadoso, fracasó en sus intentos unionistas dentro de la colectividad italiana, pues consiguió únicamente el apoyo del Círculo Napolitano. De todos modos, **La colonia italiana** es una publicación destinada a esa colectividad y contiene abundantes avisos comerciales que la relacionan con ella. Es algo completamente distinto de las vetas italianas en la pobre y efímera, pero cada vez más numerosa prensa obrera de la época, que no publica avisos y donde los caracteres nacionales, cuando existen, son enteramente involuntarios.

De todos modos, en la última década del siglo, se produce en el Uruguay, en correspondencia con lo que estaba ocurriendo en Europa, un acercamiento entre los intelectuales y el movimiento obrero. Florencio Sánchez y Angel Falco se hacen anarquistas, Armando Vasseur socialista. De la convergencia entre el autodidactismo obrero y la intelectualidad uruguaya más inconformista, surge en 1897 el **Centro Internacional de Estudios Sociales** con el lema: "individuo libre en una comunidad libre". Era a la vez un centro cultural y un punto focal del movimiento obrero. Allí Florencio Sánchez estrenó dos de sus primeras obras: **Ladrones**, primera redacción del "Canillita" y "Puertas adentro"; allí el mismo Florencio Sánchez, que era miembro del cuadro filodramático de la institución, intervino, como actor, en la representación de obras en italiano y en español (17); allí se organizaron algunas de las huelgas más resonantes de los últimos años del siglo y de la primera década del siguiente.

En una novela que refleja más bien la inmigración española, **Oficio de vivir** de Manuel de Castro, que publicó en 1956 La Banda Oriental, encontramos el programa típico de una velada en el "Centro Internacional", que nos dice qué parte tenía lo italiano en ese ambiente.

Se trata de una velada literario-musical a beneficio del Comité pro-presos. Después del discurso de abertura y del canto de **Hijos del pueblo**, se representaba la pieza en un acto y tres cuadros de Pietro Gori: "Primero de Mayo" (Calendimaggio) por el cuadro filodramático Eliseo Réclus. Sigue el canto de "Bandiera Rossa" y el recitado de la "Canzone dei Lavoratori" de Ada Negri "por parte de la compañera Aída Signorini". Aparte este último apellido, que puede o no ser histórico, pues se trata de una novela, lo demás responde seguramente a la estructura habitual de los actos de ese tipo en el C. Internacional, pues la novela es autobiográfica y el autor no tenía ningún motivo de

acumular en su descripción tantos elementos italianos, si esa acumulación no hubiera existido en la realidad.

En el Centro Internacional empezó su trayectoria de luchador también Emilio Frugoni, de familia italiana, que como todos saben, fundó en la primera década del nuevo siglo el Partido Socialista uruguayo. Allí habló el poeta anarquista italiano Pietro Gori cuando, perseguido en Italia, viajó por todo el continente americano dando conferencias (1898-1902).

El mismo Pietro Gori habló, en el año 1900, en la inauguración de la estatua de Garibaldi, aquí en Montevideo. Un detalle que puede interesar: supo el orador que un grupo de italianos monárquicos había organizado para la ocasión una silbatina contra él e inició su discurso con la recitación de *La notte di Caprera* de D'Annunzio. La silbatina no se produjo y todo terminó bien. Estaríamos tentados de decir con Ariosto: "O gran bontà dei cavalieri antiqui!", pensando en ese año 1900, cuando la poesía tenía el poder de restablecer la paz. Poco después, vuelto a Italia, Gori se presentó sorpresivamente en una ceremonia oficial en Caprera, sobre la tumba del héroe de los dos mundos, y habló llevando a Garibaldi el saludo de los sobrevivientes de la Legión italiana de Montevideo, que él había conocido aquí.

También estas anécdotas forman parte de la historia de nuestra inmigración en el Uruguay y ayudan a caracterizarla.

Con el año 1900 cierro la etapa de este año de mi rápido vistazo a las vicisitudes de este pedacito de Italia que se ha venido a mezclar con tantos otros aportes en tierra uruguaya.

Al hojear rápidamente esa gran cantidad de viejos diarios, que la debilidad de mi vista ya no me permite examinar a fondo como quisiera, pensaba en la vastedad de esas fuentes históricas tan poco explotadas y en el campo que hay en ellas para nuestros jóvenes investigadores. Y esto quiere ser una invitación a que otros hagan lo que yo sé que ya no voy a poder hacer.

Finalizando el estudio del tema por lo que se refiere al siglo XIX, yo diría que el principal aporte ideológico de la inmigración italiana se ejerció aquí en el segundo y tercer cuarto de siglo en sentido garibaldino, contribuyendo entre otras cosas -al decir del historiador Fernandez Cabrelli- a democratizar la masonería local, y en el último cuarto, junto con la inmigración española y francesa, en sentido anarquista.

Me atrevería a decir que, si las tendencias socialdemocráticas avant-lettre de Batlle se concretaron en un estatismo con preocupaciones descentralizadoras evidenciadas por la estructura intencional de los Entes autónomos, eso se debió no solo al autonomismo que desde Artigas constituye la médula de la identidad nacional uruguaya, sino también al hecho de que el socialismo que estaba en el horizonte mental de Batlle llegó a estas playas y se difundió masivamente, en la incipiente mano de obra industrial que tanto le interesaba al batllismo, en su forma federalista proudhoniana.

Recíprocamente el batllismo, con su política tolerante favorable a la inmigración, se ganó una buena parte de esa masa, sino en la primera, en la segunda generación. Habría

que examinar desde este punto de vista la colección de **El Día**, a partir de su fundación en 1886 hasta la primera guerra mundial. Sería interesante estudiar, por ejemplo, el proceso a través del cual se forma la masa de agricultores batllistas, de origen italiano, del departamento de Canelones. Pero este es ya un tema para el año próximo.

NOTAS

- (1) Carlos Machado - Hist. de los orientales - ed. Banda Oriental Montevideo 1973 p. 264
- (2) J. Antonio Oddone - Una perspectiva europea del Uruguay - Universidad de Montevideo - 1965
En el período al que nos referimos, se habla de reclutamiento forzado para obras públicas (p. 19), pero, para el siguiente (1875), la obligatoriedad es para el ejército (p. 25). Veremos luego qué pasa con Latorre y Santos.
- (3) Carlos Machado - Obra citada p. 252
- (4) J. A. Oddone - Obra citada p. 19
- (5) J. A. Oddone - Obra citada p. 17-18
- (6) Giosué Bordoni - Montevideo e la Rep. Or. dell'Uruguay - Milano, Dumolard 1885
- (7) **La Stella d'Italia**, semanario, Nº 3 del 16 de junio de 1872 Montevideo.
- (8) Carlos Machado - Obra citada p. 264
- (9) J. Antonio Oddone - Obra citada p. 21
- (10) J. Antonio Oddone - Obra citada p. 77
- (11) Véase el artículo **Il male del paese** en el Nº 25 del 5 de febrero de 1878.
- (12) **L'Italia nuova** - Montevideo, Nº 8 del 15 de enero de 1878.
- (13) **L'Italia nuova** - Nº 283.
- (14) Para más noticias sobre Destéffanis, véase Luce Fabbri Cressatti: **L'influenza della letteratura italiana nella cultura rioplatense**. Seconda parte (1853-1915) - Separata de un estudio colectivo promovido por la "Comissione Nazionale delle Ricerche" italiana - Montevideo 1967 - p. 46 sgg.
- (15) Jorge Sergi - Historia de los italianos en la Argentina - Buenos Aires 1940, p. 405.
- (16) Para el conocimiento de estos orígenes y de la primera evolución del sindicalismo uruguayo, véanse los estudios de Yamandú González a partir de su informe al Seminario de "Historia del movimiento sindical en América Latina" de 1986 (organizado por los centros CLACSO y CLAHE), a través de sus sucesivas colaboraciones en los periódicos montevideanos **Compañero** y **Brecha**, hasta un libro de próxima publicación.
- (17) Véase, para esta participación de Florencio Sánchez en el CIES, Roberto Giusti - "F. Sánchez, su vida y su obra" (Buenos Aires, 1920) y Zubillaga y Balbis - Historia del movimiento sindical uruguayo - tomo I, p. 69 - Ed. Banda Oriental 1985.

A Revolução Farroupilha na Filatelia^(*)

Francisco Riopardense de Macedo

No sesquicentenário da Revolução Farroupilha foi lançado apenas um selo comemorativo do episódio. Uma coleção temática que havíamos iniciado, cedida ao Arquivo Histórico de Porto Alegre, foi apresentada no início do ano de 1985 no Centro Municipal de Cultura.

Neste ano de 1986 outros eventos daquele episódio deverão ser comemorados, pois foi em setembro de 1836 que Souza neto proclamou a República riograndense, em nome da qual os farroupilhas se mantiveram em luta até fevereiro de 1845. Continua, pois oportuno pensarmos em continuar o estudo para aquela coleção e propormos, inclusive, edições especiais.

Considerando que foi a revolução de cunho federalista do século XIX de maior duração, que proclamou uma república que durou vários anos, chegando mesmo a eleger uma Constituinte e elaborar um projeto de Constituição, o episódio da Revolução Farroupilha pode ser lembrado no mínimo através de 1º personagens que participaram da luta; 2º militares e políticos que atuaram contra; 3º locais que foram cenário de eventos daquele episódio e 4º personagens estrangeiras participantes.

Buscando auxílio na Sociedade Filatélica Rio-grandense recebemos o necessário assessoramento para elaborar a relação aqui apresentada. Lá tivemos contato com o sr. Carlos Eduardo Vieira dos Santos, que também possui uma coleção das mais completas, e como o sr. Jaime Kahan, profundo conhecedor das regras deste tipo de coleção.

A filatelia, como ciência auxiliar da História, tem nos selos o seu instrumento de trabalho e a interpretação destes é que proporciona ao historiador a elaboração do juízo para a apreciação do evento junto com outros tipos de documentos.

De San Marino à URSS

Vemos que o Brasil até hoje lançou apenas oito selos vinculados diretamente àquela

^{*}Este artículo fue publicado por el autor en ZH Cultura de Porto Alegre, en marzo de 1986. Nos pareció importante su reproducción por la originalidad del tema. C.N.

revolução: quatro em 1935, dois sobre Anita Garibaldi, um sobre a pacificação (1945) e o último, no ano passado, tendo como motivo um quadro de Guido Mondin. Nestes oito selos apenas três personagens rebeldes são lembrados: Bento Gonçalves, Canabarro e Anita. Do lado legalista, o Duque de Caxias e o General Osório estão presentes em várias edições, inclusive uma de 1953 com cinco valores. Tão rica é neste lado que até uma figura de pouca expressão naquela época, como Emilio Mallet, Barão de Itapevi, é lembrado em um selo de 1968. Entende-se a preferência por tais nomes pois eles são, respectivamente: Patrono do Exército, Patrono da Cavalaria e Patrono da Arma de Artilharia. Civis, apenas duas figuras: do lado farrapo, Anita, e do lado legalista o Padre Diogo Feijó. (Bem que Domingos José de Almeida mereceria uma edição!)

A figura mais presente na parte internacional da coleção é José Garibaldi, comemorando seu nascimento, sua participação em diversas lutas no processo de unificação da Itália e sua morte. A Província de San Marino tem vários selos, inclusive em homenagem a Anita, que lá faleceu em 1849. Na relação, as primeiras edições datam ainda do começo do século, antes do centenário da Revolução e se referem às suas atividades antes da viagem para o Brasil. O de 1932 lembra o cinquentenário de sua morte.

Mas não só na Itália e em San Marino Garibaldi recebeu homenagens através da filatelia. Em 1960 a Hungria o inclui numa série de Homens Célebres (Cat. Ivert, 365) e em 1978 é a vez da Bulgária, que o coloca numa série como o mesmo propósito (Cat. Ivert. 2367).

Curioso é que as duas maiores potências mundiais, Estados Unidos e União Soviética de ideologias opostas, também homenageiam Garibaldi com dois selos cada uma, em séries que denominaram "Campeões da Liberdade", nos anos de 1957, 1960 e 1982 (Cat. Ivert, 2004, 4938, 705 e 706).

Até o Uruguai, embora modestamente, também editou um selo em homenagem a Garibaldi. Apenas a filatelia brasileira o ignorou, apesar do carinho com que ele se refere aos riograndenses em suas Memórias.

Curiosidades da temática

Algumas inclusões curiosas nesta temática:

Um selo comemorando o centenário da incorporação de Nice à França (15 de abril de 1860). Nice foi a cidade onde Garibaldi nasceu em 1807, quando se chamava Nizza. O "herói de dois mundos" teria, então, nascido italiano e morrido francês (1882).

O selo brasileiro de 1967 (Cat. 625) refere-se ao centenário da Agência Postal de Laguna. Sua inclusão é uma homenagem à República Juliana, proclamada pelos rebeldes em 27 de julho de 1839. O brasão da cidade ali representado menciona o Tratado de Tordesilhas colocando-a, desta sorte, como ponto de partida para a conquista do Rio Grande.

O último selo da coleção, lançado há poucos meses (20 de setembro de 1985) em

Porto Alegre, reproduz a bandeira do Rio Grande do Sul que adotou o brasão criado pelos farroupilhas.

A filatelia é uma ciência e uma arte. A organização de uma temática tem muito de técnica e de criatividade. Cada colecionador faz a sua. A ordenação cuidadosa e uma legenda adequada para cada peça, faria da coleção uma bela página de História e Geografia.

Os selos brasileiros e os de outras nações

1910 - Cat. Ivert nº (?) 4 valores. Cinquentenário da ocupação da Sicília e plebiscito.

1924 - Cat. Ivert nº (?), 5 valores. 75 anos da retirada de Garibaldi da Província de S. Marino.

1932 - Ivert nº (?), 10 valores comum e 7 aéreos. Cinquentenário da morte de Garibaldi.

1935 - Cat. Brasil nº 88 a 91, 20 set. Centenário da Revolução Farroupilha.

1945 - Cat. Brasil nº 214, 18 de março. Centenário da Pacificação do R.S.

1949 - Cat. Ivert nº 334/341 e aéreo nº 68/72. Sesquicentenário da chegada de Garibaldi em San Marino.

1952 - Cat. Brasil nº 328, nov. 9. Centenário do Padre Diogo Feijó.

1953 - Cat. Brasil nº 346/350, 5 valores. Sesquicentenário do nascimento do Duque de Caxias.

1957 - Cat. Ivert nº 437/443, sete valores. Comemoração dos 150 anos do nascimento de Garibaldi. Província de San Martino (alguns destes selos tem a efígie de Anita).

1957 - Ivert nº 2004. Sesquicentenário do nascimento de Garibaldi (selo russo, 40 Kopecs).

1958 - Cat. Brasil nº 454, maio 24. Sesquicentenário do nascimento do Marechal Osório.

1957 - Cat. Ivert nº 749/750, 2 valores. Sesquicentenário do nascimento e 75 anos da morte de Garibaldi (selo italiano).

1959 - Cat. Ivert nº 793/797, cinco valores. Centenário da Guerra da Independência de 1859 (selo italiano).

1960 - Cat. Ivert nº 809/811, três valores. Centenário da "expedição dos mil" (selo italiano).

1960 - Centenário da anexação de Nice à França (selo francês, 2 valores).

1960 - Cat. Ivert nº 365. Série Homens Célebres (selo da Hungria).

1960 - Cat. Ivert nº 705 e 706. Garibaldi na série "Campeões da Liberdade" (selo dos EUA).

1967 - Cat. Brasil nº 625, 4 de jan. Centenário da Agência Postal de Laguna.

1967 - Cat. Brasil nº 469. Anita Garibaldi na série "Mulheres Célebres".

1968 - Cat. Brasil nº 666 ago. 28. Emilio L. Mallet, Barão de Itapevi.

1970 - Cat. Brasil nº 737 maio 25. Marechal Manoel Luiz Osório.

- 1970 - Cat. Ivert nº 359 José Garibaldi (selo do Uruguai).
1970 - Cat. Ivert nº 1055/1056. Dois valores. Participação de Garibaldi na Guerra Franco-Prussiana.
1971 - Cat. Brasil nº 768 agosto 30. Sesquicentenário do nascimento de Anita Garibaldi.
1976 - Cat. Brasil nº 1006 julho 29. Tricentenário da cidade de Laguna.
1978 - Cat. Ivert nº 2867. Série Homens Célebres (selo da Bulgária).
1980 - Cat. Brasil nº 1203, 7 de maio. Homenagem ao Duque de Caxias.
1982 - Cat. Ivert nº 4938. Centenário da morte de Garibaldi (selo da União Soviética).
1982 - Cat. Ivert nº 1534. Centenário da morte de Garibaldi (selo italiano).
1985 - Cat. Brasil s/nº. Sesquicentenário da Revolução Farroupilha (quadro de Guido Mondin).
1985 - Cat. Barsil s/nº. Bandeira do Rio Grande do Sul.

Gli ideali repubblicani di Garibaldi (*)

Salvatore Candido

In questa nostra indagine seguiremo particolarmente i testi lasciatici da Garibaldi nel tentativo di individuare e cogliere quelle che furono le aspirazioni, gli ideali repubblicani di questi nella individuazione di schemi culturali e di processi politici che caratterizzano, fin dalla più giovane età agli anni del tramonto, l'enucleazione di quei concetti e di quella immagine che egli ebbe della Repubblica, di una repubblica che è realtà operante conseguente ad un determinato clima storico piuttosto che un mito astratto che potesse costituire, senza le necessarie distinzioni, la veste costituzionale di un Paese che passi dalla tirannide alla libertà.

Prassi ed idee, pertanto, di un mito repubblicano che affondi le sue radici nella storia ma si materii nel clima moderno, con quegli adattamenti e mutamenti resi necessari dai tempi, dagli uomini, dalle circostanze. (1)

Il 3 luglio 1872 scrivendo a Caprera la "Prefazione alle mie memorie" (Red. ultima, p. 11) Garibaldi esprimeva un suo preciso atto di fede: "Odiatore della tirannide e della menzogna, col profondo convincimento: esser con esse l'origine principale dei mali e della corruzione del genere umano.

Repubblicano, quindi, essendo questo il sistema della gente onesta, sistema normale, voluto dai più, e per conseguenza non imposto colla violenza e coll'impostura".

Ed aggiungeva: "Tollerante, e non esclusivista, non capace d'imporre per forza il mio repubblicanismo, per esempio agli Inglesi: se essi sono contenti col governo della Regina Vittoria e, contenti che siano, repubblicano deve considerarsi il loro governo.

Repubblicano, ma sempre più convinto della necessità di dittatura onesta e temporaria a capo di quelle nazioni che, come la Francia, la Spagna e l'Italia, sono vittime del bisantinismo il più pernicioso".

Quic'è l'essenza delle ideologie repubblicane di Garibaldi, con tutte le contraddizioni, con tutti gli enigmi che ne conseguono, che vanno dalla constatazione che potesse essere

(*) Materiale edito dalla Società Siciliana per la Storia Patria - Palermo

repubblicano il governo della Regina Vittoria e repubblicano altro dominato da una dittatura purché *onesta e temporaria*.

Ma come questi convincimenti siano maturati e siano divenuti forza e ragione della vita del grande nizzardo possiamo indicarlo nel tempo attraverso le suggestioni che giungono dal mondo circostante e gli stimoli, sia di ordine ideologico sia di prassi politica, che si manifestano attorno a lui ed alla sua azione fin dagli anni più giovani. Anche per cogliere le contraddizioni che si scorgono nel suo sistema, nel suo atto di fede, quasi conclusivo di tutta una vita, che volle, già avanti negli anni, premettere al testo definitivo delle sue memorie.

Seguiremo, pertanto, il nostro personaggio per indicare i tempi e modelli di una sua concezione della Repubblica, di una Repubblica che tanto si discostava da quella di uno dei suoi primi maestri e guide nella formazione politica ed umana: Giuseppe Mazzini.

1. Il mito della Repubblica in Roma antica

Per colpa dei tempi, come scrive nelle pagine introduttive delle *Memorie*, Garibaldi non poté ricevere una più colta educazione, né suo padre, *figlio di marino e marino lui stesso dall'età più tenera*, ... *avea certamente quelle cognizioni di cui sono fregiati gli uomini del suo ceto nella generazione nostra*. Ma G. era grato al suo primo istitutore laico, tale Arena, per averlo iniziato allo studio della lingua patria e della storia romana; ritenne anzi che derivassero "da quella prima lettura della nostra storia", come egli scrive, e dall'apprendimento della lingua "quel poco che ho saputo acquistarne", cioè l'acquisizione delle conoscenze che gli sarebbero servite nella vita. (2)

E lo studio della storia, particolarmente, si riferiva alla conoscenza della storia e delle istituzioni di Roma repubblicana.

Ma il viaggio che fece a Roma con il padre nell'aprile 1825, quando, cioè, non aveva ancora compiuto i 18 anni, lascia nel suo animo una impressione indelebile e nella Redazione del 1859 delle "Memorie" G. indica il significato che ebbe questo viaggio per lui nei termini che seguono: (3) "Roma... La Capitale d'un mondo -dalle sue ruine sublimi, immense- ove si ritrovavano ammassate le reliquie di ciò ch'ebbe di più grande il passato".

Ed aggiunge: "Capitale d'una setta santa, liberatrice de' servi, nobilitante la razza umana, benedetta da infinite generazioni...".

Da queste ultime definizioni appare chiaramente che la Roma vista nell'esaltazione di quei giorni era quella repubblicana, anche se il riferimento alla grandiosità delle rovine si riferisse piuttosto alla Roma imperiale.

Quel che significherà Roma per Garibaldi maturo di anni (e lo ripeterà nella prima e nella seconda redazione delle "Memorie", cui ci riferiamo) sarà un'idea affermatasi in lui dopo i gloriosi eventi del 1849: *Roma dell'avvenire... Roma dell'idea rigeneratrice d'un gran popolo*, ... *Roma per me è l'Italia*, etc. Ma anche in detti testi troviamo una frase che compendia il pensiero istituzionale di Garibaldi, quando egli, dopo avere

identificato Roma nell'Italia, aggiunge nella redazione delle "Memorie" del 1859 testualmente: (4) "... e Roma è il simbolo dell'italica unione, sotto qualunque forma voi la vogliate..." e nella seconda: "... e non vedo Italia possibile senonché nell'Unione compatta, o federata delle sparse sue membra. Roma è il simbolo dell'Italia una, sotto qualunque forma voi la vogliate...".

Garibaldi ritorna ancora su Roma e sulla sua immagine nell'opera *I Mille* ove la sua Roma sognata ed auspicata è sempre quella repubblicana, quella dei consoli e dei Cincinnati. Egli scrive, infatti, nel cap. 24° del romanzo che ha per titolo: *Roma!*: (5) "Eppure m'inchino davanti a te, Roma! ... perché in te spero, in te... che riapparirei risplendente dall'aureola della libertà come a' tempi de' tuoi Cincinnati, non più per agiogar le nazioni, ma per chiamarle alla fratellanza universale...".

E nelle ultime pagine del volume, (6) nel cap. 64° dal titolo significativo: *Il sogno*, egli scriverà ancora: "Roma! Il più commovente, il più prezioso, il più stimolante sogno della mia vita, sempre! Perché sempre innamorato della grandiosa sua storia, ma massime dall'età di diciotto anni, in cui ebbi la fortuna di potere tra le macerie delle immense sue ruine ispirarmi al gran concetto dell'emancipazione della mia patria e della famiglia umana... Roma! Alle cui ispirazioni io devo il poco operato nella tempestosa mia vita. Roma, infine! Il cuore dell'Italia! L'ideale dell'Italia! ... Roma! Per cui questo corpo, oggi cadente, fu forato tre volte. E quando sul Gianicolo fui ferito in un fianco, alla sua difesa, io esultai con me stesso al pensiero di morire su d'un colle sì glorioso e per la santa causa della Repubblica".

Ove si vede che la Roma repubblicana antica si mesce in una sola visione ideale con la Roma repubblicana del 1849 e che entrambe costituiscono il simbolo e rappresentano il segno di valori antichi e nuovi in cui il nizzardo credeva ferventemente anche se li esprime con quella ridondanza e retorica proprie delle circostanze e dei suoi tempi: la fratellanza universale, l'emancipazione della famiglia umana, la liberazione dei servi, la nobilitazione della razza umana, l'idea rigeneratrice d'un gran popolo, etc.

Da quanto abbiamo registrato e da innumeri altri documenti delle opere di prosa e di poesia si costata che gli ideali repubblicani di Garibaldi derivano, nella loro parte più emotiva e sostanziale, dal mito di Roma che il giovane Garibaldi trasfigurava nel tempo attraverso il ricordo della prima sua visita del 1825.

2. Il mito della Repubblica di Mazzini e della "Giovine Italia"

Anche per il Mazzini il mito di Roma può essere posto, come per G., alla base dei suoi ideali repubblicani.

Basta leggere alcune frasi delle "Note autobiografiche", che il M. scrisse fra il 1861 e il 1866 (7), ove egli si riferisce alla fondazione della "Giovine Italia": "... Non dirò qui come gli istinti e le tendenze d'Italia, quali mi apparivano attraverso la storia e nell'intima costituzione sociale del paese, mi conducessero a prefiggere intanto all'Associazione ideata l'Unità e la Repubblica..."

Io aveva in me il culto di Roma. Fra le sue mura s'era due volte elaborata la vita Una del mondo... Ai vestigi potenti d'un'Epoca di Civiltà, che aveva avuto, anteriormente alla Greca, sede in Italia... s'era sovrapposta, cancellandola nell'oblio, la Roma della Repubblica conchiusa dai Cesari, e avea solcato, dietro il volo delle aquile, il mondo noto coll'idea del Diritto, sorgente della Libertà...”.

Senza dubbio, gli argomenti mazziniani che ispirano la concezione della “Giovine Italia” repubblicana sono complessi e non possono essere valutati in questa sede. (8) Ma noi ci chiediamo se G. sia rimasto attratto, fin dal 1833, anno in cui si accostò alla conoscenza di quelle dottrine, oltre che da un sentimento passionale ed istintivo verso la grandezza di Roma repubblicana anche dai motivi più profondi che caratterizzarono l'opera ed il pensiero dell'esule genovese e se, effettivamente, egli fu introdotto, anche con la cerimonia formale seguita dal giuramento, in quell'anno, nei segreti dell'Associazione fondata in Marsiglia dal Mazzini nel 1831.

Di questo, oltre che formale anche sostanziale, inserimento quale neofita nella nuova “setta” repubblicana non troviamo traccia nelle due redazioni, già citate, delle “Memorie”. Ma che G. fosse, già fin d'allora, come vedremo, iniziato alle dottrine della “Giovine Italia” possiamo esserne certi dalla testimonianza di G. B. Cuneo che molti ritennero “il credente” che lo avviò a quelle dottrine.

In effetti G. così scrive nelle *Memorie*, nella redazione del 1872 in cui sono ripetuti i concetti espressi nella precedente: (9) “... Amante appassionato del mio paese, sin dai primi anni, e insofferente del suo servaggio, io bramavo ardentemente iniziarmi nei misteri del suo risorgimento. Perciò cercavo ovunque libri, scritti che della libertà Italiana trattassero, ed individui consacrati ad essa.

In un viaggio a Taganrog, m'incontrai con un giovane ligure, che primo mi diede alcune notizie dell'andamento delle cose nostre.

Certo non provò Colombo tanta soddisfazione alla scoperta dell'America, come ne provai io al ritrovare chi s'occupasse della redenzione patria. Mi tuffai corpo e anima in quell'elemento, che sentivo essere il mio da tanto tempo...”.

Parole chiare, inequivocabili da cui risulta che G. ancora prima dell'incontro con il “credente” leggesse scritti che parlassero di libertà italiana e bramava di iniziarsi ai misteri del Risorgimento patrio ma non avrebbe potuto, senza dubbio, appagare il suo “ardente” desiderio se non avesse stretto contatti con chi s'occupava in quel tempo della redenzione patria; ma che, una volta conseguito questo contatto, si tuffò, come scrive “corpo ed anima” in quell'elemento.

Possiamo essere certi che con queste asserzioni G. indica una sua adesione completa alla “Giovine Italia”, asserzione questa che è suffragata da una frase della biografia scritta dal Cuneo (10), in cui questi, dopo di essersi riferito al *Credente*, il giovane ligure “il quale affannavasi -nella locanda di Taganrog- a far concepire ai poco creduli compagni speranze di lieto e glorioso avvenire alla patria comune” ed all'appassionato incontro con il giovane marinaio, testualmente aggiunge: “Da quel giorno ei (Garibaldi) divenne l'amico del cuore di quel *credente* che lo iniziò alle dottrine della *Giovine*

Non possiamo dilungarci in questa sede sulla identità dell'Iniziatore né su quelli che furono i rapporti fra Garibaldi e Mazzini, nel periodo marsigliese, su cui, per altro, ho riferito recentemente, con abbondanza di argomentazioni, nel corso del Convegno sul tema "Mazzini e Garibaldi cento anni dopo" svoltosi a Catania nel novembre scorso, a cura della Associazione Mazziniana Italiana e di quella Università. (11)

Dobbiamo, pertanto, ritenere che G., pur opportunamente orientato, ancora prima dell'incontro di Taganrog, sui problemi della libertà italiana abbia ricevuto sulle coste del Mar Nero, attraverso il *credente* entusiasta quella "illuminazione" necessaria che avrebbe provocato il suo passaggio dalla schiera dei simpatizzanti a quella degli iniziati, votati al sacrificio, cui li obbligava il giuramento nei suoi concetti fondamentali dottrinari ed impositivi e li legavano i precetti, quasi atto di fede, inseriti nella *Istruzione Generale per gli affratellati della Giovine Italia* che costituivano, allora, la base ideologica e dottrinaria dell'associazionismo mazziniano.

In questo programma l'idea della unità della nuova patria in Repubblica è concetto fondamentale di un'azione militare e politica che doveva impegnare al massimo tutti gli adepti. Ma su questo programma non posso fermarmi in questa sede essendo preminente in essa l'indagine circa il modo come G. poté sviluppare questi argomenti e concetti nel corso della sua azione giovanile sia nell'esilio europeo che nel periodo americano.

Circa l'adesione di G. alla "Giovine Italia" non posso non riferirmi ai dubbi che insorgono attraverso la lettura di un brano di una lettera inviata, l'8 agosto 1841 a G. B. Cuneo, che trovavasi allora in Montevideo, da Giuseppe Mazzini il quale, fra l'altro, scrive: (12) "... Voi, Antonini, Garibaldi, avete, se non erro, giurato tutti alla Giovine Italia: siamo fratelli, e vi parlo siccome a tali..."

Ma, per soffermarci ancora brevemente sui rapporti che probabilmente intercorsero fra M. e G. nel periodo marsigliese e sulla presenza ed azione in senso mazziniano di G. in America, riporto un frammento di una lettera inviata, il 28 ottobre 1841, a Giuseppe Lamberti dal Mazzini il quale scrive: (13) "... Quei nostri di Montevideo sono pressoché tutti genovesi del '34... giovani intatti di fama. Il Direttore del Giornale (14) è un G. B. Cuneo: i suoi colleghi sono un Antonini e un Garibaldi..."

Per concludere rapidamente su quelli che furono i rapporti fra G. e M., dal tempo degli entusiasmi e della cieca adesione al suo programma repubblicano al periodo del disinganno e del passaggio tattico, programmatico più che ideologico, alla concezione di una forma statuale che potesse essere più aderente ai tempi e più legata allo sviluppo storico contemporaneo, mi riferisco ad un documento fra la *Memoria* ed il messaggio che, il 3 aprile 1870, da Caprera, G. indirizza "Ai miei concittadini". (15) In detto documento leggiamo: "... Al mio ritorno d'America, in 1848, io vidi Mazzini per la prima volta a Milano e, francamente, l'uomo che mi aveva ispirato amore e rispetto coi suoi pregevoli concetti Repubblicani, scapitò nella mia stima, vedendolo ed udendolo. Io mi accorsi non essere lui quel bello ideale del vero Repubblicano, che nella mia immaginazione m'ero formato sino da' miei primi anni, ma bensì un uomo superiore,

è vero, ma soggetto a passioni come ogni povero mortale...".

Parole rivelatrici queste che indicano il trauma del passaggio ideologico ed umano da una qualità di adepto che crede con cieca fede nel sistema costituzionale e politico impersonato da un uomo ad una concezione più realistica, più consona con i tempi che egli era venuto maturando attraverso le lunghe lotte nei Paesi americani della Costa Atlantica, a contatto di ideologie e di forme di governo che pur non si stanziavano fondamentalmente (almeno per quanto si riferiva ai Paesi per cui si era levato in armi) da quegli intendimenti e da quei concetti politici e da quegli ideali per cui aveva sofferto in Italia e per cui, il 3 giugno 1834, era stato condannato a morte per "alto tradimento militare" come uno dei "motori di una cospirazione ordita in questa città (Genova), nei mesi di gennaio e febbraio p(rossimo) p(assato) tendente a fare insorgere le Regie Truppe ed a sconvolgere l'attuale governo di S.M."

Profondo, pertanto, e non soltanto materiato di suggestioni giovanili ma anche di intima convinzione dottrinarie, fu l'influsso che il Mazzini esercitò su G. negli anni europei e nel primo periodo di quelli americani, per come vedremo. Fra il 1836, anno in cui giunge in America e l'aprile 1848 in cui conclude il suo primo periodo americano, quello delle avventure belliche, G. subisce profonde trasformazioni nelle sue concezioni politiche, anche per il contatto con la realtà costituzionale di quei Paesi; M. più non gli appare (ma gradualmente) *il bello ideale del vero Repubblicano*, come dimostrerà fin dal 1848 e scriverà nel 1870, e scadranno *l'amore e rispetto* per i suoi, pur sempre, *pregevoli concetti Repubblicani*.

Assistiamo, in quegli anni, ad una graduale trasformazione di concetti e miti ideologici attraverso una concezione pragmatica della vita e della storia che, pur non abiurando agli ideali per cui aveva lottato e sofferto negli anni giovanili, provocherà in lui un tentativo, che può apparire talvolta prodotto da animo sprovveduto, di conciliare miti iniziali ed altri sopravvenuti. Si affermerà allora il concetto della dittatura in repubblica che giustifica il concetto espresso inizialmente in questa Ricerca che dovesse o potesse considerarsi "repubblicano" il "Governo della Regina Vittoria" o addirittura quello di Vittorio Emanuele II, Primo re d'Italia. (16)

3. Il concetto di Repubblica nelle esperienze americane

Ma, come abbiamo detto, profondo è l'influsso che eserciteranno su Garibaldi le esperienze e le vicende politiche vissute nei Paesi dell'America Meridionale fra il 1836 e il 1848, cioè dal giorno in cui (gennaio) giunge nella capitale dell'Impero del Brasile, Rio de Janeiro, al giorno in cui (15 aprile) egli parte dal porto di Montevideo con 63 compagni, combattenti della "Legione Italiana di Montevideo" da lui comandata per partecipare alle lotte del riscatto nazionale. (17)

Dal 1836, in Brasile, G. subisce l'influsso, in senso repubblicano, delle idee che, attraverso la locale Congrega della "Giovine Italia", sono espresse, sia a livello di associazione sia attraverso il giornale "la Giovine Italia", fondato e diretto, nei soli due

numeri che furono pubblicati da G. B. Cuneo, ardente e fedele mazziniano, e dai suoi collaboratori (18); poi, passato, prima come corsaro e poi come combattente regolare e capo della flottiglia da guerra, al servizio della Repubblica di Rio Grande del Sud, in lotta contro l'Impero dal settembre 1835, vi opera ininterrottamente fino al maggio-giugno 1841, in cui, dopo 3 anni di aspre e dure lotte nel territorio riograndense, fa ritorno a Montevideo ove aveva brevemente soggiornato in forma clandestina, nel marzo 1838, reduce dalla prigionia di Gualaguay, nel periodo che possiamo definire della sua impresa corsara a bordo della nave *Mazzini*.

Egli si era imbevuto, anche nella veste di protagonista, del clima pieno di fermenti repubblicani che si manifesta attorno alla Congrega della "Giovine Italia" di Rio de Janeiro che, nel marzo 1836, aveva dato inizio ad una impresa rilevante per quel tempo, la pubblicazione di un giornale dal titolo che ripeteva quello del periodico marsigliese dell'esule genovese di cui Garibaldi era in quel tempo un fedele seguace ed ammiratore: "La Giovine Italia". Non c'è rimasta copia del giornale ma disponiamo del Manifesto con cui fu presentato ai lettori che, il 26 marzo, fu inviato al Governo di Torino dal Ministro sardo conte Egesippo Palma di Borgofranco. Esso ha così inizio: "Giovine Italia. Libertà-Uguaglianza-Umanità. Un solo Iddio - Un solo sovrano; la sua legge. un solo interprete di questa legge; l'Umanità Mazzini". Nel testo, pur con la prudenza resa necessaria dal dover diffondere queste voci di riscatto patrio in un Paese retto a forma monarchica, espliciti sono i riferimenti alla "epoca nella quale l'Italia sorgerà terribilmente minacciosa contro i suoi tiranni" ed alla "Associazione Italica" che (19) "aspetta solo che l'occasione si presenti propizia ed allora dalle Alpi fino alla Sicilia udrassi una voce di allarme e di redenzione; l'Italiana gioventù correrà in folla a rovesciare i troni..."

Piena ed incondizionata devozione il giovane nizzardo dimostra a Giuseppe Mazzini ed al suo programma nella prima lettera inviata da Rio de Janeiro, il 27 gennaio 1836 (cioè subito dopo il suo arrivo in terra americana) all'esule in Marsiglia (20); in essa cogliamo queste parole che dimostrano l'appassionato fervore di un neofita, di un fedele repubblicano: "Mi è caro però l'assicurarvi che sempre ci state presente nell'immaginazione e un giorno non passa che il vostro nome non tintinni con rispetto in Rio Janeiro".

Ma il giovane marinaio ha bisogno di passare all'azione; egli non è un teorico di programmi ideologici e rivoluzionari ma un uomo che sente l'impeto ed il bisogno della lotta. E per questo chiede a Mazzini lettere di corso o di marca "oppure un'autorizzazione vostra, per correr sopra le nemiche bandiere..."; per questo, il 27 dicembre successivo (21), scriverà a G. B. Cuneo (maestro di fede repubblicana fra gli italiani di quei Paesi), "che mi martora l'idea di non poter avanzare nulla per le cose nostre, che abbisogno piuttosto di nembi che di calma, e che sono impaziente di ricorrer agli estremi..." e testualmente aggiunge: "...son stanco, per Dio, di trascinar un'esistenza tanto inutile per la nostra terra... sii certo che siam destinati a cose maggiori..."

Per le cose nostre: è concetto che Garibaldi renderà più chiaro in altra lettera al Cuneo

del 22 aprile 1837 (che precede di pochi giorni la data del 7 maggio in cui la nave corsara *Mazzini* lasciava la baia di Guanabara per avviarsi verso le coste meridionali d'America) in cui G. scrive all'amico che trovavasi in Montevideo: "...mi dispongo a nuova esistenza, tendente ai nostri principii sempre! Però con quella meta per ora, che tu mi prefiggesti nelle prime lettere...; me n'importa solo per quanto riguarda il progresso delle nostre cose...".

Le nostre cose, i nostri principii. Essi erano volti al riscatto del loro Paese il che, secondo gli orientamenti mazziniani, non escludeva che si combattesse per qualsivoglia causa giusta che significasse progresso e giustizia sociale negli intendimenti e nel programma della "Giovine Italia" e della "Giovine Europa" (cui G. specificatamente si riferisce nella lettera al Mazzini) che, secondo l'art. 1 dell' "Atto di fratellanza" firmato a Berna il 15 aprile 1834, stringeva in fratellanza le "associazioni repubblicane tendenti ad un fine identico che abbraccia l'Umanità sotto l'impero d'una stessa fede di Libertà, d'Eguaglianza, e di Progresso...".

Occorre dire, pertanto, che G. fino al maggio 1838, in cui raggiunge il territorio riograndense e si pone al servizio di quella Repubblica, era, per così dire, un repubblicano di stretta osservanza, senza dubbi e senza tentennamenti, nella scia dell'insegnamento del fondatore della "Giovine Italia" e dei suoi rappresentanti in territorio brasiliano.

Poi da quell'anno saranno le esperienze della lotta combattuta in condizioni difficili, in Paesi che non avevano ancora maturato la loro coscienza politica attraverso un lungo corso di libertà costituzionali, ad avviarlo a nuovi convincimenti ed a temperare la sua fede politica in senso repubblicano. Comincia a delinearsi un concetto che era forse latente in lui fin dai giovani anni attraverso il convincimento che l'uomo, questo animale politico, seguendo spesso le sue convinzioni, le sue passioni, i suoi pregiudizi, necessita di una mano forte e decisa che lo guidi verso il progresso, la libertà, la necessaria organizzazione e solidità statuale e politica.

V'è un dato significativo che ci fa pensare che le idee che si andavano diffondendo sul concetto dello Stato in fase di transizione e sulle gradualità della formazione e di una organizzazione statuale fossero se non legate, almeno legittimate, da una tesi sostenuta dal famoso agitatore Filippo Buonarroti, già seguace del Babeuf, che sarebbe poi divenuto uno dei più validi interpreti di un rivoluzionarismo europeo in senso repubblicano. (23)

E, appunto, attraverso il Buonarroti che nel bisettimanale *O povo* (Il popolo) della repubblica ribelle riograndense (giornale che era a conoscenza di Garibaldi in quanto, fra l'altro, ne era collaboratore principale e teorico ideologico G. B. Cuneo e Redattore un fedele interprete del pensiero mazziniano, Luigi Rossetti) troviamo giustificata, anzi legittimata e codificata la dittatura come forma necessaria di governo di un popolo in rivolta.

Nel n. 1 del 1° settembre 1838 nell'editoriale "*Prospecto*" che corrisponderebbe al nostro *Manifesto*, l'ignoto articolista (che si identifica nel Cuneo) inizia il suo scritto riportando, attraverso opportuni adattamenti, frasi ed idee espresse in uno scritto

pubblicato sul periodico mazziniano *La Giovine Italia* (24) da "Camillo", pseudonimo sotto cui, appunto, si nascondeva il Buonarroti. Lo scritto dal titolo "Del governo d'un popolo in rivolta per conseguire la Libertà" chiaramente esprime concetti che portano, anche se in periodo di emergenza, alla dittatura di un solo. Tanto è vero che il Mazzini, che pur aveva consentito che lo scritto si pubblicasse, data l'autorevolezza del collaboratore, non può non farlo seguire da una sua postilla che, fra l'altro, testualmente dice: "Noi consentiamo in tutte le idee, che l'articolo esprime, tranne in quest'una, che ammette tra i modi della potestà rivoluzionaria la Dittatura dell'uno..."

L'articolo di *O povo* ha questo inizio: "Per giungere dalla tirannide alla libertà è necessario avvalersi di mezzi che sono incompatibili con la libertà regolare e permanente. Quel tempo di transizione non può essere di libertà..."

Seguono altre considerazioni che ometto per brevità e, poi, la frase, naturalmente in lingua portoghese, che sarà inserita nella testata di ciascuno numero da questo già citato del 1° settembre 1838 al n. 160 apparso il 23 maggio 1840, essendo redattore lo stesso Cuneo, avendo il Rossetti raggiunto il campo di battaglia dove ben presto avrebbe trovato gloriosa fine (probabilmente il 24 novembre 1840). Detto testo dice: "Il potere che dirige la rivoluzione deve preparare gli animi dei cittadini ai sentimenti di fraternità, di modestia, di uguaglianza e di disinteressato ed ardente amore di Patria. Giovine Italia. Vol. V".

L'editorialista di *O povo* scrive testualmente che: "Le parole che abbiamo tradotto da la *Giovine Italia*, giornale che si stampa in Europa, riassumono completamente i principii che devono guidarci nella redazione di questo giornale.

E così fu, per tutti i 160 numeri della pubblicazione che fu sospesa soltanto a causa della distruzione della tipografia durante una belligeranza crudelmente combattuta per molti anni.

Anche se possiamo escludere che G. avesse potuto leggere lo scritto del Buonarroti durante il suo esilio marsigliese, siamo sicuri che ne venne a conoscenza durante il suo periodo riograndense. Ma a parte l'influenza che lo scritto poté esercitare su di lui, c'era la testimonianza viva dei suoi compagni di fede politica e di azione militare, Cuneo e Rossetti; ma c'era più che altro l'esigenza di sopravvivenza alla libertà di un popolo che non avrebbe potuto resistere al nemico più potente se avesse dato libero avvio alle libertà ed alle competenze proprie di un governo repubblicano, se cioè non avesse, attraverso i suoi massimi dirigenti e, particolarmente, attraverso il Presidente di quella Repubblica Bento Gonçalves da Silva, condotto un'azione rigidamente militare che imponeva che il potere fosse conservato in poche mani di fedelissimi agli ideali repubblicani. Alcuni dei motivi ideologici che avrebbero ispirato la nuova Repubblica (anche se questa non si sarebbe mai liberata, per l'oligarchia dominante in essa, di forme di autoritarismo e di sopraffazione) li troviamo espressi in un documento dal titolo "Manifesto del Presidente della Repubblica a nome dei suoi Costituenti" fatto conoscere alla cittadinanza attraverso *O Povo* che lo pubblicò nei nn. dal 2 al 4 fra il 5 e il 12 settembre 1838.

In questo clima carico di fermenti rivoluzionari ma ancorato, per superiori esigenze, ad un concetto assolutistico ed autoritario dello Stato, si svolge l'azione di Garibaldi fra il 1838 e il 1841.

Né mutano le cose quando Garibaldi si trasferisce nel 1841 a Montevideo e vi assume funzioni di comando per conto della Repubblica uruguaiana.

Vi è Presidente di quella Repubblica il Generale Fructuoso Rivera ma, trovandosi questi al comando dell'esercito, vi esercita *ad interim* le funzioni presidenziali D. Joaquín Suárez. Ma il supremo potere è nelle mani di Francisco Antonio Vidal, contro cui si scaglia G. nelle sue "Memorie" definendolo, anche se ingiustamente, uomo "d'infausta e dispregevole memoria". (25)

Rivera è, almeno ufficialmente, il Terzo Presidente Costituzionale della Repubblica ma, in effetti, ne era stato il Primo Presidente dal 6 novembre 1830 al febbraio 1835 e dal 1º marzo aveva assunto le funzioni di "Secondo Presidente Costituzionale" il Generale Manuel Oribe il quale detenne il potere esecutivo sino al 24 ottobre 1838, data in cui fu costretto a rassegnare le sue dimissioni dinanzi all'Assemblea Generale ed a partire in esilio per Buenos Aires da dove sarebbe, poi, tornato da nemico della Repubblica con l'appoggio delle forze di Rosas. Casi questi che provocarono la cosiddetta "Guerra Grande" combattuta aspramente dai due opposti bandi con gravi sacrifici di mezzi e di uomini, dal 1839 al 1851.

Rivera, che rientrava nella capitale dell'Uruguay, Montevideo, il 10 novembre 1838, vi assumeva i poteri come dittatore, il 10 febbraio 1839 dichiarava la guerra a Rosas e soltanto il 1º marzo fu acclamato dall'Assemblea Generale quale "Terzo Presidente Costituzionale" della Repubblica Uruguaiana.

A parte le pressioni e le incidenze costituzionali che si fanno sentire fortemente in quel Governo anche per le pressioni di un gruppo generoso di esuli argentini, sfuggiti alla tirannide di Rosas Governatore Generale di Buenos Aires e che si erano già raccolti in Montevideo sotto la sigla della "Joven Generación Argentina", astretti ad un giuramento che ripeteva quello degli affiliati alla "Giovane Italia", il governo uruguaiano, per tutto il periodo in cui militò per esso Garibaldi (1841-1848), è retto con una preminenza del potere militare impersonato dallo stesso Rivera e dai suoi più fidi generali e collaboratori civili. Rivera è la classica figura del "caudillo", anche se la sua figura non assume quei toni di rigido autoritarismo militare di cui la storia di America è ricca di casi sia per quel tempo sia per tempi a noi vicini. (26)

Garibaldi vive di questa realtà e si conferma sempre di più in lui il convincimento che la repubblica fosse la forma più eletta di governo ma che essa fosse inconciliabile con le esigenze di tempi rivoluzionari di guerra, di emergenza.

Il concetto che la concentrazione del comando potesse essere conseguita soltanto in un governo forte ed autoritario e che l'esecuzione "istantanea" degli ordini fosse la più sicura garanzia di successo, lo accompagnerà per tutta la vita, come possiamo leggere in molti scritti di Garibaldi. (27)

Dal 1844 al 1848 si ripetono gli appelli di Mazzini che reclama G. e i suoi perché

servano al riscatto nazionale. In quegli anni comincia a formarsi in Italia il mito di Garibaldi, precipuamente ad opera del Mazzini. Ma Garibaldi tornerà in Italia con soli 63 compagni non per combattere per gli ideali che erano quelli del grande esule genovese ma avendo messo la sua spada al servizio di un altro assolutismo, quello di Pio IX e dello Stato della Chiesa.

Significativi al riguardo sono due documenti del 12 ottobre 1847 e 20 febbraio 1848. Il primo è costituito dalla lettera inviata a Monsignor Gaetano Bedini internunzio apostolico a Rio de Janeiro con giurisdizione anche sui Paesi rioplatensi, in cui Garibaldi ed Anzani offrono la loro spada a Pio IX, il "Gran Sacerdote" di cui sono esaltati i meriti, chiedono di potere adoperare le armi "in vantaggio di Colui che si bene serve alla Chiesa e alla Patria".

Il secondo documento è costituito dalle Istruzioni impartite a Giacomo Medici (il futuro eroe del Vascello) in cui è detto testualmente che: "scopo nostro è di recarci in patria, non per contrariare l'andamento attuale delle cose, e i Governi che v'acconsentino...". (28)

V'è l'accento al Mazzini che il Medici avrebbe dovuto consultare, ma nulla più.

Sorge in quel tempo il dissidio fra i due personaggi, che si protrarrà per tutta la loro vita. (29)

L'ambiente storico in cui G. vive ne influenza le idee politiche e l'opera, ma Garibaldi non potrà mai, per tutto il corso della sua vita, dimenticare gli ideali giovanili per cui Roma repubblicana gli era apparsa come il governo ideale di un supposto tempo di elezione per l'uomo.

Anche in altri Paesi dell'America si erano svolti eventi ed episodi che avevano innalzato figure di uomini che Garibaldi potrà prendere ad esempio di reggitori illuminati pur se depositari di un potere che esulò molto spesso dai vincoli costituzionali assumendo forme di dittatura.

Bastino al riguardo pochi esempi. Il 16 novembre 1868, Garibaldi, rivolgendosi "Agli amici di Spagna" (30), li invita a proclamare "la repubblica federale" ed a nominare un dittatore per due anni. E così continua: "La repubblica è il governo delle genti oneste... La Svizzera e gli Stati Uniti si sostengono senza dittatura, e quantunque i Washington ed i Lincoln fossero i *dittatori morali* quando lo necessitò la patria americana...".

E nella lettera già citata "Ai miei concittadini" (31) in cui il concetto di dittatura quale premessa ad una formula repubblicana è spiegato in ogni dettaglio, Garibaldi, dopo di avere confermato la sua fede repubblicana ed aver manifestato che: "La Repubblica non verrà a voi senza meritarsela, ... ed avere affermato che il diritto d'un popolo dev'essere di eleggersi un capo temporario per il minor tempo possibile", scrive testualmente: "...della Dittatura ne hanno fatto il sinonimo della tirannide, perchè vi fu un Cesare. Ma senza ricorrere a quella massa di Dittatori onesti che fregiano la storia dei nostri padri, Washington e Bolivar, liberatori del Nuovo Mondo, senza averne il titolo, non ebbero una vera dittatura?".

E potremmo continuare. Ma osserviamo che la storia dei paesi americani nel suo tempo e in quello che lo precedette di pochi decenni, offre a Garibaldi prototipi ed esempi degni di essere imitati; e ad essi egli fa riferimento in stretta adesione a quelli che erano stati gli insegnamenti di un grande teorico della scienza rivoluzionaria, Filippo Buonarroti scelto a modello di orientamento politico dai ribelli riograndensi fra cui Garibaldi lottò per alcuni anni con fedeltà e valore.

4. Gli anni italiani. Fra Dittatura e Repubblica

Più nota al pubblico è la storia di Garibaldi dalla data del suo rientro in Italia.

Giunge a Nizza il 21 giugno 1848 e 2 giorni dopo il periodico torinese *La Concordia* pubblicava le seguenti dichiarazioni che avrebbe fatto all'arrivo: "di non essere repubblicano, ma italiano e pronto a versare l'ultima goccia del suo sangue pel re e per l'Italia". (32)

Certamente queste dichiarazioni giornalistiche non fanno testo, ma il loro significato, diciamo, tattico è pienamente confermato dagli eventi sopravvenuti almeno fino alla infelice conclusione della seconda fase della I Guerra di Indipendenza (agosto 1848) ed oltre.

Maturano fatti nuovi. Garibaldi, come scrive a Ferdinando di Savoia, Luogotenente Generale Comandante la Prima Divisione di Riserva, da cui dipendeva, si dichiara disposto: "a continuare la guerra contro il nemico, in Lombardia e dovunque sia più conveniente"... (33)

Ma deve arrendersi all'evidenza ed, amareggiato per la conduzione delle operazioni militari e per le vicende politiche che ne seguirono, volge la sua attenzione ad altre possibili soluzioni per il riscatto italiano: quella di una costituzione repubblicana.

Garibaldi che, il 24 ottobre 1848, si apprestava a partire per Palermo (34), per partecipare al rafforzamento di uno Stato che con il Decreto del 13 aprile 1848 si era scelto un regime monarchico costituzionale, stabilisce, invece, di correre in soccorso di una città in pericolo, Venezia, ma, poi, a fine novembre, a seguito degli eventi che andavano maturando in Roma, decide di consacrare il suo braccio alla causa della libertà nella capitale morale d'Italia, patria del suo spirito fin dagli anni giovanili. Come scrive a Gabriele Camozzi il 23 novembre, egli sarebbe partito per Venezia *senza i favorevoli avvenimenti di Roma*; ma il 20 precedente, in una lettera a Carlo Notari, aveva scritto: *Noi tutti intesteremo i nostri scritti colle parole "Costituente Italiana, Capitale Roma" e cercheremo di propagarne l'idea* (35).

Il 1° dicembre era presentato un progetto per la Costituente e quale Deputato di detta Assemblea, il 21 gennaio 1849, era eletto nella provincia di Macerata Giuseppe Garibaldi il quale, il 5 febbraio, nella riunione di insediamento domanda la parola per sapere, perché fosse soddisfatta "l'aspettazione del popolo" "qual'è la forma e il regime cui debba mirare lo Stato di qui innanzi" e dichiara testualmente riferendosi alla questione istituzionale: (36) "...Oggi la questione vitale è questione di principio; e qui

mi pare che ritardare un minuto sia un delitto, perché oggi la terza parte della nazione italiana è schiava. Esalano de' sospiri e de' lamenti da milioni di fratelli italiani. E noi qui stiamo a discutere di forme? Fermamente io credo che, dopo aver cessato l'altro sistema di Governo, quello più conveniente oggi a Roma sia la Repubblica. I discendenti degli antichi romani, i romani di oggi forse non sono capaci di essere repubblicani? Dopoché in questo recinto ha suonato presso qualcuno acre la parola di Repubblica: io ripeto: *Viva la Repubblica!*".

Il mito di Roma repubblicana ritorna. Ma Garibaldi pensando a Roma Repubblicana sogna tutta l'Italia eretta a Repubblica e la stessa Sicilia che, dopo l'atto del 3 aprile, aveva confermato la volontà della maggioranza che essa si costituisse in monarchia con il Decreto con cui nel luglio era proclamato il duca di Genova, col nome di Alberto Amedeo I, "Re dei Siciliani per la Costituzione del Regno".

Non è senza significato, e costituisce una conferma della costanza con cui Garibaldi tenne fede ai suoi ideali repubblicani, il fatto che, il 14 febbraio 1849, il Comandante della "Prima Legione Italiana" scrivesse al patriota palermitano Salvatore Aguglia in questi termini: (37) "...Sento che vi portate in Sicilia ad animare quell'Isola eroica a proclamare la *Repubblica*, quella repubblica che tanto si addice alla nostra Italia, che fu la speranza di tanti martiri, che è il desiderio cocente di tutti i buoni Italiani...".

Ma la Repubblica immaginata stavolta da Garibaldi non è una repubblica unitaria, quale la voleva Mazzini pur con le ampie autonomie da concedere alle Isole, ma piuttosto una Repubblica federale sul tipo di quella degli Stati Uniti d'America.

Questa lettera assume una straordinaria importanza perché indica un nuovo orientamento dottrinario e costituzionale in Garibaldi, dovuta alla esigenza dei tempi e alla constatazione che difficilmente, fra tante divisioni e tanti egoismi che si manifestavano veementi fra gli esponenti dei Governi rivoluzionari, si sarebbe potuto giungere, in repubblica, ad uno stato accentrato ed unitario che coprisse l'interno territorio nazionale.

La lettera, infatti, così continua: "...Noi che abbiamo esposto la vita per effettuare la Repubblica in Italia e che abbiām giurato di offrire le nostre vite in olocausto per sostegno di essa, non chiediamo dagli Stati italiani alcun sacrificio, come lo chiedevano i re per fare una l'Italia; noi offriamo invece sostegno, aiuto, forza per conservare ad ognuno la propria libertà nella loro autonomia.

Noi repubblicani restringeremo l'unità nella sola armata e nella diplomazia, nell'interesse di tutta l'Italia una; ma rispetteremo e faremo rispettare la loro indipendenza e libertà in tutto il resto: noi offriamo vantaggi immensi senza richiedere alcun sacrificio. Ecco che cosa sarà la Repubblica degli *Stati Italiani*.

Si mediti su queste parole: unità nella sola armata e nella diplomazia... indipendenza e libertà in tutto il resto...

Repubblica degli Stati Italiani, ovverosia *Stati Uniti d'Italia*.

Ma il nemico era alle porte e 4 eserciti marciavano su Roma. In che veste, ci chiediamo, Garibaldi poteva proporre ai Siciliani questo suo messaggio di rinnovamento politico?

Garibaldi non smentisce mai se stesso: egli si erge quale l'emulo di Mazzini per offrire una soluzione più realistica ai casi e problemi istituzionali italiani: unica proposta da fare, unica soluzione da proporre. Nessun sacrificio come quello che avrebbero chiesto (e chiesero in effetti) i re, cioè di assoggettare i popoli unificati al loro trono; invece libera scelta che poteva venire soltanto da un popolo, da un paese, che aveva dimostrato di sapere e poter lottare per la sua autonomia ed indipendenza. La redenzione d'Italia doveva partire dalla Sicilia. E, infatti, Garibaldi scrive: *"Oh si! compite voi quest'opera, rendete un gran servizio alla vostra Patria, vi procaccerete un titolo immenso verso di lei"*.

Garibaldi di lì a qualche anno avrebbe con spirito realistico rivolto ancora ad altra meta i suoi intendimenti e sarebbe sbarcato in Sicilia per conquistare un regno ed offrirlo a Vittorio Emanuele II ed alla sua dinastia.

Ma di lì a pochi mesi, il 2 giugno 1849, quando già le sorti del conflitto volgevano a favore dell'esercito francese dell'Oudinot la di cui potente forza d'urto i legionari di Garibaldi e le milizie cittadine e straniere, accorse da ogni contrada, cercavano, ma invano, di arginare, Garibaldi, dinanzi al pericolo estremo, nella sua qualità di Comandante della Prima Divisione di volontari della Repubblica Romana rivolge questa breve lettera (che appare, per la sua stringatezza, piuttosto una invocazione) al Cittadino Mazzini, Triunviro: (30) *"Mazzini, Giacché mi chiedete ciò ch'io voglio, ve lo dirò: qui io non posso esistere, per il bene della Repubblica, che in due modi: o dittatore illimitatissimo, o milite semplice, ed invariabilmente. Scegliete. Vostro..."*.

Parole che nella loro concisione indicano tutta l'entità della tragedia che andava maturando per Roma e del crollo di tante generose illusioni. Ma così come parecchi anni prima Mazzini aveva reagito con la postilla che abbiamo ricordato all'accenno del Buonarroti che un popolo in rivolta dovesse poggiarsi sul comando di un solo, allo stesso modo reagì nel 1849 quando tutto sembrava perduto ed egli era titolare di un potere reale, anche se diviso con gli altri due triumviri. Ed è significativa al riguardo l'annotazione apposta al foglio dall'altro triumviro, Aurelio Saffi, il quale scrive: *"Segreto de' dissidi l'ambizione della dittatura. Ma la dittatura avrebbe gettato il caos in Roma..."*.

Non si trattava, invero, di ambizione in Garibaldi (e la storia gli avrebbe dato ragione) ma piuttosto del convincimento che Roma avrebbe potuto salvarsi così come si salvava la Roma antica nei momenti di estremo pericolo: con il comando di un solo.

Nell'ultima redazione delle Memorie (30) egli rievoca con passionalità e veemenza quei giorni ed osserva che: *"vedendo di che modo si maneggiava la causa nazionale e prevedendo inevitabile rovina, io chiesi la dittatura; e chiesi la dittatura come, in certi casi della vita, avevo chiesto il timone di una barca, che la tempesta stringeva contro i frangenti..."*.

Quello che avvenne dopo è storia nota: Roma cadde e Garibaldi con gli uomini che gli erano rimasti fedeli e con Anita dà inizio ad una delle ritirate più drammatiche nella storia del nostro Risorgimento.

Poi, dopo alterne vicende, si giunge alla spedizione de "I Mille" ed alla dittatura.

Garibaldi nell'ultima redazione delle Memorie si riferisce in questi termini a questo evento: (40) "...Si cominciò a parlare di Dittatura ch'io accettai senza replica, poiché l'ho sempre creduta la tavola di salvezza nei casi d'urgenza e nei grandi frangenti in cui sogliono trovarsi i popoli...".

Accettai senza replica, scrive Garibaldi.

Gli eventi che provocarono la designazione sono narrati compiutamente da chi ne fu l'ispiratore, Francesco Crispi che, come appare da documenti del suo Archivio rifiuti, poi, nel volume "I Mille" a cura del Palamenghi-Crispi (41), avrebbe convinto il Decurionato di Marsala, riunitosi la sera stessa dello sbarco alla presenza di Garibaldi, a deliberare "la decadenza della dittatura borbonica dal trono di Sicilia ed a pregare" il sullodato Generale ad assumerne la dittatura, in nome di Vittorio Emanuele Re costituzionale d'Italia. Il curatore osserva a commento che Garibaldi esitò ad assumerne la dittatura, il che non risulta attraverso le annotazioni delle Memorie, che abbiamo riportato.

Siamo all'11 maggio 1860; di lì a 3 giorni, il 14, a Salemi, Garibaldi avrebbe emesso il Proclama che riporto, anche se molto noto, perché è significativo delle teorie che, a suo modo di vedere, giustificavano la dittatura e dell'ambiente storico in cui essa era resa necessaria: (42) "Giuseppe Garibaldi comandante in capo l'Armata Nazionale in Sicilia, invitato dai principali cittadini e sulle deliberazioni dei Comuni dell'Isola, considerando che in tempo di guerra è necessario che i poteri civili e militari siano concentrati nelle medesime mani. Decreta che prende la Dittatura in Sicilia in nome di Vittorio Emanuele Re d'Italia".

Avrebbe, poi, assunto il titolo di "Dittatore dell'Italia Meridionale".

Anche in questo caso si tratta di una variazione fondamentale nel concetto romano della dittatura la quale, in repubblica, doveva costituire un periodo di transizione che preludesse ad una repubblica in cui fossero divisi i poteri civili e militari. Qui ci troviamo, invece, dinanzi al caso emblematico di una dittatura che si diparte da un Governo monarchico, anche se costituzionale, e costituisce nei territori da liberare lo stato necessario di passaggio perché essi passino dalla tutela di un re a quella di un altro re.

Il che costituisce uno degli indici significativi di una evoluzione di pensiero che aderisce gradualmente alle esigenze storiche e da esse si lascia travolgere e guidare anche se fondamentalmente la repubblica assume per Garibaldi quasi l'aspetto di un miraggio di terra promessa irraggiungibile nelle presenti condizioni del Paese ma a cui i governanti avrebbero dovuto mirare con spirito devoto ed illuminato.

Noi dobbiamo, per altro, dare atto di una onestà e rettitudine di intenzioni in un uomo che non era né poteva essere un teorico o un ideologo politico in quanto, sempre e per tutta la sua vita, aveva privilegiato sul pensiero l'azione. Egli non aveva la preparazione di Mazzini e di Cattaneo e non era in grado di sapersi districare attraverso i giochi della politica, le schermaglie parlamentari che indica più volte con il termine di bizantinismi,

cioè come innecessari giochi di belle frasi e di parole che non approdano a fatti e realizzazioni concreti nei momenti più gravi di un Paese in pericolo.

Del resto questo discorso che, particolarmente sulla traccia dei suoi scritti, abbiamo fatto relativamente alle ideologie repubblicane di Garibaldi potrebbe essere fatto (ed è stato fatto) sul complesso problema delle sue ideologie ed aspirazioni socialiste.

Il discorso ci porterebbe troppo lontano se volessimo esaminare la serie dei suoi scritti, particolarmente della tarda età, in cui si riferisce alla dittatura.

Oltre le osservazioni già riportate nel corso di questa relazione, mi piace concludere con due documenti, che ritengo di notevole importanza. Il primo è costituito da una lettera significativa che Garibaldi scrisse, da Caprera, il 18 maggio 1861, al conte di Cavour, in cui, dopo di essersi riferito a personaggi che, a suo parere, erano stati "dittatori ma non soldati" (Kossuth, Manin, Guerrazzi, Mazzini) auspica un connubio fra il Cavour e Vittorio Emanuele, cioè fra il seno e il braccio d'Italia perché essi, uniti, "formino quell'Intiero potente che solo manca oggi alla Penisola!".

Ed aggiunge testualmente: "Io sarò il primo a gettare nel Parlamento la voce di Dittatura, indispensabile nelle grandi urgenze. Dar a Vittorio Emanuele l'Esercito-Nazione e chiamare accanto a lei gli uomini capaci di realizzarlo. L'Italia darà con entusiasmo quanto si abbisogna. Ecco le garanzie che ci faranno gettare ciecamente nelle braccia di una Dittatura...".

L'incongruenza di alcune asserzioni, l'impensabilità che potesse manifestarsi in Italia una diarchia a carattere dittatoriale sorprende invero, ma non più di quanto possa sorprenderci la asserzione che potesse considerarsi repubblica il regno della Regina Vittoria purché, come abbiamo scritto al principio di questo nostro esame, ne fossero contenti i cittadini!

Né ci sorprende che, se pur in tempi difficili per il Paese, possa avere accomunato il nome di Vittorio Emanuele II a quelli di un Cincinnato o di un Washington, come scrisse il 5 settembre 1859 agli esponenti del Municipio di Modena: (44) "...Quando la Provvidenza vuol redimere un popolo li getta là un Camillo, un Cincinato, un Washington. Oggi, essa gettò tra di noi Vittorio Emanuele, e le nazioni che sanno conoscere tali uomini, e serrarvisi intorno sono degne d'essere redente...".

E' lo stesso re per cui, nella seduta del 10 aprile 1861, (45) dichiarerà solamente, rispondendo a sollecitazioni di Bettino Ricasoli: "La mia devozione ed amicizia per Vittorio Emanuele sono proverbiali in Italia..." e per cui, ripetutamente, manifesterà sentimenti di stima, di affetto e di devozione pur non astenendosi, talvolta, dal pronunciare acerbe critiche contro la Monarchia in Italia e, in genere, contro il sistema monarchico.

G. manifesta ripetutamente, per altro, la sua fede repubblicana che costituisce uno dei più grandi ideali della sua vita. (46)

Ma così come, il 25 giugno 1848, egli aveva dichiarato ai suoi concittadini che, "giammai", era stato "partigiano dei re!" (47) pochi giorni dopo, il 3 luglio, avrebbe dichiarato: "...Io fui repubblicano; ma quando seppi che Carlo Alberto si era fatto

campione d'Italia, io ho giurato di ubbidirlo, e seguitare fedelmente la sua bandiera. In lui solo vidi riposta la speranza della nostra indipendenza..." ed avrebbe, in ogni circostanza, sostenuto la tesi che era preminente la soluzione dei problemi che si riferivano alla libertà ed indipendenza del Paese piuttosto che quelli che si riferivano al suo assetto istituzionale. (48)

Garibaldi non contraddice se stesso quando ripetutamente, non soltanto negli anni giovanili ma anche nell'età tarda e negli anni del tramonto, rivendica il titolo e l'onore di essere repubblicano.

Il 10 novembre 1868, da Caprera, incuora gli "amici di Spagna" perché proclamino immediatamente la repubblica federale e nominino un dittatore per due anni; (49) il 24 successivo, scrivendo ai suoi elettori della Gallura, si definiva *vecchio repubblicano di principii e di fatti*, il 1° novembre, scrivendo ad amici, si dichiara onorato "di appartenere alla più bella e migliore delle istituzioni: La Repubblica"; e riferendosi, nel novembre 1870, agli amici francesi avrebbe avuto parole che avrebbero riportato il suo atteggiamento agli anni delle sue imprese giovanili nell'affermare che "la santa causa della Repubblica, che noi oggi difendiamo assieme, è non soltanto la causa della Francia ma dell'umanità intera". (50)

Egli colora di significati il suo concetto della Repubblica, che sono morali piuttosto che sociali e politici, (51) quando afferma (13 febbraio 1871) che *La Repubblica è il governo delle genti oneste*, concetto questo che conferma in uno dei suoi "ricordi e pensieri" quello che si riferisce alla "Estensione del voto" in cui afferma testualmente: (52) "Il sistema Repubblicano è eletto dalla Nazione... Nel sistema Repubblicano deve necessariamente prevalere il suffragio Universale...".

Nel suo "Testamento politico", riferibile al 1871, (53) Garibaldi al punto 4 afferma: "Io spero di vedere il compimento dell'Unificazione Italiana" ma al punto 6 testualmente dichiara: "Potendolo, e padrona di se stessa, l'Italia deve proclamarsi repubblica...".

Parole dense di significato ma che non collocano, malgrado i nostri tentativi, l'istituzione repubblica nell'ambito più vasto di una dislocazione sociale ed umana tanto, ad es., che questa aspirazione ad un governo ideale, che oscilla fra repubblica e dittatura, fra monarchia costituzionale ed illuminata e dittatura quale premessa alle più pure forme repubblicane, non porta il suo autore a spingere innanzi lo sguardo verso un complesso di avanzamenti e riforme che possano presupporre in Garibaldi un accenno al riformismo sociale cui era stato avviato fin dai giovani anni. (54)

5. Conclusioni

Nella varietà di formule e di concezioni sugli ordinamenti repubblicani che pare, talvolta, si contraddicano emerge in Garibaldi una uniformità di intendimenti per quanto si riferisce ai suoi ideali repubblicani che aderiscono intimamente al suo aprirsi a realtà sempre nuove e al rapido cambiamento di interessi storici.

Garibaldi, per altro, rimane il repubblicano dei suoi giovani anni, quello legato da una

parte al mito di Roma nel suo periodo consolare e dall'altra a quello di Mazzini nei suoi concetti di repubblica unitaria.

Più tardi dinanzi alla constatazione della realtà che si presentava dinanzi ai suoi occhi nei paesi americani ed al conflitto violento fra assolutismo e governo costituzionale, Garibaldi scopre una nuova via che gli era, per altro, indicata, anche, dall'esperienza dell'antica Roma: quella della dittatura non fine a se stessa ma foriera ed anticipatrice di un governo libero che miri al benessere dei cittadini.

Questo stato transitorio è compatibile con le esigenze dell'uomo afflitto da particolari passioni di dominio, di sopraffazione e di potenza nei periodi più drammatici ed intensi della vita di un popolo. Contro queste passioni può reagire, nei periodi di emergenza, un uomo solo un *Dictator* il quale prepari i cittadini, attraverso un uso illuminato dei suoi poteri civili e militari, all'esercizio delle libertà costituzionali con la classica ed ordinata tripartizione dei poteri dello Stato.

Sia che si tratti di Massimo o di Cincinnato, sia che si tratti di Washington, di Bolívar, di Bento Gonçalves, dello stesso Garibaldi, quest'uomo deve tendere anzitutto, rimanendo al di fuori ed al di sopra delle parti, al benessere futuro dei suoi concittadini, una volta superato il periodo di transizione.

Filippo Buonarroti insegnava questi concetti e si fondava su questi principii riferendosi ad un Paese in rivolta contro l'oppressione. Ma per questo Garibaldi ritorna al concetto romano, tanto che richiese la dittatura a Roma nel 1849 e l'accettò di buon grado (se pur non l'avesse sollecitata) nel 1860 quando gli fu offerta dai Decurioni della città di Marsala per iniziativa del Crispi.

La dittatura appare a Garibaldi quasi la panacea di molti mali; ma egli, contrariamente a quanto aveva scritto e fatto Mazzini nel 1832 e nel 1849, non si era posto dinanzi alla ipotesi che, come tante volte è avvenuto nel corso della storia, anche la più recente, la dittatura transitoria potesse trasformarsi nella più cruda delle tirannidi.

La dittatura per Garibaldi è, invece, un governo illuminato, consapevole, saggio quando essa fosse caduta sull'uomo giusto. E per questo molteplici erano gli insegnamenti della storia.

Che Garibaldi avesse potuto considerare Repubblica una monarchia ereditaria purché confortata dal consenso della maggioranza del popolo (ad esempio quella della Regina Vittoria) è una di quelle incongruenze che debbono rimproverarsi al sistema ed alla ideologia repubblicani immaginati da Garibaldi.

Ma egli non è un teorico, un ideologo il quale debba creare un sistema politico che costituisca una norma di condotta. E' un uomo di azione che volge la sua strategia politica e dottrina lasciandosi guidare dalle circostanze e dalla storia e orientando la sua azione politica in vista di un bene massimo costituito volta e volta dalla Patria, dal benessere dei cittadini, dal riscatto dei poveri, dalla libertà, dalla indipendenza e da altri temi e miti che si imporranno nella sua personalità e nel suo carattere improntati ad un grande senso di autonomia intellettuale e di disinteresse per i sistemi.

Da ciò, anche, derivano i vivaci contrasti con Mazzini ed i Mazziniani che, a suo

modo di vedere, deterrebbero illegalmente il monopolio del repubblicanesimo ed il suo aderire alle "voci" della maggioranza quando di questa egli aveva bisogno per la sua azione militare e politica.

Fare di Garibaldi un teorico sarebbe un errore. Egli è un uomo che sente fortemente le passioni di parte ed a queste volge la sua azione; ma è anche un uomo retto ed onesto che tenne fede per tutta la vita ai suoi principii repubblicani anche se spesso, durante il corso di essa, era stato costretto a modificarli trasformandosi in uno dei più saldi puntelli di troni.

Quali fossero, poi, i contenuti di questa Repubblica che Garibaldi auspicava, se essa dovesse essere la Repubblica di Mazzini, unitaria o quella federale cui spesso si riferisce; quali fossero o dovessero essere i suoi contenuti, se cioè dovessero essere in essa raccolti e compresi gli ideali, le aspirazioni, i programmi degli ideologi di formazione socialista con cui era entrato direttamente o indirettamente in contatto (dal Barrault al Saint-Simon) o delle istituzioni cui si era accostato o con cui aveva collaborato (la Lega per la pace e la libertà, l'Associazione internazionale dei lavoratori, ecc.), o quanto avesse derivato, per come scrive il Briguglio, già citato, dalla lezione della Comune di Parigi: sono problemi ed argomenti che sfuggono alla nostra indagine ma che hanno avuto notevole rilievo nell'anno del centenario della morte.

Garibaldi, anche se non può darci un sistema che si riferisca ai suoi intendimenti sul concetto di repubblica, interpreta, attraverso un'azione politico-militare che si sviluppa ininterrottamente dal 1834 al 1882, per circa un cinquantennio, ideali, passioni speranze di una gran parte del popolo italiano con una immediatezza, onestà di propositi e di intendimenti che fanno corrispondere intimamente all'azione la progressione della sua evoluzione ideologica o questa a quella.

Chiedergli di più sarebbe un grave errore e non renderebbe giustizia ad uno degli uomini "fattori di storia" dei tempi moderni di cui dobbiamo seguire intendimenti e concetti saldi e coerenti con la realtà del suo tempo pur nella contraddittorietà e, talvolta, nell'ambiguità o, meglio, nella provvisorietà circostanziale, del maturare ideologico dei suoi convincimenti.

NOTAS:

- (1) I documenti fondamentali per questa Ricerca sono costituiti anzitutto dai 6 volumi della "Prima Edizione nazionale degli scritti di Giuseppe Garibaldi" nel testo della Cappelli di Bologna editi negli anni 1932-1937. Per i primi due volumi, che si riferiscono alle "Memorie", abbiamo tenuto presenti le due redazioni (fra le tante note) utilizzate dalla "Reale Commissione", la prima genericamente indicata con il titolo *Le Memorie di Garibaldi in una delle redazioni anteriori alla definitiva del 1872* (è la terza redazione cui G. attese in massima parte sulla fine del 1859) e la seconda che è, appunto, la redazione definitiva del 1872. Seguono alle "Memorie" il volume *I Mille* (1870-1872) e i 3 volumi degli *Scritti e discorsi politici e militari* (IV-V-VI) che vanno dal 1838 al 1882. Questa indagine utilizza, inoltre, i testi dei primi 4 volumi dello *Epistolario di Giuseppe Garibaldi*, finora apparsi, editi fra il 1963 e il 1982, a cura della nuova "Commissione editrice per gli scritti di Garibaldi" dallo "Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano", (Voll. VII-X della Edizione Nazionale). Ho tratto, inoltre, per questo saggio dati e notizie

significativi dall'opera *Garibaldi in Parlamento*, Vol. I, *Dalla Repubblica Romana ad Aspromonte*, Vol. II, *Dalle dimissioni del 1864 alle commemorazioni in morte*, Roma, edita dalla Camera dei Deputati, 1982, pp. XIV-1128-841, a cura di Silvio Furlani. Sono stati, inoltre, utilizzati altri testi che andremo citando in nota.

- (2) *Passim*, nelle pagine iniziali delle due redazioni dell'Edizione nazionale delle *Memorie*, nel capitolo dal titolo: "I miei primi anni".
- (3) Nel capitolo dal titolo: "I miei primi viaggi", p. 9. Nella redazione definitiva del 1872, p. 23, il concetto è confermato, anzi rafforzato e reso più incisivo: "...Capitale d'una setta, un dì, di seguaci del Giusto, liberatore di servi!, istitutore dell'uguaglianza umana, da lui nobilitata, benedetto da infinite generazioni, con sacerdoti, apostoli dal diritto de' popoli...". Ove si vede che la Roma del passato, in una esasperazione irrazionale di concetti, si trasfigurava ed elevava nella sua fantasia.
- (4) Vedasi nei due testi le pp. 10 e 24.
- (5) Nel volume *I Mille*, già citato, p. 103.
- (6) C.s., pp. 340-341.
- (7) Vedansi le *Note autobiografiche* di Giuseppe Mazzini, Ristampa della 2a. Edizione edita dal Le Monnier (Firenze, 1944), a cura di Mario Menghini, Napoli, Edizione del Centro Napoletano di Studi Mazziniani, 1972, pp. 102-103. Dette *Note* sono comprese nel Vol. LXXVII (*Politica*, Vol. XXVI), degli *Scritti editi ed inediti* di Mazzini (che d'ora innanzi citeremo con la sigla di S.E.N. *Scritti Edizione Nazionale*).
- (8) Per la valutazione di essi mi richiamo particolarmente, fra la bibliografia vastissima, alle opere di Salvo Mastellone, *Mazzini e la "Giovine Italia" (1831-1834)*, Voll. 2, Pisa, 1960, pp. 341-313 e di Giorgio Candeloro, *Storia dell'Italia moderna*, Vol. II, *Dalla restaurazione alla rivoluzione nazionale, 1815-1846*, Milano, Ed. luglio 1978, che, fra l'altro, nel cap. dedicato a Mazzini e il programma della *Giovine Italia* (pp. 195-224) delinea opportunamente quali fossero gli argomenti mazziniani a favore della Repubblica nel programma della "Giovine Italia".
- (9) Cfr. *Le Memorie...*, già citate, nella redazione definitiva, p. 27.
- (10) G.B. Cuneo, *Biografia di Giuseppe Garibaldi, compilata da... Deputato*, Torino, 1850, p. 16.
- (11) Il Convegno si è svolto nel novembre 1982. Sul tema del *credente* e dell'affiliazione di G. alla "Giovine Italia" esiste una vasta letteratura. Sulla identificazione del *credente* e sui rapporti fra G. e G. B. Cuneo, nonché sull'influsso che avrebbero potuto esercitare sulle scelte di G. Emile Barrault ed il programma Saint-Simoniano, riferisce ultimamente Romano Ugolini, *Garibaldi. Genesi di un mito*, Roma, 1982, pp. 41 ss.
- (12) In S.E.N., XX, *Epistolario*, X, p. 274.
- (13) S.E.N., XX, *Epistolario*, X, p. 350.
- (14) Trattasi del settimanale *L'Italiano* che il Cuneo pubblicò in Montevideo, dal 22 maggio 1841 al 10 settembre 1842. Ripeteva nel titolo un giornale mazziniano e come quello portava nella testata la leggenda: *G(iovine) I(talia). Libertà, Uguaglianza, Umanità, Indipendenza, Unità*.
- (15) Nella II Appendice del Vol. II delle *Memorie* dell'Ediz. Naz., pp. 617-631 lo scritto è pubblicato con il titolo: *Ai miei concittadini: due parole di storia*. Esso deriva dall'autografo che si conserva nel Museo del Risorgimento di Milano. Era stato pubblicato da E. Curatulo, in *Il dissidio fra Mazzini e Garibaldi* (Milano, 1928).
- (16) Nel volume sopra citato, p. 11.
- (17) Vasta è la bibliografia sul tema della presenza di Garibaldi in America. Mi limito a citare alcune opere che illustrano specificamente quel periodo, fra i più intensi della vita del patriota nizzardo: Ivan Boris, *Gli anni di Garibaldi in Sud America, 1837-1848*, Milano, 1970, p. 384; Carlos F. Barraza, *Brown y Garibaldi. Las luchas por el dominio del Río Paraná durante la guerra entre Rosas y Rivera*, in *Anuario de la "Sociedad de historia argentina"*, Buenos Aires, 1943, Vol. IV, pp. 161-214; Ricardo E. Cailliet-Bois, *Garibaldi en el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1948, p. 47; Salvatore Candido, *G. Garibaldi corsaro riograndense (1837-1838)*, Roma, 1964, pp. XI-249; ID., *Giuseppe Garibaldi nel Río della Plata, 1841-1848*, Vol. I, *Dal ritorno a Montevideo alla spedizione "suicida" nel Río Paraná, 1841-1842*, Firenze, 1972, p. 311; ID., *Giuseppe Garibaldi sulla via del ritorno in Italia (aprile 1848)*, in *Rassegna Storica del Risorgimento*, LV (1968), IV, pp. 548-572; Lindolfo Collor, *Garibaldi e a Guerra dos Farrapos*, Rio de Janeiro, 1938, pp. XXXIII-501; Gaio Gradenigo, *Garibaldi in America. Con il Diario della Legione Italiana di Montevideo*, Montevideo, 1969, p. 138; Setembrino E. Pereda, *Garibaldi en el Uruguay*, t.3, Montevideo, 1914-1916, pp. 363, 343, 345; Wolfgang Ludwig Rau, *Anita Garibaldi, O perfil de uma Heroína Brasileira*, Florianópolis, 1975, p. 524; Leonardo Miguel Tortorolo,

- La Legión Italiana en el Uruguay. Síntesis histórica*, Montevideo, 1923, p. 115.
- (18) Su questo giornale vedasi il mio *L'azione mazziniana in Brasile ed il giornale "La Giovine Italia" di Rio de Janeiro (1836) attraverso documenti inediti o poco noti*, in *Bollettino della "Domus Mazziniana"*, XIV (1968), n. 2, pp. 3-66.
- (19) *Ibidem*, pp. 23-25.
- (20) Nel 1° Vol. dell'*Epistolario* dell'Ediz. Naz., già citato, pp. 7-10.
- (21) *Ibidem*, pp. 11-12.
- (22) *Ibidem*, p. 14.
- (23) Sul problema della dittatura e sull'influenza esercitata in Francia, nel periodo post-napoleonico, dal Buonarroti, dal Babeuf, dai giacobini e liberali repubblicani vedasi Salvo Mastellone, *Il problema della dittatura in Francia nella prima metà dell'ottocento*, in *Il pensiero politico*, I (1968), n. 3, pp. 381-407.
- (24) In *La Giovine Italia*, Marsigila; t. V, 1832, pp. 39-51.
- (25) In *Memorie*, t. II, p. 128.
- (26) Sul programma e gli ideali della "Giovine Generazione Argentina", comunemente nota come "Generazione dei proscritti", vasta è la bibliografia argentina. Mi limito a citare Jorge M. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires, tomi 2, 1973, p. 1211. Di essa fecero parte alcuni fra i personaggi più significativi delle lettere e della politica argentina, parecchi dei quali avrebbero assunto, poi, in regime costituzionale posizioni di primo piano nella vita di quel Paese. Citiamo, fra gli altri, lo stesso Alberdi, Miguel Cané, Bartolomé Mitre, Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez. Vedasi al riguardo il mio *Quattro lettere inedite di Bartolomé Mitre a italiani esuli in America: G. B. Cuneo e Luigi Rossetti*, in "Studi sul mondo latinoamericano", edito nel 1981 dal "Centro di Studi Americanisti", di Roma, pp. 127-143.
- (27) Ad es., in una lettera, presumibilmente inviata il 13 febbraio 1871 al Ministro francese della guerra, in cui annuncia le sue dimissioni di Comandante in capo dell'Armata dei Vosgi, Garibaldi scrive testualmente: *Aussi que l'honneur est indispensable au système Republicain le vice et la corruption sont inseparables des Monarchies... L'avantage des Monarchies sur la République c'est la concentration du commandement. Une direction seule porte une délibération subite suivie de l'exécution instantanée, avantage précieux sur les délibérations contestées et lentes du Bisanisme* (Scritti e discorsi politici e militari 1868-1882, già citato, Vol. VI dell'Ediz. Naz., pp. 83-84).
- (28) Nel 1° volume dell'*Epistolario* già citato (Vol. VII dell'Ediz. Naz.), pp. 245-247, 258-259.
- (29) Nel Vol. VI dell'Ediz. Naz., la III Appendice (pp. 481-504) è dedicata agli "Scritti contro Mazzini e i Mazziniani". In una lettera inviata, il 17 luglio 1848, da Mazzini a Goffredo Mameli (S.E.N., XXXV, Epist., XIX, pp. 247-249), leggiamo: *Garibaldi professa essere sempre lo stesso; né io leggo nella sua coscienza. Il fatto è che ha rinunciato alla via ch'ei si era scelta in accordo con me, per prendere la solita; e gli frutterà disinganni atroci...* Il dissidio fra i due personaggi investe oltre che gli aspetti essenziali della dinamica politica anche, e soprattutto, quelli sostanziali delle ideologie e della previsione del quadro istituzionale entro cui avrebbero dovuto collocarsi i Paesi italiani dopo il conseguimento della loro libertà e unità nazionale.
- (30) Nel Vol. VI, già citato, dell'Ediz. Naz. degli Scritti, pp. 13-14.
- (31) Vedi nota 15.
- (32) Vedi nella lettera del Mazzini a Giuseppe Lamberti, del 3 luglio 1848 (S.E.N., XXXV, Epist., XIX, la nota apposta alla p. 243).
- (33) In *Epistolario*, Vol. II, 1848-1849 (VIII dell'Ediz. Naz.), Roma, p. 20 (Ediz. dell'Istituto per la St. del Risorgimento Italiano, a cura di Leopoldo Sandri).
- (34) Vedansi al riguardo, nel Vol. II dell'*Epistolario*, già citato, le due lettere del 24 ottobre 1848 in cui Garibaldi annunzia ad Alessandro Monti e Carlo Ricardi che partiva per Palermo, affermando nella prima che: *Io servirò la causa italiana ovunque; io amo gl'Italiani, a qualunque parte d'Italia essi appartengono...* (p. 30-31). La lettera a Francesco Carpaneto, dello stesso giorno (p. 31), indica che si trattava di spedizione militare in corso di allestimento.
- (35) Nel Vol. II dell'*Epistolario*, sopra citato, pp. 45, 46.
- (36) In *Garibaldi in Parlamento*, già citato, pp. 1-2.
- (37) E' lettera fondamentale per notare la progressione nel tempo degli ideali repubblicani di Garibaldi e le tappe di un processo che possiamo definire, per le sue alternanze, involutivo. Detta lettera trovasi nell'Archivio di Stato di Palermo e fu pubblicata per la prima volta da Vittorino Cosentino di Rondè, in *Il fondamento storico dell'attuale agitazione siciliana. Antologia storico-politica di documenti poco*

- noti riguardanti il secolo XIX, Roma, Ed. La Capitale, 1946, pp. 167-168. Qui la deriviamo dal già citato Vol. II dell'*Epistolario*, che la pubblica nelle pp. 83-84.
- (38) Nel Vol. II dell'*Epistolario*, già citato, p. 172.
- (39) Cfr. *Le Memorie...*, già citate, nella redazione definitiva, p. 291.
- (40) *Ibidem*, pp. 424-425.
- (41) Francesco Crispi, *I Mille (da documenti dell' Archivio Crispi)*, a cura di T. Palamenghi-Crispi, Milano, 1911, p. 409.
- (42) *Ibidem*, pp. 126-127. Il predetto volume si riferisce più volte al titolo ed ai poteri assunti da Garibaldi e, nelle pp. 338-339, pubblica la nobile lettera con cui, il 29 ottobre 1860, il Dittatore rimetteva il *supremo potere* nelle mani di Vittorio Emanuele II. Vedansi anche, al riguardo della dittatura di Garibaldi, Francesco Brancato, *La dittatura garibaldina nel Mezzogiorno e in Sicilia*, Trapani, 1965, p. 393 e Carlo Tivaroni, *Garibaldi e la dottrina della dittatura*, in *Rivista Storica del Risorgimento Italiano*, a. II (1898), VII-VIII, p. 8.
- (43) Detta lettera non fu inserita dalla Prima Commissione chiamata a pubblicare gli scritti di Garibaldi nel IV volume dell'edizione nazionale, comprendente gli scritti dal 1838 al 1861, ma, in edizione facsimilare, fra le pp. 280 e 281 del Vol. I delle *Memorie*. Il documento di 4 pagine (che sarà senza dubbio inserito nel Vol. dell'*Epistolario* che comprenderà le lettere di detto anno, non ancora pubblicato), che è sicuramente ed integralmente di pugno di Garibaldi, proviene dall'Archivio di Stato di Torino. La predetta Commissione lo inserì con il titolo: "Lettera di Garibaldi a Cavour, il 18 maggio 1861 per offrire la dittatura al Re e al suo Ministro".
- (44) Nel Vol. IV dell'Ediz. Naz., p. 189.
- (45) Nel t. I di *Garibaldi in Parlamento*, già citato, p. 93.
- (46) Sugli ideali di Garibaldi abbiamo, anche, consultato i seguenti due scritti di fine secolo: Vincenzo Navarra, *Garibaldi e i suoi ideali*, Livorno, 1889, p. 44 e Luigi Ratti, *Gli ideali di Garibaldi e i partiti politici liberali*, Cremona, 1887, p. 36. Il primo autore si astiene dal trattare della fede politica di Garibaldi, ritenendola una discussione oziosa (bizantinismo), in quanto il personaggio apparteneva al partito della libertà e il farne un uomo di parte avrebbe travisato la storia; il secondo autore si riferisce agli ideali seguenti: la fede nell'umanità e nell'avvenire, l'indipendenza dalle parti, l'amore della libertà, la salvaguardia e difesa dei diritti dell'uomo.
- (47) Nelle "Parole dette nell'Albergo di York a Nizza", pubblicate nel t. IV, già citato, dell'Edizione Nazionale, p. 87.
- (48) *Ibidem*, p. 48. Nello stesso volume si pubblicano: a) il "Proclama" inviato, il 23 luglio 1849, agli "Italiani del Centro", in cui afferma che... "noi non dobbiamo staccarci dal sacro programma: Italia e Vittorio Emanuele" (p. 185); b) la lettera con cui, il 14 dicembre successivo, scrivendo a Ladislas Mickiewicz, redattore del giornale *L'Esperance* di Ginevra, affermava esplicitamente che in Italia Vittorio Emanuele costituiva la *seule combinaison politique capable d'établir l'avenir de la patrie sur des bases durables et assurer la tranquillité d'Europe*.
- (49) Vedansi nel Vol. VI dell'Ediz. Naz., più volte citato, le pp. 13-14, 18, 31.
- (50) *Ibidem*, p. 61. Garibaldi scrive testualmente: *La sainte cause de la République que nous soutenons ensemble aujourd'hui est non seulement la cause de la France mais de l'humanité entière...*
- (51) *Ibidem*, in un "Programma" redatto a Bordeaux inviato ad amici che lo avevano richiesto circa la norma di condotta da tenere nell'Assemblea.
- (52) Nel predetto vol. VI la Commissione editrice pubblicò, nella IV Appendice, una serie di "Scritti politici e sociali vari" fra cui questo dal titolo "Estensione del voto" (pp. 557-559). In questa Appendice sono inclusi gli scritti dal titolo "Considerazioni sociali", "Sulla questione sociale", "Considerazioni politiche" su cui non mi soffermo in quanto in detti scritti non ci sono indicazioni di contenuto istituzionale. Per quanto si riferisce a detti contenuti e programma in Garibaldi si rimanda al volume di Letterio Briguglio, *Garibaldi e il socialismo*, Milano, 1982, p. 214 che esamina gli apporti dati dalle varie correnti socialiste al pensiero sociale di Garibaldi fin dai suoi giovani anni. Ma un riferimento di contenuti sociali negli ideali repubblicani di Garibaldi, che qualcuno potrebbe raccomandare e proporre, costituirebbe una palese deviazione dai contenuti dichiarati degli "ideali repubblicani" di questi.
- (53) *Ibidem*, pp. 316-318.
- (54) Frequenti in detto volume sono i riferimenti. Poco prima della morte, in un messaggio "Ai miei elettori del 1° collegio di Roma" (pp. 296-299), Garibaldi afferma, fra l'altro: *I Sabaudi un po' per interesse proprio, un po' per patriottismo, servirono di centro intorno a cui ci radunammo quanti volevamo una*

patria forte e rispettata. I Repubblicani, fra cui mi onoro di contare, facendo provvisoriamente tacere i loro convincimenti si accinsero lealmente all'opera. Essi fecero il loro dovere, esigendo dalla monarchia soltanto che facesse il bene del paese... Egli dichiara di essere di principii Repubblicanissimo in un suo scritto dal titolo "Poche parole alla Monarchia" scritto verso il 1869 (pp. 520-521) e *Italiano, Repubblicano e figlio della Religione del vero...* si definisce nello scritto dal titolo "Alcune parole ai miei concittadini" (pp. 541-545) attribuibile ad anno successivo al 1870. E potremmo continuare con altri riferimenti. Per altro più volte G. esprime concetti vivacemente ostili ai mazziniani ed ai repubblicani puri che si ritenevano esclusivi depositari del verbo e contro le loro altisonanti dottrine di Repubblicanismo di cui tengono il monopolio (nello scritto dal titolo "Società moderne, settembre 1872", pp. 492-498).

Roma Capital: ilusión y realidad

Giampaolo Colella

El Risorgimento, más allá de todo enfoque de carácter ideológico, puede concebirse como la materialización de una soberbia pasión política que supo aglutinar las fuerzas más diversas para culminar en dos hitos: la proclamación del Reino de Italia y la anexión de Roma para ser su capital.

Sin embargo, así como muchos entendían que una Italia unida era una utopía, otros tantos opinaban también que la Roma del rey sería incompatible con la Roma del papa y que la capital de la catolicidad no podía ser al mismo tiempo la capital política de un estado como cualquier otro. Creían que el papa, para ejercer su ministerio espiritual, necesitaba la "garantía" de un territorio propio y soberano, que le mantuviera aislado de los quehaceres y de los peligros peculiares de la capital de un estado moderno, lejos de toda problemática social, inoportuna para el correcto desempeño de su mandato.

Por su parte, el patriciado romano, con todos los que orbitaban a su alrededor, intuía certeramente que el traslado de la capital a Roma y la consiguiente "invasión" de la aristocracia piamontesa modificaría sin dudas aquella posición privilegiada de la que había gozado a lo largo de tantos siglos bajo los papas.

Finalmente los había que con más fina intuición política, católicos o laicos, se preocupaban por las implicancias internacionales que la anexión de Roma podría significar. Ellos temían que la afrenta al papa desposeído suscitaría la ira de las grandes monarquías católicas de Europa, primera entre todas esa Francia napoleónica, en la cual el partido clerical tenía un peso determinante. La misma unidad de Italia podría quedar comprometida y parecía prudente por lo tanto no insistir en una actitud que un sano realismo político señalaba erizada de peligros y de dificultades.

Pero también había algunos que opinaban en función de conceptos que, con el tiempo, se daría en llamar anti-romanos. El católico De Gismondis, en un artículo aparecido en 1868 en la Rivista Universale y cuyo título emblemático rezaba "Roma non può né deve essere la Capitale del Regno d'Italia", afirmaba que la idea de Roma capital era una idea retórica, encandilante, de grandes resonancias, nacida de ideas

equivocas, de condiciones municipales, pero que no era una idea popular. Stefano Iacini -liberal, conservador, ministro de obras públicas de Cavour- consideraba que Roma no tenía la capacidad de ser la capital de un Estado moderno: tenía la historia -decía- el arte y por supuesto al papa, podía ser a lo sumo la capital "moral" del Reino, pero no la sede del gobierno. Pero quizás más sorprendente nos resulte la posición anti-romana de Massimo d'Azeglio -político, artista y patriota- cuya opinión al respecto quedó condensada en la publicación "Sulle questioni urgenti" y en la cual rechazaba todos los lugares comunes sobre la "Roma eterna" para poner de relieve el ambiente malsano de la ciudad, tradicional foco de sediciones, tumultos y discordias, expuesta a los brotes de violencia y a los intentos liberticidas.

Pero a pesar de esas voces opositoras, la gran mayoría de los italianos opinaba que sólo Roma podía ser la digna capital del Reino. Quien mejor supo exponer esta idea, con el énfasis de una verdadera opinión plebiscitaria, fue sin duda el Conde de Cavour quien en su célebre discurso ante el Parlamento del 25 de marzo de 1861 decía: "La scelta della capitale é determinata da grandi ragioni morali. E' il sentimento dei popoli quello che decide le questioni ad esso relative. L'Italia ha bisogno di Roma come Roma ha bisogno dell'Italia. L'Italia ha bisogno di Roma per distruggere lá un centro di reazione sanguinaria, ha bisogno di Roma perché Roma capitale d'Italia spegne immediatamente e distrugge le gare municipali delle grandi città; ha bisogno di Roma perché Roma capitale d'Italia é l'espressione più alta dell'unità e dell'indipendenza della nazione."

En síntesis pues, no sólo razones de índole moral y cultural, sino también razones históricas en función antimunicipalista, ya que sólo ante Roma las otras grandes ciudades, surgidas de sus antiguas tradiciones comunales, hubieran desistido de sus pretensiones de ser la capital del reino. Pero razones también de política interna porque resultaba ya evidente que en el estado pontificio, donde se habían refugiado el destronado rey de Nápoles con una parte de su corte, se alimentaba un peligroso foco sedicioso contra el país entero y era Roma la base operativa desde la cual se alentaba y subvencionaba el bandolerismo que asolaba, en clara función anti-unitaria, al sur de Italia antes aun que en función filo-borbónica. Acertadamente pues Bettino Ricasoli -sucesor de Cavour y uno de los más fervientes anexionistas- señalaba que: Roma separata dall'Italia sarà centro d'intrighi e di cospirazioni, minaccia permanente all'ordine pubblico". Y Francesco Domenico Guerrazzi iba aun más lejos afirmando que: "L'Italia senza Roma avrebbe confusione all'interno, debolezza all'estero". Junto a ellos, dos idealistas, Mazzini y Garibaldi soñaban: el primero con "la Roma del popolo", y el segundo con "la Roma rigeneratrice d'un gran popolo".

Roma capital, entre retórica patriótica y realismo político parecía configurarse aún como un sueño post-romántico, como la gran ilusión capaz de resolver por sí sola por lo menos algunos de los problemas que la unidad de Italia no había podido resolver aún.

Observa agudamente Alberto Caracciolo que el 20 de setiembre por la brecha de Porta Pia, tras los Bersaglieri, entraban sólo grandes ideas, sublimes aspiraciones políticas y morales, y que no era fácil en ese momento lleno de entusiasmo, vislumbrar



■ Caricatura de Garibaldi aparecida en el periódico satírico de Bolonia "Il pappagallo". El general pide dinero para las obras de saneamiento del agro romano. Al pie aparece el siguiente texto: "Papà Garibaldi ha presentato dei bei progetti per l'agro romano e per il Tevere. Ora non gli resta che chiedere l'obolo ai patrioti per compiere la grande opera, altrimenti non se ne fa un'acca".

una realidad más prosaica y compleja. La realidad de un Estado y de una clase política débiles y comprometidas con el pasado, que se iban a instalar en una ciudad débil también y atrasada en sus estructuras, poniendo así de manifiesto uno de los caracteres típicos de la Italia unificada. A partir de esa fecha, problemas que parecían vitales dejan de serlo y se imponen otros con brutalidad, reclamando absolutas prioridades. Da fin la vibrante aventura del Risorgimento, quedan al desnudo heridas seculares, y aparecen otras como la llamada "cuestión social". Las ideas políticas y los partidos se reestructuran, cobran nuevas dimensiones; pierden su razón de ser el "mazziniano", el "garibaldinismo" y hasta la "destra storica" y la "democrazia risorgimentale". Aparecen los transformismos parlamentarios y emergen fuerzas nuevas: el socialismo, el movimiento obrero, el sindicalismo y las primeras luchas organizadas del proletariado.

Pero ¿en qué ciudad habían entrado las tropas del General Cadorna? Roma era una pequeña ciudad de 200.000 habitantes. Ocupaba apenas una cuarta parte de la superficie encerrada en la muralla de Aureliano que ya en su época resultaba insuficiente para contener al millón de habitantes de la urbe. No poseía industrias, ni actividades comerciales dignas de este nombre, no poseía rentas que no fueran las derivadas del latifundio o del "obolo de San Pedro", o que poseyeran las diversas congregaciones religiosas. Su economía, desde siglos, era típicamente parasitaria, clientelar. La población vivía a expensas del papado y de la nobleza; escasos los artesanos y los empleados en el sector terciario, mientras que una multitud incalculable vivía de limosnas.

La ciudad, a pesar de su monumentalidad y de sus tesoros de arte, era una ciudad vieja, con un trazado urbanístico atrasado, detenido en el tiempo, ya que las últimas grandes obras públicas se remontaban al siglo XVII. Cuando a principios del siglo XIX todas las grandes ciudades y capitales europeas se renuevan bajo el empuje de la revolución industrial, Roma queda estancada. En el plano político, la ciudad parecía adormecida luego de las llamaradas revolucionarias de 1849; había vivido las últimas hazañas del Risorgimento con pasiva indolencia, nacida por un fatalismo irritante a veces, el mismo que había hecho fracasar la expedición de los hermanos Cairoli y la de Garibaldi en Mentana y que había permitido el sacrificio de la heroica Giuditta Tavani Arquati y de toda su familia. Estaba dispuesta sin embargo a rendirse a lo inevitable, con el Papa o con el Rey, embalsamada en su pasado glorioso y deslumbrante.

Y alrededor de la ciudad una campiña o el campo, el famoso "agro romano", pobre, despoblado, escuálido, como bien supieron describirlo Stendhal y Goethe en sus célebres notas de viaje. Las marismas, en las cuales el paludismo hacía estragos, llegaban hasta las mismas puertas de Roma. Los terrenos, repartidos en grandes extensiones, pertenecían en su totalidad a los Entes eclesiásticos y a la nobleza. En 1881 se censaron 2032 km² de agro y se comprobó que los mismos pertenecían tan sólo a 204 propietarios. Con una agricultura casi inexistente, la mayor parte de su riqueza, si así puede llamarse, la constituían los terrenos del norte, aptos para el pastoreo de laneros que se arrendaban a los pastores trashumantes procedentes del Abruzzo. Más al sur, en

zonas periódicamente o permanentemente anegadizas, deambulaba sólo algún escaso ganado vacuno, en su mayoría búfalos, de exhuberante cornamenta, custodiados por el no menos característico "buttero", verdadero gaucho del agro romano, conjunto pintoresco, tal como nos lo consignan algunas viejas fotografías, pero índice claro de una situación económica precaria. Los escasos trabajadores del campo, los que sembraban trigo y cebada, los que cultivaban las hortalizas o los viñedos cercanos a la ciudad, vivían en pobrísimas condiciones, habitaban chozas de paja o cuevas de "tufo", la clásica toba del Lacio en la cual se cavaron las Catacumbas. En una encuesta realizada en 1883 y promovida por una Junta encargada de estudiar las condiciones de las clases agrícolas, leemos que esos infelices "aislados de todo contacto humano, corroídos por las enfermedades, son los mártires del bienestar de los que habitan en la Ciudad". Es por ello que con lúcido análisis Antonio Gramsci acotó que la relación ciudad-campo equivale en Italia a la relación norte-sur. En el norte la burguesía es eminentemente ciudadana y ejerce una función casi estatal de equilibrio entre la ciudad y el campo. En el sur, que empieza ya en Roma, dominan formas productivas feudales y la burguesía es campesina, es decir que es, económicamente hablando, una burguesía rural. Allí - agrega - tiene sus raíces la "cuestión meridional" que, en términos extensivos, es al fin y al cabo, la cuestión italiana.

Esta ciudad, sin recursos internos, sitiada por la pobreza del latifundio, debía ser la capital de un joven reino esperanzado.

Sin embargo en esa ciudad aletargada, no todos dormían pensando que el Estado Pontificio, apuntalado por la fuerza moral del clericalismo internacional y por las armas de Napoleón III, sobreviviría a las aspiraciones anexionistas del Risorgimento.

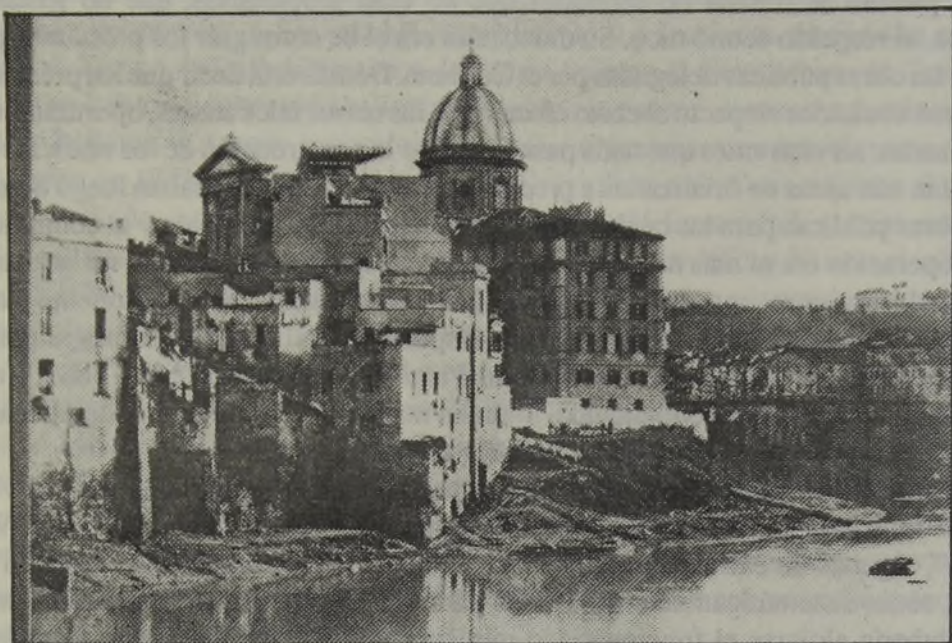
No pocos exponentes de la Curia romana intuían con claridad que la soberanía temporal del Papa estaba en sus postrimerías. Podía haber dudas sobre cual sería finalmente el compromiso entre el Papa y el Rey, cuál la relación de fuerzas entre la Tiara y la Corona, pero que Roma, tarde o temprano, pertenecería a Italia, para muchos resultaba inevitable, especialmente después del traslado de la capital a Florencia en 1865. Traslado que si bien oficialmente debía significar la renuncia formal de Italia a la conquista de Roma, en la práctica parecía ser tan sólo una marcha de acercamiento desde la lejana Turín a la ciudad Eterna. Precisamente ese primer traslado de la capital abrió los ojos a muchos aventureros económicos. Se desencadenó entonces en la pequeña Florencia una frenética especulación sobre las áreas edificables, para levantar en ellas no sólo los ministerios y las otras oficinas públicas sino también barrios enteros donde alojar a los funcionarios y empleados de todas las dependencias del estado. Era fácil prever pues que el mismo fenómeno se reproduciría con creces en Roma una vez destinada a ser la capital definitiva del Reino.

Fue así que a partir de 1865, diversas personalidades vaticanas, miembros de la nobleza negra y otros especuladores, empezaron a prepararse para los años difíciles que tarde o temprano sobrevendrían con la anexión. Y con más razón aún luego que en agosto de 1867 el Parlamento italiano aprobara definitivamente las leyes de incorporación

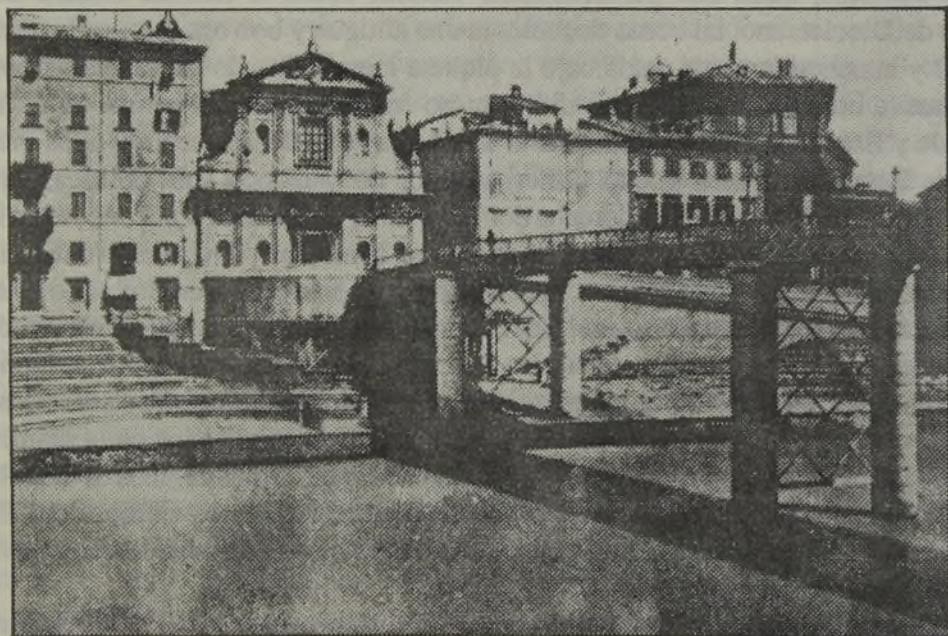
al estado de los bienes pertenecientes al patrimonio eclesiástico. Empezó así mucho antes del 20 de setiembre una discreta pero firme operación de camuflaje de los bienes urbanos y extra-urbanos de los cuales eran titulares el Vaticano, los conventos, los entes de asistencia y todo tipo de Congregaciones y Cofradías religiosas, formándose así las primeras Sociedades Inmobiliarias e instituciones bancarias que tenían una sola finalidad: servir de pantalla. Otros bienes pasaron directamente a manos de las grandes familias del patriciado romano, ya que tratándose de familias de antigua nobleza, se suponía que, si bien relegadas a un segundo plano tras la llegada a Roma de la corte piamontesa, disfrutarían igualmente de los mismos privilegios económicos y fiscales que los Savoia habían otorgado a los sobrevivientes de la nobleza borbónica que se había "convertido" a la causa italiana.

Entre los personajes que sobresalen en esta actividad especuladora cabe mencionar a monseñor François Xavier De Merode, ya que su visión del futuro lo llevó no sólo a cuidar de sus intereses personales, sino a trazar las que serían las primeras pautas de la modernización urbanística de la ciudad. Belga de nacimiento, militar y aventurero antes de ser sacerdote, a partir de 1848 ocupó los más altos cargos en el Vaticano, siendo nombrado en 1864 "eleemosynarius", en aquella época algo así como el consejero económico del Papa. Sus planes para la expansión de Roma asombran por su modernidad: en contraste con el Cardenal Antonelli, opinaba que Roma debía salir de una vez del estancamiento edilicio del siglo XVIII para transformarse en una gran capital, fuera ello con el Papa o con el Rey. Para realizar su plan, compró a título personal, o en sociedad con otros, Villa Strozzi (entre las Termas de Diocleciano y las Quattro Fontane) y otros terrenos adyacentes que pertenecían al Noviciado de los Jesuitas de San Vitale, sentando los cimientos del barrio que se dio en llamar De Merode y cuya arteria principal también llevaba su nombre: la actual Via Nazionale. Compró además Villa Altieri en el Esquilino y Villa Altoviti en los Prati di Castello. Fue así que el emprendedor De Merode, apenas cinco meses después de la brecha de Porta Pia, firmaba con el Comune de Roma, es decir con su flamante Junta Municipal, un Convenio que resultaría un verdadero acuerdo piloto para la expansión de Roma.

Los puntos salientes del Convenio eran los siguientes: el Comune reconocía el interés público de una determinada área edificable; el dueño del terreno se comprometía en ceder al Comune, a un precio "razonable" las superficies a destinarse a obras públicas y de infraestructura (calles, plazas, mercados, escuelas y otros servicios); el Comune entonces se comprometía por su parte a construir la red cloacal y a proporcionar los servicios esenciales de agua corriente, gas (más tarde luz eléctrica), vereda, empedrado de calles, etc. pero el Comune de Roma no estaba siempre en condiciones de proporcionar directamente dichos servicios por lo cual optaba por pagar su costo por anticipado al dueño del terreno para que él mismo, o quién fuera designado por él, realizara dichas obras. A todo ello agréguese que el Comune no suscribía el Convenio sólo con los verdaderos propietarios de los terrenos, sino también con Sociedades, muchas de ellas ficticias, que apenas tenían algún dudoso derecho sobre los inmuebles.



■ Aspecto del Tíber antes de 1880, a la altura de la iglesia de San Giovanni dei Fiorentini y de la desembocadura de la vía Giulia.



■ Pasarela de hierro que, uniendo el ex-puerto de Ripetta con la zona de los Prati di Castello, consintió una rápida urbanización de esa zona hasta entonces ocupada por chacras y quintas.

En una palabra se trataba de entidades que no eran propietarias, que no tenían ni capitales, ni respaldo económico. Su único afán era el de conseguir los préstamos para realizar las obras públicas delegadas por el Comune. Demás está decir que los préstamos resultaban abultados respecto al costo efectivo de las obras; tales sumas, oportunamente capitalizadas, servían antes que nada para financiar la construcción de los edificios que se vendían aún antes de finalizados a precios exorbitantes. Se realizaban luego algunas de las obras públicas para las cuales el préstamo había sido concedido y el conjunto de toda la operación era ni más ni menos que una gran especulación cuando no una estafa de la cual surgieron improvisas fortunas, así como otras, tan rápidamente como aquellas, se derrumbaron. El resultado final, a despecho de las Indicaciones programáticas de 1871 y de los proyectos de expansión (los *Piani Regolatori*) de 1873 y 1883, Roma fue presa de una anarquía edilicia que "mutatis mutandis" se repetirá en la época del fascismo y en la segunda postguerra, hasta la actualidad.

La Roma intra-muros, que albergaba enormes zonas de verdor, tanto por sus viñas (que en Roma indican, más que los viñedos, las huertas y las quintas) cuanto sus "Ville patrizie", algunas de extraordinaria belleza, como la Villa Ludovisi, tan querida por Goethe, serán sistemáticamente destruidas para dar lugar a barrios modernos en los cuales debería alojarse el funcionariado ministerial y la nueva burguesía llegada de norte. Junto a las Ville serán destruidos también importantes restos de la romanidad, algunos descubiertos al efectuarse las excavaciones para echar los cimientos de los nuevos edificios, otros aún perfectamente visibles como la famosa Exedra de las Termas de Diocleciano, tal como documenta una antigua y borrosa fotografía de antes de 1870 y lamentablemente caída bajo la piqueta iconoclasta de los especuladores.

La nueva urbanización se expandió primero en la zona de las colinas (Quirinale, Viminale y Esquilino), luego le tocaría el turno a la zona de Testaccio y a los Prati di Castello. Esta última área quedó postergada por dos razones: una política, ya que estando situada sobre la margen derecha del Tíber, muy próxima al Vaticano, se procuró evitar que la invasión edilicia pudiera interpretarse como una provocación anticlerical. La otra razón era de carácter técnico, pues los terrenos eran considerados poco estables y se carecía de puentes para cruzar el río, lo cual dificultaba por cierto la valoración de los terrenos. Debió esperarse pues la construcción del provisional puente de hierro de Ripetta en 1879, substituído luego por el Ponte Cavour, para que se estableciera una moderna vía de comunicación entre la ciudad y los terrenos situados en la planicie al norte de Castel Sant'Angelo. Fue en esa oportunidad que los nostálgicos de una Roma destinada a desaparecer, vieran jubilarse al Toto Bigi, verdadero Caronte del Tíber, quien por años había manejado el "traghettone", la barcaza que permitía a peatones y carruajes el cruce del río.

De Merode fue un precursor y muy larga sería la lista de sus imitadores, pero en síntesis podemos decir que cuando el 19 de julio de 1873 se extendió a Roma la ley sobre los bienes eclesiásticos, muchos de ellos ya estaban a salvo habiendo pasado a propiedad de las grandes familias romanas: los varios Odescalchi, Chigi, Altieri,

Lancellotti, Teodoli, Giustiniani-Bandini, Capranica, Barberini, Doria Panphili, Grazioli y otros, o pertenecían a Sociedades Inmobiliarias o a Institutos de Crédito cuales la Banca di Torino, la Italo-Germanica, la Banca Italiana di Costruzione, la Compagnia Fondiaria Italiana y sobre todo la Banca Tiberina a la que más tarde se sumaría la famosa Banca Romana. La gran especulación había empezado; veamos algunos datos: a principios de 1871 Villa Capranica y Villa Grazioli se cotizaban a 5 liras el m² para venderse al año siguiente a una sociedad anónima a 15 liras el m², que las revendió a la Banca Italo-Germánica y ésta más tarde a la Tiberina en 1876 a 30 liras el m², precio que en 1880 se fijará en 100 liras. Al lado de los grandes consorcios inmobiliarios prosperaban también las sociedades que proporcionaban los servicios esenciales: "L'Acqua Pia-Antica Marcia" que monopolizaba el suministro del agua potable, la Società Anglo-Romana Gas, la Società Elettrica Anglo-Romana (a partir de 1883), la Società Mulini e Magazzini Generali, la società Romana Tranway (a partir de 1885). Pero no tenemos noticia de una sola fábrica, una sola industria nueva como no sean las "fornaci", fábricas de ladrillos para la construcción que pasaron de una producción de 60 millones de piezas en los años 70 a 280 millones en 1885, empleándose en las varias ramas de la actividad edilicia de 80.000 a 100.000 obreros, muchos de ellos procedentes del campo, cada vez más despoblado.

En medio de toda esta actividad febril, pero desordenada, ¿qué planes tenía el Gobierno para una ciudad que necesitaba modernizarse y revitalizarse urgentemente?

Sus planes eran sumamente cautos. Cuando el 30 de junio de 1871 el Gobierno se instaló en Roma, algunos hechos importantes habían acontecido en el mundo: en 1848 había estallado en París la revolución popular, en 1864 se había reunido en Londres la I Internacional Socialista y en mayo de ese mismo 1871 París conocía la Commune. Las fuerzas proletarias se organizaban, la revolución industrial, si por un lado creaba los grandes capitales, por el otro hacinaba en las fábricas grandes cantidades de asalariados que trabajaban en esa época —no lo olvidemos— de 12 a 14 horas diarias, sin contar la plaga vergonzosa del trabajo infantil, apenas remunerado, y la explotación de la mujer. El horizonte social parecía por lo tanto cargado de nubes amenazadoras y había lo suficiente para que las fuerzas reaccionarias y los espíritus temerosos se sintieran sumamente inquietos.

Quintino Sella, ministro de economía y uno de los grandes artífices de la unidad de Italia, consideraba sumamente inconveniente que Roma se transformara en una pujante ciudad industrial y comercial al estilo de París. "Se voi credete che io sia un ammiratore della concentrazione di tante officine, di tanti laboratori in una capitale —decía— credereste precisamente il contrario. Io ho sempre desiderato che sia in Roma la parte direttiva, la parte intellettuale, ma non ho mai desiderato che vi siano grandi agglomerazioni di operai. In una soverchia agglomerazione di operai in Roma io vedrei un vero inconveniente perché credo che qui sia il luogo dove si debbano trattare molte questioni che vogliono essere discusse intellettualmente ove non sarebbero opportuni gli impeti popolari di grandi masse d'operari. Crederei pericolosa —concluía— o almeno

non conveniente una organizzazione di questa natura". Estos temores los llevó a tal extremo que, luego de iniciales consentimientos al plan formulado en sus líneas generales, se opuso decididamente a la construcción de un gran puerto fluvial para Roma, que debía situarse en Fiumicino o en otro lugar al sur de la Basílica de San Paolo. Justificó su oposición por razones de defensa, ya que —opinaba— un puerto tan cercano a la Capital sería, en caso de guerra, un peligroso objetivo militar. En realidad temía la concentración cerca de Roma de grandes masas de asalariados portuarios. El ministro del Interior Giovanni Lanza, que ya en 1860 se había ganado el apodo de "il Carabiniere", en la sesión parlamentaria del 12 de mayo de 1873, vertía por su parte los siguientes conceptos: "E' necessario conservare in Roma il massimo ordine, la massima quiete, tanto più quando il parlamento é adunato e perché esso sia ed appaia libero nelle sue deliberazioni; poiché non basta che lo sia, bisogna che tale pure comparisca alle popolazioni. Guai se lasciaste sorgere un'opinione contraria: voi fareste una profonda ferita alle istituzioni dello stato e all'unità d'Italia con Roma capitale".

Roma pues, debía ser una "capitale tranquilla" la ciudad apelmazada y perezosa heredada de los Papas, que al no entrar en competencia con las ciudades industriales del norte, quedara al margen de los peligros y de las contradicciones que el capitalismo engendraba en su mismo seno allí donde se concentraban las grandes masas proletarias: pobreza, promiscuidad, deficientes condiciones higiénicas, por un lado; reivindicaciones salariales, huelgas, disturbios callejeros, por el otro. La incipiente actividad de los sindicatos, las Camere del Lavoro, las Leghe operarie, una clase social que toma conciencia de su estado, de su fuerza y que se politiza, eran temidas como una fuerza capaz de ejercer nefastos influjos sobre los órganos del gobierno.

Por ello Roma debía permanecer aséptica, aún a costa de su progreso, una ciudad burocrática, terciaria, parasitaria, como en la época de los Papas. Por supuesto que algo había que hacer: mejorar su viabilidad, abrir o ensanchar calles, construir muchas casas para los empleados públicos que año a año se multiplicarían, sanear algún barrio infecto, embellecer sus monumentos venidos a menos, pero en el fondo la nueva Roma debía seguir siendo la Roma de siempre.

Frente a esta actitud francamente reaccionaria del Gobierno, sólo muy pocos trataron de oponerse con planes progresistas. Entre estos cabe recordar al primer Sindaco de Roma Luigi Pianciani, electo en noviembre de 1872, vinculado al Partito d'Azione y a las ideas garibaldinas, convencido firmemente que su misión no era la de embellecer a Roma sino la de dotarla de industrias y fábricas para que se transformara en una ciudad productiva. En un primer momento todas las fuerzas políticas lo apoyaron porque suponían que más allá de sus palabras, no tendría ni el valor ni la posibilidad de enfrentar a los especuladores y a las fuerzas reaccionarias. Se equivocaron todos. Pianciani luchó denodadamente contra toda clase de abusos e incomprensiones y enfrentó luego hasta la oposición del poderoso partido liberal: pero el resultado fue que su mandato duró apenas 18 meses.

La otra gran figura que se ocupó con generosidad y con el idealismo de siempre de



■ Aspecto actual de las obras realizadas por el Ing. Canevari: rectificación del curso urbano del río y construcción de los murallones de contención de las crecidas.

los grandes problemas de Roma, fue Garibaldi. Esa misma generosidad e idealismo que lo llevaron en 1871 a luchar en Francia contra los Prusianos al lado de aquellas mismas tropas francesas que habían disparado sus Chassepots contra los suyos en Mentana. Sería su última acción militar, su última victoria. De ahí en adelante sólo podría incursionar en la política (fue electo diputado en 1874). Pero era ése un terreno en el cual se movía con dificultades, las sutilezas y los dobleces de la política lo encontrarían siempre desarmado al punto de su actuación pública, lejos de ser comprendida, fue a menudo objeto de airadas protestas, cuando no de burlas. Francesco Crispi, garibaldino desde joven, nos dejó sobre el General un juicio bastante impiadoso: "E' il piú esperto condottiero che venisse al mondo, soldato, nient-altro che soldato; grande anima, cervello insufficiente a governare un villaggio". Garibaldi no poseía por cierto un sólido bagaje cultural y sus ideas políticas pecaban por aproximación. Sabido es que adhirió a la I Internacional socialista, pero su socialismo era confuso, mezcla de ideas radicales y de humanitarismo romántico. La lucha contra el capital, la propiedad privada, el derecho hereditario, pilares de la doctrina marxista, eran consideradas por él lisa y llanamente "corbellerie", traducámoslo por patrañas. No sin razón por lo tanto Andrea Costa, uno de los padres del socialismo italiano, se sintió en deber de señalar la heterodoxia socialista de Garibaldi: "Lavoratori -amonestaba- non date ascolto a Garibaldi, il socialismo come egli lo intende é un equivoco, quelle che egli chiama le esagerazioni dei socialisti sono le nostre idee fondamentali". En realidad Garibaldi era profundamente sincero cuando evidenciaba las penurias de la clase trabajadora, cuando denunciaba con crudeza los problemas sociales de la época y fustigaba la falta de energía y de voluntad de los gobiernos para resolverlos. Veía perfectamente los problemas, pero como fenómenos aislados de su verdadero contexto social y no podía someterlos a un análisis dialéctico riguroso que lo condujera a sus causas más remotas y profundas.

Cuando Garibaldi llegó a Roma el 25 de enero de 1875, viejo y enfermo, supo emprender con insospechable arrojo juvenil la defensa de los más necesitados. En 1849 y en 1867 había cruzado el agro romano y había podido percatarse de las condiciones de vida de sus habitantes. Sostiene y apadrina un gran proyecto citado comúnmente como el proyecto para la regulación del curso del Tíber, pero que en realidad consta de tres proyectos distintos: la desviación y canalización del curso del río, el saneamiento del agro romano, y la construcción de un gran puerto fluvial para Roma a emplazarse, según las variantes que con el tiempo se sucederían, entre la Basílica de San Paolo extra-muros y la desembocadura del río en Ostia o en Fiumicino. De paso no deja de ocuparse también del problema de la defensa militar de Roma. La experiencia de la fracasada defensa de París en la guerra franco-prusiana, el temor de un intento de recuperación de la ciudad por parte de alguna expedición extranjera, indujeron al Gobierno a elaborar un complejo plan de fortificaciones alrededor de la ciudad, dando prioridad a las defensas situadas hacia el oeste, es decir frente al mar. Un cinturón de fortines, once al principio, catorce al final, debían asegurar la defensa de la capital y para ello se autorizó

un gasto de 25 millones de liras. Los fortines estaban concebidos como los que rodeaban París y que no habían resistido a los embates de las tropas prusianas. Militarmente hablando estaban superados. Se trataba pues de otra gran especulación para favorecer a las empresas constructoras sin que con ello se beneficiaran las defensas del país y de su capital. Garibaldi, como buen militar que era se opuso al proyecto denunciando la inutilidad de las obras y su costo insensato. "Che bel mucchio di milioni eh! per l'Italia arricchita dal suo provvido governo". Y ya en un plano más técnico acotaba que "non sarà mai possibile a chi lo voglia di sbarcare su coste lunghe migliaia di miglia come quelle italiane; é che il nocciolo del problema é l'organizzazione militare del paese e la organizzazione di una flotta". Esta denuncia la hacía pública en una carta al director de la "Gazzetta della Capitale" el 12 de agosto de 1877. Pero ya anteriormente en una carta a Medoro Salvini hacía referencia al poco serio proyecto de fortificar Roma y agregaba que Roma "abbisogna di essere abbellita e preservata dalle inondazioni ... e non attorniata da fossi e baluardi come quelli di Castel Sant'Angelo che altro non sono che una sentina di febbri".

En esa carta Garibaldi aludía a su gran proyecto sobre el Tíber que incluía, como se ha dicho, además de la construcción de un gran puerto fluvial para fomentar la industrialización de la ciudad, la desviación del lecho del río y la rectificación de algunos tramos, y el consiguiente saneamiento de las marismas del agro romano cuyos desagües debían desembocar en el nuevo curso del río.

¿Por qué tanto empeño en desviar y canalizar el río? Porque el Tíber desde antes de la fundación de Roma había assolado la región con sus crecidas. Las crónicas romanas nos recuerdan que el Ponte Sublicio fue varias veces arrancado de cuajo por las aguas. Se debe a César el primer proyecto de desviación del río a la altura del Gianicolo para hacerlo desembocar en los pantanos del agro pontino, pero fue Augusto quién decidió nombrar a los "curatores alvei et riparum Tiberis" para que realizaran periódicamente, con los medios técnicos de la época, la limpieza del lecho del río —una especie de dragado— y de sus orillas.

Mas con la caída del Imperio, desaparecidos los "curatores", el Tíber volvió a hacer de las suyas, inundando periódicamente la ciudad con las consecuencias higiénico-sanitarias que son imaginables. La inundación más grave se produjo en 1598; las aguas alcanzaron la altura de 19,50 m. y cubrieron la calzada del Ponte Sant'Angelo y destruyeron el Ponte Palatino que pasó a llamarse desde entonces Ponte Rotto. Los papas parecieron decidirse entonces a tomar alguna iniciativa pero no fueron más allá de las buenas intenciones y de algún proyecto. A la postre nada se hizo hasta que sobrevino la inundación del diciembre de 1870, la quinta de la historia por su magnitud, y no faltó en esa oportunidad quien hablara del castigo divino por la reciente profanación de la Roma sagrada. Y fue en esta oportunidad que Víctor Manuel II, aún antes del traslado oficial de la capital, visitara Roma en forma privada en un gesto doblemente político: hacer sentir que el rey piemontés no era ajeno a los sufrimientos de los que iban a ser sus nuevos ciudadanos, y percatarse personalmente de la magnitud

del problema y discutir con los expertos sobre las medidas a adoptarse en el futuro para evitar la repetición de tamaño desastre. Lo cierto es que las inundaciones del Tíber o mejor dicho, sus efectos desastrosos tenían múltiples causas: la falta de regularización del caudal de sus afluentes, la excesiva sinuosidad en su cruce por la ciudad, un desnivel desde ponte Milvio al mar sumamente modesto, la estructura irracional y muy poco hidrodinámica del ponte Sant'Anelo, considerado un dique más que un puente, los restos vistosamente emergentes de los derruídos puentes romanos Sublicio y de Nerón (hoy apenas visibles en las grandes bajantes), una gran cantidad de molinos de agua, algunos de los cuales, como lo documentan antiguos grabados y las primeras fotografías, estaban concentrados alrededor de la isla Tiberina, cerca de los puentes Fabricio y Cestio, dificultando así enormemente el fluir de las aguas bajo sus arcos de modesta luz. Finalmente las orillas del Tíber, faltas de toda protección, con las casas que hundían sus cimientos en las mismas aguas y las calles, entre ellas la principal via Giulia, que desembocaban en manso declive en el mismo río, cual si fueran sus afluentes, se convertían a la primera crecida en ductos de penetración para las aguas que en pocos minutos alcanzaban los lugares más bajos del centro de la ciudad: el Ghetto, el Pantheon, la via dell'Orso, Ripetta.

Garibaldi presenta su proyecto firmado por el arquitecto-ingeniero Luigi Amadei el 26 de mayo de 1875. El proyecto en un primer momento, prevé la rectificación de algunos meandros del río en su zona urbana y suburbana, pero sobre todo la canalización y desviación de su caudal principal a la altura de Castel Giubileo para rodear la ciudad por el este, empalmar con las obras de bonificación del agro romano, doblar al sur de la Basílica de San Paolo extra-muros y empalmar nuevamente el curso originario en un nuevo lecho canalizado hasta el mar donde, a cierta altura, debería construirse un gran puerto fluvial. el proyecto sufrió en el curso de los meses varias modificaciones. Garibaldi había participado activamente en el mismo navegando por el Tíber desde el Ponte Milvio hasta Fiumicino, como lo recuerda una lámina aparecida en la *Illustrazione Italiana*. Defendió la iniciativa en el Parlamento con su consabida fogosidad oratoria y su discurso fue saludado con grandes aplausos, pero las comisiones técnicas formularon diversas objeciones y en particular cuestionaron el elevado costo de las obras. Garibaldi, desilusionado, en el mes de agosto regresó a Caprera. Pero mientras tanto el proyecto sufría modificaciones y la idea garibaldina pasó a manos de gente poco escrupulosa que utilizaba el nombre del General con fines publicitarios. Una de las modificaciones del proyecto preveía la transformación del curso urbano del río en un enorme avenida arbolada. No sabemos exactamente quién convenció a Garibaldi para que siguiera apoyando esa iniciativa. Algunos opinan que se le hizo vislumbrar no sólo la posibilidad de un embellecimiento urbanístico con una alameda que pudiera rivalizar con creces con la parisina Champs Elisee, sino también la eventualidad de encontrar en el fondo del Tíber los antiguos tesoros sobre los cuales el pueblo de Roma había siempre fantaseado.

La idea de dejar a Roma huérfana totalmente de su río era a todas luces descabellada

y no podía suscitar las airadas protestas de los "romanistas" y de los hombres de cultura que hicieron sonar bien alto su protesta, entre ellos el historiador alemán Gregorovius, romano como el que más, tras sus veinte años de permanencia en la Urbe. Este, aún tratando de reducir al mínimos los argumentos polémicos que el proyecto de Garibaldi suscitaba decía: "yo no sé si el General y sus colaboradores repararon en las consecuencias de su proyecto; yo me atrevo a afirmar, y no dudo en hacerlo en nombre de muchos, que antes de emprender ese camino, me conformaría, como Augusto, con atenuar la acción de las inundaciones, o siguiendo el consejo de Bramante, trasladar las casas de habitación sobre las colinas". Pero la crítica más severa la formuló el senador Brioschi quien lapidariamente afirmó que el proyecto estaba en absoluto contraste con las ideas de la cultura moderna.

Garibaldi regresó a Roma el 27 de octubre de 1875, defendió nuevamente su proyecto o por lo menos la idea fundamental del mismo que era la de impedir, adoptárase una solución u otra, las inundaciones periódicas de la ciudad. Pero el problema del Tíber ya había cobrado la magnitud de un negocio suculento que movía enormes intereses financieros contra los cuales nada podían hacer un Garibaldi filantrópico y visionario, ni los viejos romanos o los artistas amantes de un paisajismo pintoresco como el que nos legara Roesler Franz en sus célebres acuarelas.

Una vez más Gregorovius se hacía intérprete de este sentimiento finisecular y ante el peligro de una modificación de las orillas del río amonestaba: "al posto di questa riva diventata classica io non vorrei certo vedere un noioso Lungo Tevere rettilineo in pietra". Y fue exactamente lo que sucedió. El proyecto Garibaldi fue archivado y en su lugar el Ingeniero Rodolfo Canevari elaboró el proyecto de canalización que, salvo algunas variaciones, dio al Tíber su actual aspecto. Canevari no tenía ideas menos radicales y demoledoras que el ingeniero Amadei: preveía la transformación de Ponte Sant' Angelo con la eliminación de algunos arcos, la demolición del Ponte Rotto y nada menos que la supresión de la isla Tiberina llevando a 100 m. de anchura el ramal derecho del río, desvirtuando por consiguiente la bellísima estructura del antiguo Ponte Cestio. Por suerte esta parte del proyecto fue descartada pero los murallones se construyeron y ahí quedan.

Garibaldi, amargado, regresó una vez más a Caprera en junio de 1876 dispuesto a encerrarse en su exilio voluntario para que nadie pudiera seguir explotando su nombre en provecho propio, dándonos así una vez más la prueba de su rectitud y de su honradez. Sus condiciones económicas eran precarias y por ello el gobierno de Marco Minghetti había aprobado la concesión de una pensión para el General, mas Garibaldi rehusó la dádiva afirmando que no podía aceptar el dinero de un gobierno que consideraba responsable de las miserias del pueblo y del cual no quería sentirse cómplice. Pero en 1876 el gobierno de izquierda de Agostino De Pretis le asignaba 100.000 liras de pensión. Tras las insistencias de Giovanni Nicotera, héroe garibaldino de las campañas de 1862 y 1867, Garibaldi se vio forzado a aceptar. pero a pesar de su situación económica apremiante, de su precario estado de salud, tuvo aún la fiereza para poner

la mayor parte de esa suma a disposición de los trabajos para el encauce del Tíber y en especial para las obras de saneamiento del agro romano en cuyo favor apoyó también públicas suscripciones. Su actitud, como en muchas otras ocasiones, mereció la incondicionada aprobación de muchos, pero también la incompreensión y la chanza de otros, como demuestra una caricatura aparecida en el periódico satírico "Il Papagallo" de Bologna. En una carta a los romanos, fechada el 9 de febrero de 1875 había afirmado: "Roma fu e sarà fino alla fine l'ideale di tutta la mia vita". Y así fue hasta el fin de sus días.

Pasaron los años. Las fortificaciones de Roma se realizaron y no sirvieron de nada, el proyecto del Tíber se limitó a su canalización urbana, el saneamiento del agro romano apenas pudo concluir en las postrimerías de los años 30, el puerto fluvial nunca se realizó ni se realizará jamás.

A fines del siglo pasado, luego de una acalorada discusión parlamentaria a propósito de uno de los recurrentes escándalos romanos, un periodista leyó grabada en un banco de Montecitorio esta cuarteta:

Per questa discussione
chiaro ogniun discerna
che la question di Roma
é come Roma: eterna.

Y es verdad: todo lo que tiene que ver con Roma, en el bien o en el mal, es eterno.

INDICE

	Pág.
EDITORIAL	5
QUARANT'ANNI DI COSTITUZIONE DEMOCRATICA IN ITALIA	
Embajador de Italia en Uruguay Dr. Paolo Angelini Rota	7
LA ESCULTURA ITALIANA DURANTE EL RISORGIMENTO	
Carlos Novello	17
GUERRA DE REYES Y GUERRA DE PUEBLO	
Prof. Acad. Dr. Guido Zannier	27
APPRENTISSAGES ET EPREUVES INITIATIVES	
EN AMERIQUE LATINE	
Inspector General de la Educación de Francia	
Prof. Marie-Jean Vinciguerra	39
LAS MISMAS RAICES REPUBLICANAS Y DEMOCRATICAS,	
EN LIBERTAD	
Carlos Novello	46
EL ALUVION INMIGRATORIO ITALIANO EN EL URUGUAY	
DE HACE UN SIGLO	
Prof. Dra. Luce Fabbri Cressatti	51
A REVOLUÇÃO FARROUPILHA NA FILATELIA	
Francisco Riopardense de Macedo	68
GLI IDEALI REPUBBLICANI DI GARIBALDI	
Prof. Salvatore Candido	72
ROMA CAPITAL: ILUSION Y REALIDAD	
Prof. Giampaolo Colella	95

INDICE

1	LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LOS MAYAS EN EL PERIODO PRECLASICO
11	LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LOS MAYAS EN EL PERIODO CLASICO
21	LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LOS MAYAS EN EL PERIODO POSTCLASICO
31	LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LOS MAYAS EN EL PERIODO PREHISPANICO
39	LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LOS MAYAS EN EL PERIODO COLONIAL
46	LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LOS MAYAS EN EL PERIODO MODERNO
51	LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LOS MAYAS EN EL PERIODO CONTEMPORANEO
58	LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LOS MAYAS EN EL PERIODO FUTURO
63	LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LOS MAYAS EN EL PERIODO PREHISTORICO
73	LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LOS MAYAS EN EL PERIODO ARCAICO
83	LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LOS MAYAS EN EL PERIODO CLASICO
93	LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LOS MAYAS EN EL PERIODO POSTCLASICO



